

John Cheever

FALCONER



Lectulandia

Para un hombre, el ingreso en la sórdida y decadente prisión de Falconer significa no solo perder la libertad, sino también la identidad, la dignidad, la capacidad de decisión y prácticamente cualquier otro rasgo de humanidad que hubiera poseído como miembro de una sociedad que ha dejado atrás. Ésa es la transformación a la que se ve sometido Ezekiel Farragut, un profesor drogadicto que ha sido condenado por matar a su hermano. La lucha del preso por emerger de sus cenizas y reconstruir su esencia humana, sentimental y moral es lo que nos cuenta John Cheever en la cruda y a la vez simbólica Falconer, contundente novela que se encuentra entre los trabajos más brillantes y valientes del autor estadounidense.

Lectulandia

John Cheever

Falconer

ePub r1.1
Trips 16.12.14

Título original: *Falconer*
John Cheever, 1977
Traducción: Anibal Leal
Retoque de cubierta: Trips

Editor digital: Trips
Corrección de erratas: Chinasky
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A
Federico Cheever

La entrada principal a Falconer —la única entrada de los convictos, sus visitantes y el personal— estaba coronada por un escudo de armas que representaba a la Libertad y la Justicia, y entre ambas el poder soberano del gobierno. La Libertad llevaba cofia y sostenía una pica. El gobierno era el Águila Federal que sostenía una rama de olivo y estaba armada con flechas de caza. La Justicia era una figura convencional; cegada, indefinidamente erótica con su vestido de pliegues colgantes y armada con la espada del verdugo. El bajorrelieve era de bronce, pero ahora era negro, negro como la antracita sin pulir o el ónix. Cuántos centenares habían pasado bajo esta figura, el último emblema que la mayoría de ellos vería, el esfuerzo del hombre para interpretar con símbolos el misterio del encarcelamiento. Podía suponerse que centenares, miles, mejor millones. Sobre el escudo de armas se desgranaban los nombres del lugar: Cárcel Falconer, 1871; Reformatorio Falconer, Penitenciaría Federal Falconer, Prisión Estatal Falconer, Correccional Falconer; y el último, que nunca había sido aceptado: Casa del Alba. Ahora los presos eran internos, los culosucios eran empleados y el carcelero jefe se llamaba superintendente. Dios sabe que la fama es caprichosa, pero Falconer —con su espacio limitado para dos mil malandrines— era tan famosa como Newgate. Ya no se usaba la tortura del agua, los uniformes rayados, la fila en orden cerrado, los grillos y las cadenas, y el lugar donde antes estaban las horcas ahora se encontraba ocupado por un campo de *softball*; pero en la época de la cual estoy escribiendo, en Auburn todavía *se usaban* hierros en las piernas. Se distinguía a los hombres de Auburn por el ruido que hacían.

Farragut (fratricida, diez de reclusión, N.º 734-508-32) había llegado a este viejo y sórdido lugar un día de fines del verano. No tenía hierros en las piernas, pero estaba esposado a otros nueve hombres, cuatro de ellos negros y todos más jóvenes que él. Las ventanillas del coche celular estaban tan altas y tan sucias que no podía ver el color del cielo o las luces y las formas del mundo al que abandonaba. Tres horas antes le habían dado cuarenta miligramos de metadona y, adormecido, quería ver la luz del día. Vio que el conductor se detenía ante las luces de tránsito, tocaba bocina y frenaba en las pendientes empinadas, pero parecía que eso era lo único que compartía con el resto de la humanidad. Una incalculable timidez frente a los hombres parecía paralizar a la mayoría, pero no al que estaba esposado a su derecha. Era un individuo alto, de cabellos claros y el rostro repulsivamente desfigurado por los forúnculos y el acné. —Dicen que tienen un equipo de pelota y si puedo jugar me sentiré bien. Mientras pueda jugar un poco no tendré problemas —dijo—. Si puedo jugar a la pelota, estoy contento. Pero nunca sé el resultado. Así juego yo. El año pasado hice un buen tiro para Edmonston, y no lo supe hasta que salí de la base y oí gritar a todos. Y nunca consigo que me monten gratis, ni una sola vez. Siempre pagué, desde cincuenta centavos hasta cincuenta dólares, pero nunca me la dieron gratis. Creo que eso es lo mismo que no saber el resultado. Nunca nadie me la da porque quiere. Conozco muchísimos hombres, no tan bien parecidos como yo, que a cada rato lo consiguen por nada, pero yo ni una vez, ni una vez por nada. Ojalá que por lo menos

una vez me la dieran gratis.

La camioneta se detuvo. El hombre que estaba a la izquierda de Farragut era un individuo alto, y cuando descendió de la camioneta al patio hizo caer de rodillas a Farragut. Éste se incorporó. Vio el escudo por primera vez, y pensó que también por última. Estaba destinado a morir allí. Después, vio el cielo azul, y remitió su identidad a ese cielo y al fraseo de cuatro cartas que había comenzado a escribir a su esposa, a su abogado, a su gobernador y a su obispo. Un puñado de personas lo contempló mientras atravesaban rápidamente el patio. Y entonces oyó claramente una voz que decía: —¡Pero qué amables parecen! —Seguramente un inocente, un confundido, y Farragut oyó que un uniformado decía: —Dénles la espalda y cualquiera de ellos los acuchillará. —Pero el confundido estaba en lo cierto. El azul del espacio entre la camioneta y la cárcel era el primer manchón de azul que algunos de ellos había visto en varios meses. ¡Qué extraordinario era, y qué sinceramente puros parecían ellos! Nunca volverían a tener tan buen aspecto. La luz del cielo, brillando en los rostros condenados de los presos, revelaba gran abundancia de propósito e inocencia. —Matan —dijo el guardia—, violan, queman bebés en hornos, estrangulan a su propia madre por un pedazo de goma de mascar. —Después, el confundido se volvió hacia los convictos y comenzó a clamar: —Tienen que ser chicos buenos, tienen que ser chicos buenos, tienen que ser buenos, buenos chicos... —Prolongó su clamor como el silbato de un tren, el aullido de un sabueso, o un canto o un grito solitario en medio de la noche.

Subieron a tirones varios escalones, y entraron en un cuarto sórdido. Falconer era muy sórdida, y la sordidez del lugar —todo lo que uno veía y tocaba y olía trasuntaba descuido— suscitaba por un instante la impresión de que aquello era sin duda la penumbra y la agonía de los trabajos forzados, aunque había un velatorio alquilado al Norte del sitio. Los barrotes habían sido recubiertos con esmalte blanco muchos años antes, pero el esmalte se había gastado, dejando al descubierto el hierro al nivel del pecho, al nivel en que los hombres los aferraban instintivamente. En una habitación más alejada, el guardia que los había llamado chicos buenos abrió los hierros, y el placer profundo de poder mover libremente los brazos y los hombros fue algo que Farragut compartió con el resto. Todos se frotaron las muñecas con las manos. —¿Qué dice el reloj? —preguntó el hombre de los forúnculos—. Diez y quince —dijo Farragut—. Pregunto qué día del año —insistió el hombre—. Usted tiene uno de esos relojes con calendario. Quiero saber qué día del año. Vamos, déjeme ver, déjeme ver. —Farragut soltó la correa de su costoso reloj y lo pasó al desconocido, y éste se lo metió en el bolsillo. —Me robó el reloj —dijo Farragut al guardia—. Acaba de robarme el reloj. —Oh, ¿de veras? —dijo el guardia—. ¿De veras le robó el reloj? —Entonces, se volvió hacia el ladrón y preguntó: —¿Cuánto duró su vacación? —Noventa y tres días —respondió el ladrón—. ¿Es la más larga que tuvo? —La penúltima vez estuve afuera un año y medio —dijo el ladrón—. ¿Milagros y más milagros? —preguntó el guardia. Pero todo esto, todo cuanto podía verse y oírse, no

llegaba a Farragut, quien solamente percibía parálisis y terror.

Los metieron en un destartado camión con bancos de madera, y los llevaron por un camino entre los muros. En un recodo del camino Farragut vio a un hombre con el uniforme gris de la prisión que ofrecía costras de pan a una docena de palomas. Se le ocurrió que esta imagen tenía una realidad extraordinaria, una promesa de cordura. El hombre era un convicto, y él y el pan y las palomas eran todos desechables, pero por razones que el propio Farragut no alcanzaba a comprender la imagen de un hombre compartiendo sus cortezas de pan con las aves tenía la resonancia de un cuadro muy antiguo. Permaneció de pie en el camión, para continuar viendo todo lo posible. También se sintió conmovido cuando, en el edificio en que entraron, vio colgada de un caño de agua que atravesaba el cielo raso una descolorida guirnalda navideña plateada. La ironía era trivial pero, a semejanza del hombre que alimentaba a las aves, parecía representar una pizca de razón. Pasaron bajo la guirnalda navideña y entraron en una habitación amueblada con sillas para escribir que tenían las patas rotas y el barniz descascarado y cuyos tableros de escribir estaban heridos por iniciales y obscenidades y que, como todo el resto de Falconer, parecían retiradas de un basural municipal. El primer examen fue un test psicológico que Farragut ya había afrontado en las tres clínicas para drogadictos en las cuales se lo había confinado. —¿Tiene miedo de los microbios que puede haber sobre los picaportes? —leyó; «¿le gustaría cazar tigres en la selva?». La ironía de este interrogatorio era inconmensurablemente menos profunda y conmovedora que el hombre alimentando a los pájaros y el nexo plateado con la Navidad, colgado de un caño. Le llevó la mitad del día responder a las quinientas preguntas, y al fin fueron llevados al salón comedor, para alimentarse.

Era mucho más viejo y espacioso que lo que él había visto en la cárcel de encausados. Varias vigas cruzaban el cielo raso. En un jarro de lata, sobre una ventana, aún había algunas flores de cera cuyos colores, en ese lugar sombrío, parecían vivaces. Ingirió la comida agria con una cuchara de estaño y sumergió en agua sucia la cuchara y el plato. La dirección imponía silencio, pero, ellos mismos imponían una segregación de acuerdo con la cual los negros estaban en el sector Norte, los blancos en el Sur y había un sector intermedio para los hombres que hablaban español. Después de la comida, se examinaron sus características físicas, religiosas y profesionales, y luego, después de una prolongada demora, lo llevaron solo a un cuarto donde tres hombres vestidos con trajes civiles baratos estaban sentados frente a un maltratado escritorio. En cada extremo del escritorio, banderas guardadas en sus fundas. A la izquierda, una ventana por la cual podía ver el cielo azul, bajo cuya luz, lo suponía, un hombre tal vez continuaba alimentando a las palomas. La cabeza, el cuello y los hombros habían comenzado a dolerle, y estaba muy encorvado cuando llegó a presencia de este tribunal, y se sintió un hombre muy pequeño, un enano, un ser que nunca había experimentado o gustado o imaginado la grandeza de la inmodestia.

—Usted es profesor —dijo el hombre de la izquierda, que parecía hablar en

nombre de los tres. Farragut no levantó la cabeza para verle la cara. —Usted es profesor y su vocación es la educación de los jóvenes... de todos los que quieren aprender. Aprendemos mediante la experiencia, no es así, y en su carácter de profesor, distinguido por la responsabilidad del liderazgo intelectual y moral, usted decidió cometer el repugnante crimen de fratricidio mientras estaba bajo la influencia de drogas peligrosas. ¿No está avergonzado? —Quiero que me den la metadona —dijo Farragut—. ¡Caramba, no tiene vergüenza! —exclamó el hombre—. Estamos aquí para ayudarlo. Estamos aquí para ayudarlo. Mientras no confiese su vergüenza no habrá lugar para usted en el mundo civilizado. —Farragut no contestó—. El siguiente —dijo el hombre, y Farragut fue sacado por una puerta del fondo—. Soy Chiquito —dijo allí un hombre—. Apresúrese. No tengo todo el día.

El tamaño de Chiquito era impresionante. No era alto, pero tenía una masa tan poco natural que sin duda le cortaban especialmente la ropa, y pese a todo lo que decía de su prisa caminaba muy lentamente, estorbado por la masa de sus muslos. Tenía los cabellos grises cortados como un cepillo, y podía vérselo el cuero cabelludo. —Le corresponde el pabellón de celdas F —dijo—. F por fanáticos, fifí, fantasmas, flatos, *farabutes*, fierros, farristas, falsificadores, farsantes, fenómenos como yo, falopa y fregados. Hay más, pero los olvidé. El tipo que hizo la lista se murió. —Subieron por la pendiente de un túnel, y pasaron frente a grupos de hombres reunidos y conversando como los que andan por la calle. —Creo que está temporario en la F —dijo Chiquito—. Habla tan raro que lo pondrán en A, donde están el vicegobernador y el secretario de comercio y todos los millonarios. —Chiquito dobló a la derecha y él lo siguió, y después de pasar una puerta abierta entró en el pabellón de celdas. Como todo el resto, era un lugar sórdido, desordenado y maloliente, pero su celda tenía ventana, y se acercó a ella y vio un pedazo de cielo, dos altos tanques de agua, el muro, más bloques de celdas y un rincón del patio al que había entrado de rodillas. Su llegada al bloque apenas fue advertida. Mientras se arreglaba la cama alguien preguntó: —¿Rico? —no —dijo Farragut. —¿Curado? —No —dijo Farragut. —¿.....? —No —dijo Farragut. —¿Inocente? —Farragut no contestó. Al fondo del pabellón, alguien rasgó una guitarra y comenzó a cantar con desafinada voz de Kentucky; —Tristeza de mí / inocencia / Qué triste estoy todo el tiempo... —Apenas podía oírse por el ruido de los receptores de radio que —hablaban, cantaban, hacían música— sonaban como una calle de ciudad a la hora del cierre o después.

Nadie dijo una palabra a Farragut hasta que, poco antes de apagarse las luces, se acercó a su puerta el hombre en cuya voz reconoció al cantor. Era un individuo enjuto y viejo, y tenía una voz aguda y desagradable. —Soy el Pollo número dos —dijo—. No busque al Pollo número uno. Murió. Probablemente leyó de mí en el diario. Soy el famoso tatuado, el ladrón de los dedos ágiles, que se gastó su fortuna en arte corporal. Cuando llegue a conocerlo mejor, un día le mostraré las figuras. —Sonrió lascivo. —Pero lo que vine a decirle es que todo es un error, un terrible error... quiero decir, que usted se encuentre aquí. No lo descubrirán mañana, pasará una

semana o dos hasta que descubran qué error cometieron, pero cuando lo descubran lo lamentarán, se sentirán tan avergonzados, tan culpables que el director le besaré el culo en la Quinta Avenida durante el desfile de Navidad. Oh, cómo lo sentirán. Porque, sabe una cosa, todos los viajes que hacemos, incluso por esos cretinos, al final nos traen algo bueno, como un cofre de oro o una fuente de juventud o un océano o un río que nadie había visto nunca, o por lo menos un gran filete con una papa asada. Tiene que haber algo bueno al final de cada viaje, y por eso quise que usted supiera que todo es un terrible error. Y mientras espera que ellos descubran ese gran error, llegarán sus visitantes. Oh, por el modo en que usted se sienta adivino que tiene miles de amigos y amantes, y por supuesto una esposa. Su esposa vendrá a visitarlo. Tendrá que venir a visitarlo. No podrá divorciarse de usted, si usted no le firma los papeles, y tendrá que traerlos personalmente. Por eso quise decirle lo que usted ya sabía... que todo es un gran error, un error terrible.

El primer visitante de Farragut fue su esposa. Estaba rastrillando hojas en el patio y cuando el altavoz dijo que el 734-508-32 tenía un visitante. Avanzó por el camino, dejó atrás la estación de incendios y entró en el túnel. Eran cuatro tramos hasta el pabellón F. —Visitante —dijo a Walton, que lo dejó entrar a su celda—. Tenía la camisa blanca preparada para las visitas. Estaba cubierto de polvo. Se lavó la cara y se peinó el cabello con agua. —Lleve solamente un pañuelo —dijo el guardia—. Ya lo sé, lo sé, lo sé... —Bajó a la puerta que daba acceso a la sala de visitas, y allí lo palparon. A través del vidrio vio que su visitante era Marcia.

En la sala de visitas no había barrotes, pero las ventanas de vidrio tenían tejido de alambre, y estaban abiertas únicamente en el extremo superior. Un gato flaco no hubiese podido entrar o salir, pero los sonidos de la cárcel entraban libremente con la brisa. Sabía que ella había atravesado tres series de barrotes —clang, clang, clang— y que había esperado en una antesala amueblada con escaños o bancos, máquinas que suministraban bebidas sin alcohol y una muestra del arte de los convictos, con los correspondientes precios. Ninguno de los convictos sabía pintar, pero siempre podía contarse con que algún reblandecido comprase un vaso de rosas o una marina con una puesta de sol si le decían que el artista era un condenado a perpetua. No había imágenes sobre las paredes de la sala de visitas, solamente cuatro carteles que decían: PROHIBIDO FUMAR. PROHIBIDO ESCRIBIR. PROHIBIDO PASAR OBJETOS. SE PERMITE UN BESO A LOS VISITANTES. Los mismos carteles en español. Habían tachado la leyenda prohibido fumar. Le habían dicho que la sala de visitas de Falconer era la más tolerante del Este. No había obstáculos, sólo un mostrador de noventa centímetros entre la persona libre y el detenido. Mientras lo palpaban miró alrededor, a los demás visitantes, no tanto por curiosidad, como para ver si allí había algo que pudiese ofender a Marcia. Un convicto tenía un bebé en los brazos. Una anciana llorosa conversaba con un joven. Más cerca de Marcia, una pareja de chicanos. La mujer era hermosa, y el hombre le acariciaba los brazos desnudos.

Farragut ingresó en esa tierra de nadie y entró bruscamente, como si la mera circunstancia lo hubiese arrojado a la visita. —Hola, querida —exclamó, tal como había exclamado «Hola, querida» en trenes, barcos, aeropuertos, al pie de la planchada, al cabo de un viaje, sólo que otrora habría actuado a horario, persiguiendo la consumación sexual más veloz posible.

—Hola —dijo ella—. Tienes buen aspecto.

—Gracias. Se te ve hermosa.

—No te dije que venía porque no me pareció necesario. Cuando llamé para concertar una entrevista me dijeron que no saldrías de aquí.

—Es cierto.

—No vine antes porque estuve en Jamaica con Gussie.

—Me parece magnífico. ¿Cómo está Gussie?

—Gruesa. Ha engordado terriblemente.

—¿Piensas divorciarte?

—Ahora no. Por ahora no quiero seguir hablando con abogados.

—Tienes derecho a divorciarte.

—Lo sé. —Miró a la pareja de chicanos. El hombre había llevado su mano hasta el vello de la axila de la muchacha. Los dos tenían cerrados los ojos.

—¿De qué hablas con esta gente? —preguntó ella.

—No los veo mucho —dijo él—, salvo a la hora de la comida, y entonces no podemos hablar. Sabes, estoy en el pabellón F. Es una especie de lugar olvidado. Como Piranesi. El martes pasado olvidaron llevarnos a cenar.

—¿Cómo es tu celda?

—Cuatro por dos y medio —respondió él—. Lo único que me pertenece es el grabado de Miró, el Descartes y una fotografía en colores de ti y Peter. Es vieja. La tomé cuando vivíamos en el Vineyard. ¿Cómo está Peter?

—Muy bien.

—¿Vendrá a verme?

—No lo sé. De veras no lo sé. No pregunta por ti. La asistente social cree que, en general, por el momento es mejor que no vea a su padre encerrado en la cárcel por asesinato.

—¿Podrías traerme una fotografía?

—Sí, si la tuviese.

—¿No puedes tomarle una?

—Sabes que no manejo bien la cámara.

—De todos modos gracias por enviarme el reloj nuevo.

—No tiene importancia.

En el pabellón B alguien rasgó un banjo de cinco cuerdas y empezó a cantar: «Me vino la tristeza de la cárcel / Siempre estoy triste / Me vino esta tristeza de la cárcel / Encerrado entre muros, y no puedo trepar...». Cantaba bien. La voz y el banjo resonaban con fuerza, claros y auténticos, y llevaban a esa región fronteriza el hecho de que era una tarde de fines del verano en toda esa región del mundo. Por la ventana alcanzó a ver algunas prendas de ropa interior y uniformes de fajina colgados a secar. La brisa los movió, como si este movimiento —semejante a los movimientos de las hormigas, las abejas y los gansos— respondiese a cierto orden polar. Durante un momento él mismo se sintió un hombre del mundo, un mundo frente al cual su sensibilidad era maravillosa y absurda. Marcia abrió su bolso y buscó algo.

—El ejército debe haber sido una buena preparación para esta experiencia —dijo.

—Más o menos —respondió él.

—Nunca comprendí por qué te gustaba tanto el ejército.

Del espacio abierto que se extendía frente a la entrada principal, le llegaron los gritos de un guardia: —Ustedes serán muchachos buenos, ¿verdad? Serán buenos muchachos. Serán buenos, buenos, buenos muchachos. —Oyó el ruido arrastrado del metal, y supuso que venían de Auburn.

—Oh, maldición —dijo ella. La irritación le ensombreció el rostro—. Oh,

condenado Dios —dijo, poseída por la indignación.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—No puedo encontrar mis toallitas de papel —dijo ella. Estaba revolviendo el bolso.

—Lo siento —dijo él.

—Parece que hoy todo me sale mal —insistió ella—, absolutamente todo. —Volcó sobre el mostrador el contenido del bolso.

—Señora, señora —dijo el guardia, sentado sobre una silla elevada como un salvavidas—. Señora, sobre el mostrador puede poner únicamente bebidas sin alcohol y atados de cigarrillos.

—Yo —dijo ella— soy contribuyente. Ayudo a sostener este sitio. Mantener a mi marido aquí me cuesta más que enviar a mi hijo a una buena escuela.

—Señora, señora, por favor —dijo el hombre—. Retire esas cosas del mostrador o tendré que echarla.

Encontró la cajita de toallas y empujó el contenido del bolso, devolviéndolo a su lugar. Él cubrió con su mano la de Marcia, profundamente conmovido ante este recuerdo de su propio pasado. Ella retiró la mano, pero ¿por qué? Si ella le hubiese permitido tocarla un minuto, la calidez y el alivio habrían durado semanas. —Bueno —dijo ella, y él pensó que recuperaba el dominio de sí misma y su belleza.

La luz de la habitación no era muy amable, pero Marcia era muy capaz de afrontar su crudeza. Había sido una belleza garantizada. Varios fotógrafos le habían pedido que posara, si bien sus pechos, maravillosos para la crianza y el amor, eran un poco excesivos para esa línea de trabajo. —Soy demasiado tímida y muy perezosa —había dicho. Pero había aceptado el cumplido; y su belleza estaba documentada. —Sabes —había dicho cierta vez a su hijo—, no puedo hablar con mami cuando hay un espejo en la habitación. Realmente está muy envanecida de su apariencia. —Narciso era hombre, y a él no le resultaba fácil verla en ese papel; pero ella se había detenido, quizás doce o quince veces, frente al espejo de cuerpo entero del dormitorio, y le había preguntado—: ¿En este condado hay otra mujer de mi edad tan hermosa como yo? —Estaba abrumadoramente desnuda, y él había creído que era una invitación, pero cuando la tocó Marcia dijo—: Deja de manosear mis pechos. Soy bella. —Y en efecto, lo era. Sabía que, después que se marchase, quien la hubiese visto —por ejemplo, el guardia— diría: «Si ésa es su mujer, usted es un tipo afortunado. Fuera del cine nunca vi nada tan hermoso».

Si ella era Narcisa, ¿podía aplicarse el resto de la doctrina freudiana? En el marco de su limitada capacidad de juicio en la materia, él nunca había considerado muy seriamente el asunto. Marcia había pasado tres semanas en Roma con su antigua compañera de habitación, María Lippincott Hastings Guglielmi. Tres matrimonios, un jugoso arreglo financiero por cada uno, y una reputación sexual muy ingrata. En esa época no tenían criada, y él y Peter habían limpiado la casa, preparado y encendido fuegos, y comprado flores para celebrar su regreso de Italia. Había ido a recibirla al

aeropuerto Kennedy. El avión llegó con retraso. Era más de medianoche. Cuando él se inclinó para besarla, Marcia desvió la cara y bajó el ala blanda de su nuevo sombrero romano. Él le tomó las valijas, puso en marcha el automóvil y partieron en dirección al hogar. —Parece que lo pasaste muy bien —comentó él—. Jamás —dijo ella— fui tan feliz en mi vida. —Él no extrajo conclusiones apresuradas. Los fuegos seguramente estaban ardiendo, y las flores resplandecientes. En esa región del mundo el suelo estaba cubierto de nieve sucia. —¿Había nieve en Roma? —preguntó él. —No en la ciudad —dijo ella—. Un poco en la Via Cassia. No la vi. Lo leí en el diario. Nada tan repugnante como esto.

Llevó las valijas a la sala de estar. Allí estaba Peter, en pijama. Marcia lo abrazó y lloró un poco. Erró por un kilómetro los fuegos y las flores. Él intentó besarla otra vez, pero sabía que bien podía recibir una derecha en el mentón. —¿Te preparo una copa? —preguntó, formulando el ofrecimiento con una voz que se elevó. —Creo que sí —respondió ella, descendiendo una octava. —Campari —agregó—. ¿*Limone*? —preguntó él. —Sí, sí —dijo ella—, un *sprintz*. —Él sirvió el hielo, la cáscara de limón, y le entregó la copa. —Déjala sobre la mesa —dijo ella—. El Campari me recordará la felicidad perdida. —Entró en la cocina, humedeció una esponja y comenzó a lavar la puerta del refrigerador. —Ya limpiamos la casa —observó él con sincera tristeza. —Peter y yo limpiamos la casa. Peter lavó el piso de la cocina. —Bueno, parece que olvidaron la puerta del refrigerador —dijo ella—. Si hay ángeles en el cielo —observó él—, y si son mujeres, supongo que con bastante frecuencia dejan sus arpas para limpiar escurrideros, puertas de refrigeradores, y cualquier superficie esmaltada. Parece ser una característica femenina secundaria. —¿Estás loco? —preguntó ella—. No sé de qué estás hablando. —Su pene que un instante antes estaba dispuesto para la fiesta, se retiró de Waterloo a París y de París a Elba. —Casi todas las personas a quienes he amado me llamaron loco —dijo él—. Y en efecto, me gustaría conversar del amor. —Oh, de eso se trata —dijo ella—. Bueno, aquí tienes. —Marcia aplicó los pulgares a los oídos, agitó los dedos, representó una bizquera y produjo con la lengua un pedorreo estrepitoso. —Me gustaría que no hicieras morisquetas —dijo él. —Ojalá no pusieras esa cara —replicó ella. —Gracias a Dios, no puedes ver qué aspecto tienes. —Él no insistió, porque sabía que Peter estaba escuchando.

Ella necesitó unos diez días para reaccionar. Fue después de un cóctel y antes de la cena. Durmieron una siesta, ella en los brazos de su marido. Él pensó que eran un solo ser. La fragante madeja de los cabellos femeninos le rozaba el rostro. Ella respiraba pesadamente. Cuando despertó, tocó el rostro de Farragut y preguntó: —¿Ronqué? —Terriblemente —dijo él—, parecías una sierra eléctrica. —Fue un hermoso sueño —dijo ella—. Me encanta dormir en tus brazos. —Después, hicieron el amor. La imaginería de Farragut en relación con un gran orgasmo estaba imponiéndose en la carrera de veleros, el Renacimiento, las altas montañas. —Caray, qué bueno —dijo ella—. ¿Qué hora es? —Las siete —contestó él—. ¿A qué hora

debemos estar? —A las ocho. —Ya te bañaste, ahora lo haré yo. —Él la secó con una toallita y le pasó un cigarrillo encendido. La siguió al cuarto de baño y se acomodó sobre la tapa baja del inodoro mientras ella se frotaba la espalda con un cepillo. —Olvidé decirte —le informó. —Liza nos envió una rosca de queso. —Muy amable —dijo Marcia—, pero, ¿sabes una cosa? Me afloja mucho el vientre. —Él se alzó los genitales y cruzó las piernas. —Qué extraño —dijo—, a mí me constipa. —Así era entonces su matrimonio, no el nivel más alto de la escalera, el susurro de las fuentes italianas, el viento entre los olivos lejanos, sino esto: un varón y una mujer desgarradamente desnudos comentando el funcionamiento de sus respectivos intestinos.

Otra vez. Era cuando criaban perros. La perra Hannah había dado a luz una camada de ocho cachorros. Siete estaban en la perrera, detrás de la casa. Se había permitido entrar a uno, un animalito enfermizo que debía morir. Alrededor de las tres Farragut despertó de un sueño liviano a causa del ruido del cachorro que vomitaba o defecaba. Dormía desnudo, y desnudo bajó de la cama, tratando de no molestar a Marcia, y descendió a la sala de estar. Debajo del piano todo estaba sucio. El cachorro temblaba. —Cálmate, Gordon —dijo—. Peter había bautizado Gordon Cooper al cachorro. Tanto tiempo hacía de eso. Se apoderó de un trapo, un cubo y algunas toallas de papel y con el trasero desnudo se arrastró bajo el piano para limpiar la suciedad. Pero él la había despertado, y la oyó bajar la escalera. Marcia tenía puesta una bata transparente, y podía vérselo todo. —Lamento haberte despertado —dijo—. Gordon tuvo un accidente. —Te ayudaré —dijo ella—. No es necesario —replicó—. Casi he terminado. —De todos modos, quiero ayudarte —insistió ella. Apoyada en las manos y las rodillas se reunió con él bajo el piano. Cuando terminó la tarea, ella se incorporó y golpeó la cabeza contra la parte del piano que sobresale de la masa del instrumento. —Oh —dijo ella. —¿Te lastimaste? —preguntó él. —No mucho —replicó—. Ojalá no se me forme un chichón o un cardenal. —Lo siento, querida —observó él—. Se puso de pie, la abrazó, la besó e hicieron el amor en el sofá. Después le encendió un cigarrillo y volvieron a la cama. Pero no mucho después de este episodio él entró en la cocina para conseguir un poco de hielo y la encontró abrazando y besando a Sally Midland, con quien solía reunirse dos veces por semana para hacer trabajos de estambre. Le pareció que el abrazo no era platónico, y detestó a Sally. —Discúlpenme —dijo. —¿Por qué? —preguntó ella. —Me tiré un viento —dijo él. Eso era grosero, y lo sabía. Metió en la alacena la bandeja con hielo. Marcia permaneció silenciosa durante la comida y el resto de la velada. Al día siguiente, sábado, cuando despertaron, él preguntó: —¿Estás bien, querida?

—Mierda —dijo ella. Se puso la bata y fue a la cocina, y él oyó que descargaba puntapiés sobre el refrigerador, y luego sobre el lavarropas. —Odio todos estos artefactos de segunda mano, podridos y descompuestos —gritó—. Odio, odio, odio esta cocina sucia, mierdosa y vieja. Soñé que vivía en habitaciones de mármol. —Él sabía que todo eso era ominoso, y los augurios indicaban que no tendría su desayuno.

Cuando ella estaba de mal humor solía mirar los huevos del desayuno como si ella misma los hubiese puesto e incubado. ¡El huevo, el huevo del desayuno! El huevo era como una sibila en un drama ático. —¿Puedo tener huevos en el desayuno? —había preguntado él, muchos años antes. —¿Pretendes que prepare el desayuno en esta casa sórdida? —había preguntado ella. —¿Puedo prepararme yo mismo los huevos? —preguntó Farragut. —De ningún modo —respondió ella—. Harás tal embrollo en esta ruina que después me llevará horas limpiar todo. —En días así, bien lo sabía, podía considerarse afortunado si bebía una taza de café. Cuando se vistió y bajó, el rostro de Marcia continuaba muy sombrío, y ello indujo a Farragut a sentirse mucho más irritado que hambriento. ¿Cómo podía corregir esta situación? Miró por la ventana y vio que había caído una helada, la primera. El sol se había levantado, pero la escarcha blanca se mantenía a la sombra de la casa y los árboles, con una exactitud euclidiana. Después de la primera helada se cortaban las uvas silvestres que ella prefería para preparar jalea, no mucho mayores que pasas, negras y ásperas; él pensó que quizás una bolsa de uvas silvestres producirían el efecto deseado. Él se mostraba escrupuloso acerca de la magia sexual de las herramientas. Quizá se trataba de ansiedad, o del hecho de que otrora había pasado el verano en el Sudoeste de Irlanda, donde las herramientas habían sido masculinas y femeninas. Cuando transportaba una canasta y cizallas, se había sentido un travestido. Eligió un saco de arpillera y un cuchillo de caza. Fue al bosque —un kilómetro o algo más desde la casa— hasta el lugar donde había un seto de uvas silvestres sobre un fondo de pinos. Miraban al Este y los frutos estaban maduros, púrpura-negrucos y ribeteados de escarcha a la sombra. Los cortó con su cuchillo masculino y los metió en el tosco saco. Los cortaba para ella, pero, ¿quién era ella? ¿La amante de Sally Midland? ¡Sí, sí, sí! Había que afrontar los hechos. Lo que él afrontaba era la más grande falsedad o la verdad más grande, pero en cualquier caso se sentía envuelto y sostenido por un sentido de razonabilidad. Pero, si ella amaba a Sally Midland, ¿acaso él no amaba a Chucky Drew? Le agradaba estar con Chucky Drew, pero cuando se encontraban uno al lado del otro bajo la ducha se le ocurrió que Chucky tenía el aspecto de un pollo enfermo, con los brazos sin fuerza, como los de esas mujeres que solían jugar *bridge* con su madre. Pensó que no había amado a un hombre desde el día que salió del cuerpo de niños exploradores. Así, con su bolsa de uvas silvestres, retornó a la casa, los pantalones salpicados de cardos, la frente picada por las últimas moscas del año. Ella había regresado a la cama. Descansaba con el rostro hundido en la almohada. —Recogí algunas uvas —dijo él—. Anoche tuvimos la primera helada. Te traje uvas silvestres para hacer jalea. —Gracias —dijo ella, a la almohada. —Las dejaré en la cocina— explicó. Pasó el resto del día preparando la casa para el invierno. Retiró las persianas y colocó los protectores, apiló hojas de roble, rastrilladas y ácidas, alrededor de los rododendros, verificó el nivel del petróleo en el tanque de combustible y apiló los patines. Trabajó en la compañía de muchas avispas que golpeaban contra los aleros, y que lo mismo que él, parecían deseosas de hallar

refugio ante la aproximación de la edad del hielo...

—En parte fue porque dejamos de hacer cosas juntos —dijo él—. Solíamos hacer muchas cosas juntos. Dormir, viajar, esquiar, patinar, navegar, ir a conciertos, todo lo hacíamos juntos, mirábamos la Serie Mundial y bebíamos cerveza juntos, aunque a ninguno de nosotros nos gusta la cerveza, por lo menos la norteamericana. Fue el año en que Lomborg, no sé cuál era su nombre de pila, erró un tiro por media pista. Tú lloraste, y yo también. Lloramos juntos.

—Tú tenías tu droga —observó ella—. Eso no podíamos hacerlo juntos.

—Pero me aparté seis meses —dijo él—. Aunque nada cambió. De la noche a la mañana. Casi me mató.

—Seis meses no es una vida —dijo Marcia—, y en todo caso, ¿cuándo fue eso?

—Tú ganas —admitió él.

—¿Cómo estás ahora?

—De cuarenta a diez miligramos. Me dan metadona todas las mañanas a las nueve. La entrega un maricón. Usa peluca.

—¿También se droga?

—No sé. Me preguntó si me agradaba la ópera.

—Y por supuesto, no te gusta.

—Eso le dije.

—Me parece bien. No quisiera estar casada con un homosexual, ya que lo estoy con un drogadicto homicida.

—No maté a mi hermano.

—Lo golpeaste con un atizador. Y murió.

—Lo golpeé con un atizador. Estaba borracho. Se golpeó la cabeza contra la chimenea.

—Todos los penalistas dicen que todos los convictos proclaman su inocencia.

—Confucio dice...

—Farragut, eres tan superficial. Siempre fuiste un peso liviano.

—No maté a mi hermano.

—¿Cambiamos de tema?

—Por favor.

—¿Cuándo crees que dejarás el vicio?

—No lo sé. Me parece difícil imaginar esa situación. Puedo decir que la imagino, pero sería falso. Sería como si dijera que he vuelto a instalarme en cierta tarde de mi juventud.

—Por eso eres un peso liviano.

—Sí.

No deseaba disputar, ni entonces ni nunca más con ella. Durante el último año de matrimonio había observado que el desarrollo de una disputa era tan ritual como las palabras y el sacramento del santo matrimonio. —No tengo por qué continuar escuchando tus idioteces —había gritado ella—. Lo asombró, no su histeria, sino el

hecho de que le había quitado las palabras de la boca. —Arruinaste mi vida, arruinaste mi vida —gritaba ella—. En la tierra no hay nada tan cruel como un matrimonio arruinado. —Él tenía todo eso en la punta de la lengua. Pero luego, mientras esperaba que ella continuase anticipando lo que él pensaba, oyó su voz, más honda y más tierna a causa del dolor sincero, que comenzaba una variación inalcanzable para él. —Eres el peor error que cometí jamás —dijo ella suavemente—. Creía que mi vida era ciento por ciento frustración, pero cuando mataste a tu hermano comprendí que había subestimado mis problemas.

Cuando aludía a la frustración, a veces se refería a la frustración de su carrera como pintora, que había comenzado y concluido cuando conquistó el segundo premio de una exposición de arte en la universidad, veinticinco años antes. Una mujer a quien amaba profundamente lo había llamado perverso, y él siempre había tenido en cuenta esta posibilidad. La mujer lo había llamado perverso cuando ambos estaban completamente desnudos en el piso alto de un buen hotel. Después, ella lo besó y dijo:

—Derramemos whisky uno sobre el otro, y bebámoslo. —Así habían hecho, y él no podía dudar del juicio de una mujer así. De modo que, quizá perversamente, él repasó su carrera como pintora. Cuando se conocieron, ella vivía en un estudio, y consagraba a la pintura la mayor parte de su tiempo. Cuando se casaron, el «Times» había dicho que ella era pintora, y en todos los departamentos y las casas en que vivieron había un estudio. Ella pintaba, pintaba incansablemente. Cuando había invitados a cenar, les mostraba sus cuadros. Mandaba fotografiar los cuadros, y enviaba las fotos a las galerías. Había expuesto en parques públicos, calles y mercados de pulgas. Había transportado sus cuadros por la calle Cincuenta y Siete, por la calle Sesenta y Tres, por la calle Setenta y Dos, y había solicitado subsidios, recompensas, el ingreso en colonias de pintores que recibían subsidios, había pintado interminablemente, pero su trabajo jamás había suscitado el más mínimo entusiasmo. Él comprendía, trataba de entender, aun siendo perverso. Ésa era su vocación, y él suponía que tan intensa como el amor de Dios, y como en el caso de un sacerdote desafortunado, las plegarias de la mujer tuvieron un efecto contraproducente. Lo cual tenía cierto encanto contradictorio.

Su pasión por la independencia la había inducido a manipular la cuenta conjunta. La independencia de las mujeres no era nada nuevo para él. Tenía una experiencia amplia, ya que no excepcional. Su bisabuela había cruzado dos veces el Cabo de Hornos, en un barco de vela. Por supuesto, como sobrecargo, la esposa del capitán, pero eso no la había protegido de las grandes tormentas marinas, la soledad, la posibilidad del motín y la muerte o cosas peores. Su abuela había querido ser bombero. Había vivido antes de la época freudiana, pero no carecía de humor. —Me gustan las campanas —decía—, las escaleras, los caños, el estrépito y el retumbo del agua. ¿Por qué no puedo trabajar de voluntaria en el departamento de bomberos? — Su madre había sido una mujer de negocios sin éxito, administradora de salones de té,

restaurantes, tiendas, y en determinado momento propietaria de una fábrica que producía bolsos, cigarreras pintadas y topes de puertas. El impulso de independencia de Marcia no era, él bien lo sabía, resultado de su compañía sino de la historia.

Él descubrió la manipulación con la chequera apenas empezó el asunto. Ella tenía algún dinero propio, pero no alcanzaba para pagar sus ropas. Dependía de él y estaba decidida, ya que no podía modificar esta situación a disimularla. Había comenzado a pedir a los proveedores que le cambiaran cheques, y luego afirmaba que el dinero se había gastado en el mantenimiento de la casa. Los plomeros, los electricistas, los carpinteros y los pintores no entendían bien qué hacía ella, pero era solvente, de modo que no se oponían a canjearle los cheques. Cuando Farragut descubrió el hecho comprendió que su motivo era la independencia. Ella, sin duda, sabía que él sabía. Puesto que los dos sabían, qué sentido tenía plantear el asunto, a menos que él quisiera una lluvia de lágrimas y ésa era la última cosa en el mundo que él quería.

—¿Cómo está la casa? —preguntó—. ¿Cómo está Indian Hill? —No usó el pronombre posesivo: Mi casa. Tu casa, nuestra casa. La casa aún le pertenecía, y sería suya hasta que ella se divorciara. Marcia no contestó. No se quitó los guantes dedo por dedo, ni se tocó el cabello, o utilizó cualquiera de las gastadas bromas de comedia musical utilizadas para expresar desprecio. Su respuesta fue aún más acre: —Bueno —dijo—, es agradable que el asiento del inodoro esté seco.

Salió lentamente de la sala de visitas y subió la escalera hasta el bloque F. Colgó de una percha su camisa blanca y se acercó a la ventana desde donde, abarcando un espacio aproximado de treinta centímetros, alcanzaba a ver dos escalones de la entrada y el camino que los visitantes recorrían cuando se dirigían a los automóviles, los taxis o el tren. Esperó que apareciesen por la puerta, como el camarero de un hotel del plan norteamericano espera que se abran las puertas del comedor, como un amante, como un agricultor arruinado por la sequía espera la lluvia, pero sin el sentido de la universalidad de la espera.

Aparecieron —uno, tres, cuatro, dos— en total veintisiete. Era día de semana. Chicanos, negros, blancos, su esposa de clase alta con su toca de forma acampanada, lo que estuviese de moda ese año. Había ido a la peluquería antes de visitar la prisión. ¿Lo había dicho? «No voy a una fiesta, voy a la cárcel a ver a mi marido». Recordó a las mujeres en el mar antes de la salida de Ann Ecbatan. Todas nadaban estilo pecho para mantener seco los cabellos. Ahora, algunos visitantes transportaban bolsas de papel en las cuales llevaban a casa el contrabando que habían intentado pasar a los seres queridos. Estaban libres, libres de correr, saltar, copular, beber, comprar un billete en el avión a Tokio. Estaban libres, y sin embargo se movían tan descuidadamente en ese precioso elemento que se hubiera dicho que era puro desperdicio. Por el modo en que se movían, era evidente que no apreciaban la libertad. Un hombre se inclinó para levantarse las medias. Una mujer rebuscó en su bolso para comprobar que tenía las llaves. Una mujer más joven elevó los ojos hacia el cielo nublado y abrió un paraguas verde. Una mujer vieja y muy fea se secó las

lágrimas con un pedazo de papel. Éstas eran sus restricciones, los signos del confinamiento que ellos padecían, pero había cierta naturalidad, cierta despreocupación en su propio encarcelamiento, algo de lo cual él, que los observaba entre los barrotes, carecía cruelmente.

No era dolor, nada tan sencillo y claro como eso. Lo único que él podía identificar era cierta perturbación de sus conductos lacrimales, un deseo ciego e irreflexivo de llorar. Las lágrimas brotaron fácilmente, un buen trabajo de diez minutos. Anhelaba llorar y aullar. Era uno de los muertos en vida. No había palabras, palabras vivas que se acomodaran a este dolor, a esta escisión. Era el hombre primordial enfrentado al amor romántico. Sus ojos comenzaron a humedecerse cuando desapareció el último de los visitantes, el último zapato. Permaneció sentado en su camastro, y tomó en la mano derecha el más interesante, mundano, sensible y nostálgico objeto de la celda. —Apúrate —dijo el Pollo número dos—. Tienes solamente ocho minutos para comer.

Sólo la mitad del bloque F estaba ocupada. La mayoría de los baños y las cerraduras del piso superior estaba rota, y esas celdas no tenían ocupantes. Únicamente funcionaban las cerraduras de las celdas, y el inodoro de la celda de Farragut se descargaba solo, ruidosamente y por su cuenta. El aire de vejez —la sensación de que sin duda estaban pasando los últimos días del sistema carcelario— era muy intenso. Al cabo de dos semanas, de los veinte hombres alojados en F, Farragut se incorporó a un grupo de familia formado por el Pollo número dos, Bumpo, la Piedra, el Cornudo, Ransome y Tennis. Esta organización era muy misteriosa. Ransome era un individuo alto, muy alto y apuesto, que presuntamente había asesinado a su padre. Farragut aprendió muy pronto que no debía preguntar a un compañero qué hacía en Falconer. Ello hubiera significado una estúpida violación de los términos que les permitían convivir y, en todo caso, ellos mismos no sabían la verdad. Ransome era un hombre lacónico. Hablaba solamente a la Piedra, que no podía desenvolverse solo. Todos hablaban de la Piedra. Cierta organización criminal le había perforado los tímpanos con un punzón de picar hielo. Después le habían tendido una trampa, y conseguido que le aplicasen una prolongada sentencia; y le habían regalado un audífono de doscientos dólares. Era un sostén de tela que colgaba de sus hombros, sostenido por tiras. Contenía un receptor de plástico color carne, un tubo que llegaba al oído derecho y cuatro baterías. Ransome llevaba y traía a la Piedra entre la celda y el comedor, lo exhortaba a usar el audífono y cambiaba las baterías cuando se agotaban.

Casi nunca hablaba con otras personas.

Tennis había impuesto su presencia a Farragut el segundo día a la mañana temprano, después de barrer las celdas y mientras esperaban la comida. —Soy Lloyd Haversham —dijo—. ¿Ese nombre le dice algo? ¿No? Me llaman Tennis. Me pareció que usted sabía, porque tiene el aspecto del hombre que quizá juega tenis. Gané dos veces seguidas los dobles de Spartanburg. Soy el segundo hombre en la historia del tenis que lo consigue. Por supuesto, aprendí en clubes privados. Nunca jugué en

público. Incluyeron mi nombre en la enciclopedia de los deportes, el diccionario de los grandes del deporte, soy miembro de la academia de tenis y mi figura apareció en la tapa del número de marzo de «Racquets». «Racquets» es la principal publicación de la industria de equipos para tenis. —Mientras hablaba, Tenis desplegaba toda la actividad física de una venta a presión: las manos, los hombros, la pelvis, todo estaba en movimiento. —Estoy aquí a causa de un error administrativo, el error de un empleado de Banco. Soy un visitante, estoy de paso, dentro de pocos días compadezco ante la junta de libertad bajo palabra, y salgo de aquí. En la mañana del nueve deposité trece mil dólares en el Banco de Ahorro Mutuo y expedí tres cheques por doscientos dólares antes de que acreditaran el depósito. Por accidente usé la chequera de mi compañero de habitación, fue uno de mis rivales en los dobles de Spartanburg, y nunca me perdonó mi victoria. Es suficiente un poco de celos y un error administrativo, mala suerte y así lo meten a uno en la cárcel, pero en una semana o dos me marcho. Esto es más una despedida que un saludo, ¡pero de todos modos lo saludo! —Como la mayoría, Tenis hablaba en sueños, y Farragut lo había oído preguntar: —¿Ya lo atendieron? ¿Realmente lo atendieron? —Bumpo explicó la frase a Farragut. La carrera atlética de Tenis se había desarrollado treinta años antes, y lo habían detenido por falsificación de cheques mientras trabajaba como empleado de una rotisería. Bumpo pudo explicar el hecho relacionado con Tenis, pero nada dijo de sí mismo, pese a que era la celebridad del bloque, y a que se afirmaba que era el segundo hombre que había secuestrado un avión. Había obligado al piloto a volar de Minneapolis a Cuba, y estaba cumpliendo una sentencia de dieciocho años por secuestro. Bumpo nunca mencionaba este hecho, o ningún detalle acerca de sí mismo, excepto un comentario a propósito de un gran anillo que usaba, que llevaba engarzado un diamante o un pedazo de vidrio. —Vale veinte mil —decía. El precio variaba de un día para el otro. —Lo vendería, lo vendería mañana si alguien me garantizase que de ese modo se salva una vida. Quiero decir, si hubiese una persona muy vieja, solitaria y hambrienta, cuya vida yo pudiera salvar, en ese caso lo vendería. Por supuesto, tendría que ver los documentos. O si hubiese una niñita indefensa y sola, y yo tuviese la seguridad de que nadie o nada en el mundo podría salvarle la vida, bueno, en ese caso le daría mi piedra. Pero primero tendría que ver los documentos. Querría ver certificaciones y fotografías, y partida de nacimiento, pero si pudiesen demostrarme que mi piedra es la única cosa que se interpone entre la niña y la tumba bueno, en ese caso se la daría en diez minutos.

El Pollo número dos hablaba de su brillante carrera como ladrón de joyas en Nueva York, Chicago y Los Angeles, y si bien en sueños hablaba más que el resto de ellos, en su charla se repetía una frase. —No le pida rebaja de precio —gritaba. Su voz era vehemente e irritable. —Le dije que no le pida rebaja de precio. No se la dará por menos precio, así que no le pida. —Cuando se refería a su carrera no detallaba sus éxitos. Hablaba sobre todo de su propio encanto. —La razón por la cual yo fui tan grande era mi encanto. Yo era muy encantador. Todos sabían que yo tenía clase. Y

voluntad, yo tenía voluntad. Daba la impresión de una persona muy dispuesta. Si alguien me pedía que consiguiera algo, tenía la impresión de que yo lo intentaría. Consígame las Cataratas del Niágara, me decían. Consígame el Empire State Building. Sí señor, decía siempre, sí señor, lo intentaré. Yo tenía clase.

El Cornudo, como Tenis, se explicó con fuerza y energía. No hacía una semana que Farragut era miembro de la familia cuando el Cornudo le hizo una visita. Era un hombre grueso de rostro muy sonrosado, cabellos finos y una sonrisa irritante y exagerada. Su aspecto más interesante era que había organizado un negocio. Pagaba un atado de cigarrillos mentolados por cada dos cucharas que un penado pudiese robar del comedor. En el taller convertía las cucharas en brazaletes, y Walton, el cabo a cargo de las celdas, las disimulaba entre sus ropas y las exponía en un negocio de regalos de la localidad más próxima, donde se los anunciaba como producción de un hombre condenado a muerte. Se vendían por veinticinco dólares. Con estas ganancias tenía su celda colmada de jamón enlatado, pollos, sardinas, manteca de maní, galletitas y pastas, y utilizaba estos alimentos como carnada para conseguir que sus compañeros escuchasen sus relatos acerca de su esposa. —Lo invito a comer una linda rebanada de jamón —dijo a Farragut—. Tome asiento, tome asiento, y sírvase una linda rebanada de jamón, pero antes le explicaré por qué estoy aquí. Maté por error a mi esposa. La noche que la maté fue la noche que me dijo que ninguno de los tres chicos era mío. También me dijo que los dos abortos que yo pagué y el hijo que perdió tampoco eran míos. Entonces la maté. Ni siquiera cuando las cosas andaban bien podía confiarse en ella. Por ejemplo, esa semana o dos que estuvimos casi todo el tiempo en la cama. Yo me dedicaba a ventas, pero era la temperatura baja, y los dos estábamos en la casa, encamándonos, comiendo y bebiendo. Entonces me dijo que necesitamos descansar un poco de encamarnos uno con otro, y yo entendí a qué se refería. Yo estaba realmente enamorado. Dijo que sería muy bueno separarnos un par de semanas, y qué maravilloso nos parecería cuando volviéramos a vernos. ¿No lo crees? Entonces comprendí a qué se refería, y volví al camino un par de semanas, pero una noche en Dakota del Sur me emborraché y me acosté con una desconocida, y me sentí muy culpable, de modo que cuando volví a casa y me quité los pantalones pensé que tenía que confesarle que había sido impuro, y eso hice. Entonces me besó y dijo que no importaba, y que le alegraba que yo lo hubiese confesado, porque también ella tenía que confesarse. Dijo que el día que yo me fui ella tomó un taxi para ir al otro lado de la ciudad, a ver a su hermana, y el taxista tenía unos ojos negros tan vivos que parecían perforarle el cuerpo, de modo que salió con el taxista, cuando él dejó su trabajo, a las diez. Y al día siguiente fue a Melcher a comprar comida para el gato, y hubo un accidente de tránsito del cual ella fue testigo, y cuando ese apuesto policía estatal estaba interrogándola le preguntó si podía continuar el interrogatorio en casa, y ella aceptó. Luego, esa noche, esa misma noche, apareció un viejo condiscípulo del colegio secundario y se calentó y se arregló con él. Y a la mañana siguiente, después de todo eso, cuando estaba cargando nafta en lo de

Harry, se calentó con el ayudante nuevo de la estación de servicio, y él viene a casa a la hora del almuerzo. Después de oír todo eso volví a ponerme los pantalones y salí de la casa y bajé al bar de la esquina y allí me quedé unas dos horas, pero después de las dos horas volví a acostarme con ella. —Pensaba darme un pedazo de jamón —dijo Farragut. —Oh, sí —dijo el Cornudo. Era un sujeto mezquino y codicioso, y Farragut recibió apenas una tajada fina y pequeña de jamón. El Pollo regateaba con el Cornudo, y no entraba en la celda hasta que él le había prometido una cantidad fija de alimento.

Esa noche Farragut estaba entre Bumpo y Tennis en la fila de los que iban a comer. Les dieron arroz, salchichas, pan, oleomargarina y media lata de duraznos en almíbar. Guardó tres rebanadas de pan para su gato y caminó lentamente hacia el pabellón F. Chiquito estaba sentado frente a su comida traída de fuera de la casa, distribuida sobre su escritorio, al extremo del pabellón. Sobre su plato tenía un buen pedazo de carne, tres papas asadas, una lata de arvejas, y en otro plato una torta entera de confitería. Farragut suspiró ruidosamente cuando olió la carne. El alimento era una verdad recientemente revelada en su vida. Había llegado a la conclusión de que la Sagrada Eucaristía era nutritiva si se ingería suficiente cantidad. En ciertas iglesias, otrora, horneaban el pan —pálido, fragante y crujiente— en el presbiterio. Coma esto en memoria de mí. El alimento tenía cierta relación con sus propios comienzos como cristiano y como hombre. Había leído cierta vez que interrumpir bruscamente el amamantamiento era una experiencia traumática, y por lo que recordaba de su madre, ella bien podía haberle quitado el pezón de la boca sólo para no llegar tarde a su partida de *bridge*; pero eso era muy parecido a la autocompasión, y él había tratado de eliminar ese sentimiento de su espectro emotivo. El alimento era alimento, el hambre era hambre y su vientre medio vacío y el perfume de la carne asada concertaban una relación que incluso el diablo difícilmente podía romper. —Buen provecho —dijo a Chiquito. En otra habitación sonaba un teléfono. El televisor estaba encendido y después de una votación tramposa la mayoría había decidido ver un partido. La ironía de la televisión, desplegada sobre el trasfondo de cualquiera de las formas de la vida o la muerte, era superficial y fortuita.

Así, mientras uno yacía moribundo, mientras estaba de pie frente a la ventana cerrada con barrotes, mirando la plaza vacía, se oía la voz de un hombre, un medio hombre, el tipo de persona al que no se habría dirigido la palabra en un colegio o en la universidad, la víctima de un mal barbero, de un mal sastre y un mal artista del maquillaje, exclamando: «Ofrecemos complacidos a la señora Alcorn, del Bulevar 275, número 11.235, el refrigerador de cuatro puertas, tamaño catedral, que incluye cien kilogramos de carne de primera y elementos suficientes para alimentar durante dos meses a una familia de seis personas. Se incluye alimento para el animalito de la casa. No llore, señora Alcorn, oh, querida, no llores, no llores... Y a los restantes competidores, un juego completo del producto del patrocinador». Cuando se extinguió la voz, él pensó que hacía mucho que había terminado el tiempo de la

ironía trivial. Dadme los acordes, los ríos profundos, la estática profundidad de la nostalgia, el amor y la muerte. Chiquito había comenzado a rugir. Generalmente era un hombre razonable, pero ahora gritaba estridente, estremecedor y absurdo. — Mierdosa rata, chupapenes, lameculos, pulguinto hediondo y roñoso.

Las obscenidades evocaron en la memoria de Farragut recuerdos muy antiguos de la guerra con Alemania y Japón. «En una mierdosa compañía de fusileros», podía haber dicho él o cualquier otro, «tienen el mierdoso M-1, que siempre funciona mal, la mierdosa 03 que simula mierdosas carabinas, el mierdoso y anticuado BAR y los mierdosos morteros de sesenta milímetros, y a los cuales hay que ajustar la mierdosa mira para darle al blanco mierdoso». La obscenidad era como un tónico del discurso, y le infundía fuerza y estructura, pero tanto tiempo después la palabra «mierdoso» tenía para Farragut la oscura fuerza de un recuerdo. «Mierdoso» significaba el M-1, las mochilas de veinticinco kilogramos, redes de desembarco, las malolientes islas del Pacífico con la Rosa de Tokio que hablaba por la radio. Y ahora, el sincero estallido de Chiquito desenterró un pasado, no muy vivido porque carecía de dulzura, pero que representaba cuatro sólidos y memorables años de su vida. Pasó el Cornudo y Farragut preguntó: —¿Qué le pasa a Chiquito? —Oh, no lo sabías —dijo el Cornudo—. Había empezado a comer y el jefe lo llamó por la línea general y le dijo que verificara las planillas de trabajo. Cuando regresó un par de gatos, gatos grandes, habían terminado la carne y las papas, cagaron en el plato y estaban por la mitad de la torta. A uno le arrancó la cabeza. El otro escapó. Cuando estaba arrancando la cabeza al gato recibió un feo mordisco. No deja de sangrar. Creo que fue a la enfermería.

Si las cárceles podían hacer felices a algunos seres vivos, era a los gatos, aunque el carácter sentencioso de esa observación irritó a Farragut. Pero el hecho era que hombres entrenados con tableros de dibujo y albañiles, cemento y piedra habían construido edificios que negaban a sus propios semejantes una discreta medida de libertad. Las gatos eran quienes mejor aprovechaban la situación. Incluso los más gordos, los que sobrepasaban los veinte kilogramos, podían pasar entre los barrotes y los cazadores encontraban abundancia de ratas y ratones, y había hombres necesitados de afecto para los tiernos y los mimosos, y salchichas, albóndigas, pan del día anterior, y oleomargarina para comer.

Farragut había visto a los gatos de Luxor, El Cairo y Roma, pero ahora que todos viajaban alrededor del mundo y escribían tarjetas postales y a veces libros acerca de sus experiencias, no tenía mucho sentido vincular a los sombríos gatos de la cárcel con los sombríos gatos del antiguo mundo. En su condición de criador de perros no había simpatizado mucho con los gatos, pero había cambiado. En Falconer había más gatos que convictos, y téngase en cuenta que había dos mil convictos. Quizá el total se elevaba a cuatro mil gatos. El olor saturaba todo, pero tenían a raya a la población de ratas y ratones. Farragut tenía un favorito. Lo mismo ocurría con los demás, algunos tenían hasta seis. Las esposas de algunos hombres les traían comida especial —alimentos enlatados—. La soledad enseñaba a los intransigentes a amar a sus gatos,

pues la soledad puede movilizarlo todo sobre la tierra. Eran cálidos, tenían el cuerpo peludo, eran cosas vivas, y ofrecían gestos fugaces que demostraban afecto, inteligencia, originalidad y a veces gracia y belleza. Farragut llamaba Bandido a su gato porque —era un animal blanco y negro— tenía una máscara parecida a la de un asaltante de diligencias o a la de un mapache. —Hola, gatito —dijo—. Depositó en el piso los tres pedazos de pan. Bandido lamió primero la margarina del pan y luego, con precisión felina, comió las costras y bebió un sorbo de agua del inodoro, terminó las partes blandas y trepó a las rodillas de Farragut. Sus garras atravesaron el uniforme de fajina como las espinas de una rosa. —Bandido bueno, lindo Bandido. ¿Sabes una cosa, Bandido? Mi esposa, mi única esposa vino a verme hoy y no sé qué demonios pensar de la visita. Recuerdo sobre todo que la vi alejarse de aquí. Mierda, Bandido, la quiero. —Con el pulgar y el dedo medio acarició la piel detrás de las orejas del gato. Bandido ronroneó intensamente y cerró los ojos. Nunca había averiguado el sexo del gato. Recordó a los chicanos de la sala de visitas. —Qué bueno que no me abandones, Bandido. Yo solía tener dificultades con mi miembro. Cierta vez subí a esa montaña de los Abruzzi. Dos mil metros. Decían que los bosques estaban poblados de osos. Por eso trepé a la montaña. Para ver a los osos. Había un refugio en la cima, y llegué poco antes de oscurecer. Entré, encendí un fuego, y comí los sándwiches que había traído y bebí un poco de vino; y después me metí en la bolsa de dormir y traté de dormir, pero mi condenado miembro de ningún modo quería descansar. Latía, y preguntaba cuándo habría acción, por qué habíamos trepado a esa montaña sin ningún propósito, y qué pretendía yo, y así por el estilo. Y entonces algo, un animal, comenzó a rascar la puerta. Seguramente era un lobo o un oso. Excepto yo, no había nadie más en la montaña. De modo que le dije a mi miembro: —Si es una loba o una osa quizá pueda darte el gusto. Y por una vez eso lo hizo pensar, y yo pude dormirme, pero...

Entonces sonó la alarma general, Farragut nunca la había oído e ignoraba su significado, pero era un escándalo, sin duda destinado a anunciar incendios, disturbios, la culminación y el fin de las cosas. Sonaba incesante, mucho después que había concluido su utilidad como anuncio, advertencia, alerta o alarma. Sonaba como un modo de recrear la locura, descontrolada, y a su vez ejerciendo control y posesión, y luego alguien movió una llave y hubo esa brevísima dulzura que sobreviene con la cesación del dolor. La mayoría de los gatos se había ocultado y los más sabios huyeron. Bandido estaba detrás del inodoro. Luego, se abrió la puerta de metal y entró un grupo de guardias, encabezados por Chiquito. Vestían los impermeables amarillos que solían usar en los ejercicios contra incendios, y todos esgrimían garrotes.

—Los que tengan gatos en las celdas échenlos fuera —dijo Chiquito. Dos gatos que estaban al final del bloque, creyendo quizá que Chiquito tenía alimentos, se le acercaron. Uno era grande, el otro pequeño. Chiquito alzó su garrote, describió un arco en el aire y atrapó a un gato al final del arco descendente, partiéndolo en dos. Al

mismo tiempo, otro guardia aplastó la cabeza del gato grande. Sangre, sesos y entrañas se distribuyeron sobre los impermeables amarillos y la visión de la carnicería reverberó en todos los agregados dentales de Farragut; las coronas, los engastes y los arreglos, todos comenzaron a doler. Volvió bruscamente y vio que Bandido se dirigía hacia la puerta cerrada. Lo complació esa demostración de inteligencia, y el hecho de que Bandido le había ahorrado el enfrentamiento que tenían en ese instante Chiquito y el Pollo número dos: —Eche afuera ese gato —dijo Chiquito al Pollo—. No matará a mi gatito —dijo el Pollo—. Lo encerraré seis días en la celda —dijo Chiquito—. No matará a mi gatito —dijo el Pollo—. Ocho días encerrado —dijo Chiquito. El Pollo no habló. Seguía aferrado al gato. —Lo enviaré al pozo —dijo Chiquito. —Tendrá un mes en el pozo.

—Volveré a buscarlo después —dijo uno de los guardias.

Fue un combate dividido. La mitad de los gatos observó la matanza y se dirigió a la puerta cerrada. La mitad de ellos anduvo de aquí para allí, sin saber qué hacer, oliendo la sangre de sus semejantes y a veces bebiéndola. Dos de los guardias vomitaron y media docena de gatos murió por comer el vómito. Los gatos que se paseaban cerca de la puerta, esperando que les permitieran salir, fueron un blanco fácil. Cuando el tercero de los guardias se descompuso, Chiquito dijo: —Está bien, está bien, suficiente por hoy, pero de todos modos esto no me devuelve mi comida. Que venga el equipo contra incendios a limpiar esto. —Ordenó que abriesen la puerta y en ese momento seis o quizá diez gatos escaparon, y Farragut tuvo un recordatorio de lo invencible.

Llegó el equipo contra incendios, provisto de cubos de residuos, palas y dos mangueras. Regaron el bloque y recogieron a los gatos muertos. También arrojaron agua en las celdas, y Farragut trepó a su camastro, se arrodilló allí y dijo: —Bienaventurados los mansos. —Pero no pudo recordar lo que seguía.

Farragut era adicto a las drogas y pensaba que la conciencia del consumidor de opio era mucho más amplia, más vasta y representativa de la condición humana que la conciencia de quien nunca ha vivido la adicción. La droga que él necesitaba era un destilado de tierra, aire, agua y fuego. Él era mortal, y su adicción era una hermosa ilustración de los límites de su mortalidad. Había comenzado a consumir drogas durante una guerra en cierta isla, donde el tiempo era sofocante, el moho de la selva que afectaba las partes velludas de su cuerpo supuraba, y el enemigo estaba formado por asesinos. El médico de la compañía había pedido galones de un jarabe pegajoso y amarillo contra la tos, y todas las mañanas el grupo selecto bebía un vaso de esta sustancia y entraba en combate, drogado y en paz con la sofocación, la supuración y el asesinato. Siguió la benzedrina, y ésta y su ración de cerveza le permitió pasar la guerra y volver a sus propias costas, a su hogar y su esposa. Sin sentimiento de culpa pasó de la benzedrina a la heroína, su adicción fomentada por casi todas las voces que oía. El ayer era la era de la ansiedad, la era del pez, y hoy, su día, su mañana, era el tiempo misterioso y arriesgado de la aguja. Su generación era la generación de los adictos. Era su escuela, su colegio, la bandera bajo la cual entraba en batalla. La declaración de adicción estaba en todos los diarios, en las revistas y las voces que circulaban en el éter. La adicción era la ley de los profetas. Cuando empezó a enseñar, él y el jefe de su departamento se inyectaban antes de la clase principal, reconociendo así que lo que el mundo esperaba de ellos podía obtenerse sólo gracias a la esencia de una flor. Era un reto y su respuesta. Los nuevos edificios de la universidad desbordaban la escala humana, la imaginación humana, los más audaces sueños humanos. Los puentes que él atravesaba para llegar a la universidad eran el resultado esencial de las computadoras aplicadas a la ingeniería, una suerte de Espíritu Santo mecánico. Los aviones que lo llevaban de su universidad a otra cualquiera planeaban desenvueltos a una altura en la cual los hombres hubieran perecido. No había sutura filosófica que pudiese obtener otra cosa que la destrucción de las ciencias que se enseñaban en los altos edificios que él podía ver desde las ventanas de Inglés y Filosofía. Había hombres tan estúpidos que no reaccionaban ante estas siniestras contradicciones y vivían vidas carentes de conciencia y distinción. Su recuerdo de una vida sin drogas era como un recuerdo de sí mismo cuando era un joven rubio y semidesnudo vestido con un buen traje de franela, caminando por una playa blanca entre el mar sombrío y una pared de granito leonino, y el intento de desenterrar tal recuerdo era despreciable. En la práctica y espiritualmente una vida sin drogas parecía un punto remoto y despreciable de su pasado —binoculares adosados a telescopios, lentes raspando sobre lentes, usados para recoger una figura sin importancia de un día estival muy antiguo.

Pero en la vastedad de su conciencia de consumidor de opio estaba —a lo sumo un grano de arena— el conocimiento de que si se destruía su inspirado conocimiento de las drogas de la tierra, tendría que afrontar una muerte cruel y antinatural. Los representantes y los senadores a veces visitaban la cárcel. Rara vez se les mostraba la

línea de adictos a la metadona, pero dos veces habían tropezado con este grupo, y se habían opuesto a que el esfuerzo de los contribuyentes se malgastara para mantener en su adicción enfermiza a delincuentes convictos. Sus protestas no habían dado resultado, pero el sentimiento de Farragut respecto de los senadores que visitaban la cárcel se había convertido en odio asesino, ya que estos hombres podían matarlo. El temor a la muerte nos acecha a todos por doquier, pero para la gran inteligencia del consumidor de opio se ha concentrado bellamente en el eje crucial de las drogas. Perecer de hambre, quemarse o ahogarse en la bienaventuranza de una gran caída, nada significaba. Las drogas eran parte de todo lo que constituía una experiencia exaltada, creía Farragut. Las drogas eran parte de la iglesia. Toma esto en memoria de mí y agradécete, decía el sacerdote, depositando una anfetamina en la lengua del hombre arrodillado. Sólo el consumidor de opio comprende realmente el color de la muerte. Cuando una mañana el auxiliar que entregaba su metadona a Farragut estornudó, Farragut pensó que era un sonido ominoso y temible. El empleado podía contraer un resfrío y, en vista del carácter de la burocracia carcelaria, quizá no hubiera otra persona autorizada a distribuir la droga. El sonido de un estornudo implicaba la muerte.

El jueves se realizó una requisita en busca de contrabando, y se impidió el acceso a los bloques de celdas hasta después de la cena. Alrededor de las ocho se anunciaron los nombres de los infractores. El Cornudo y Farragut estaban en la lista, y fueron a la oficina del subdirector. Habían encontrado dos cucharas, ocultas en el lavabo de Farragut. Le aplicaron seis días de encierro en la celda. Farragut afrontó serenamente la sentencia, pensando primero en el sufrimiento del encierro. Se dijo que podía soportar serenamente el confinamiento. En ese momento era el principal dactilógrafo de la cárcel, y se lo respetaba por su inteligencia, su eficiencia y su velocidad; y tenía que afrontar la posibilidad de que cuando estuviese ausente pusieran en su lugar a otro hombre, y de que su puesto, su trabajo y su sentido de la propia importancia se eclipsaran. Quizás en el ómnibus de la tarde había llegado alguien capaz de deletrear frases a doble velocidad que la suya, el hombre que usurparía su oficina, su silla, su pupitre y su lámpara. Preocupado por la pena de confinamiento y la amenaza a su autoestima, Farragut regresó adonde estaba Chiquito, le entregó la nota de castigo y preguntó: —¿Cómo me darán la ración?

—Preguntaré —dijo Chiquito—. Creo que la traerán de la enfermería. Pero no recibirá nada hasta mañana por la mañana. —En ese momento Farragut no necesitaba metadona, pero la mañana amenazaba usurpar los hechos de la noche. Se desvistió, se acostó y vio el noticioso por la televisión. Las noticias de las dos últimas semanas estaban dominadas por el caso de una asesina. Tenía las características acostumbradas. Ella y el marido vivían en una casa de cierta categoría, en una comunidad exclusiva. La casa estaba pintada de blanco, el jardín plantado con costosos abetos, y el césped y los setos estaban bien mantenidos. El carácter de la mujer había sido admirado. Enseñaba en la escuela dominical, y había sido como una

madre para las niñas exploradoras. Sus tortas de café para la feria de la Iglesia Trinitaria eran famosas, y en las reuniones de la Asociación de Padres y Maestros se expresaba con inteligencia, firmeza y encanto. —Qué amable era —decían los vecinos—, tan pulcra, tan cordial, quería a su marido, y no puedo concebir... —Lo que no podían concebir era que había asesinado al esposo, y después de desangrarlo cuidadosamente y arrojar la sangre al inodoro, lo había lavado y comenzado a corregir y mejorar el físico del hombre. Primero, decapitó el cadáver, y sustituyó la cabeza con la cabeza desangrada de una segunda víctima. Después, reemplazó los genitales por los de su tercera víctima, y los pies con los de la cuarta. Cuando invitó a un vecino a ver la figura de este hombre se despertaron sospechas. Entonces desapareció. Estaban considerándose ofertas de aprovechamiento de los restos con fines comerciales, pero no se había arreglado nada. Noche tras noche los fragmentos del relato concluían con una vista en perspectiva de la serena casa blanca, los árboles y el prado aterciopelado.

Acostado en la cama, Farragut sintió que su ansiedad comenzaba a crecer. Por la mañana le negarían su ración. Podía morir. Se proponían asesinarlo. Luego, recordó las veces que habían amenazado su vida. Primero su padre que, después de escribir con el pene el nombre de Farragut, había tratado de borrar lo escrito. Uno de los relatos favoritos de su madre se refería a la noche en que el padre de Farragut trajo a cenar a un médico. En mitad de la cena se reveló que el médico era un abortero, y que lo habían invitado a cenar con el fin de matar a Farragut. Por supuesto, eso no podía recordarlo, pero sí recordaba la vez que estuvo caminando por una playa con su hermano. Era en una de las islas del Atlántico. Sobre el extremo de la isla había un estrecho llamado el Paso de Chilton. —¿Quieres nadar? —preguntó su hermano. A su hermano no le gustaba nadar, pero era bien sabido que Farragut siempre estaba dispuesto a desvestirse y a meterse en cualquier charco de agua. Se quitó las ropas y empezaba a meterse en el mar cuando un desconocido, un pescador, se acercó corriendo por la playa, y gritando: —¡Alto, alto! ¿Qué te propones hacer? —Pensé bañarme —dijo Farragut. —Estás loco —dijo el desconocido—. La marea está cambiando, y si el oleaje no te mata lo harán los tiburones. Aquí no se puede nadar. Deberían poner un cartel... pero lo cierto es que con la marea no durarías ni un minuto. No conseguirías dar dos brazadas. Gastan todo el dinero de los contribuyentes en carteles de tránsito, acelere, ceda el paso, alto, pero en una trampa de muerte bien conocida como ésta ni siquiera se molestan en poner un anuncio. —Farragut agradeció al desconocido y volvió a vestirse. Su hermano caminaba por la playa. Seguramente Eben trotaba o corría, porque ya había puesto cierta distancia entre ambos. Farragut lo alcanzó, y lo primero que preguntó fue: —¿Cuándo vuelve Luisa de Denver? Ya me lo dijiste, pero lo he olvidado. —El martes —replicó Eben—. Se queda para la boda de Ruth. —De modo que regresaron a la casa, conversando de la visita de Luisa. Farragut recordó que se sentía feliz porque estaba vivo. Sobre ellos, un cielo azul.

En el centro de rehabilitación de Colorado, donde habían confinado a Farragut para curar su adicción, los médicos descubrieron que la heroína le había dañado el corazón. La cura duró treinta y ocho días, y antes de darlo de alta le impartieron instrucciones. Se lo daba de alta como paciente externo. A causa del corazón, durante seis semanas no podía subir escaleras, manejar un automóvil o realizar ningún tipo de esfuerzo. Debía evitar los cambios bruscos de temperatura, y sobre todo la excitación. Cualquier tipo de excitación podía matarlo. Entonces, el médico utilizó el ejemplo clásico del hombre que paleaba nieve, y después entró en su casa muy calefaccionada y disputó con su esposa. Y eso fue como dispararse una bala en la cabeza. Farragut volvió en avión al Este, y el viaje careció de incidentes. Viajó en taxi a su departamento, y fue recibido por Marcia. —Hola —dijo, y se inclinó para besarla, pero ella desvió el rostro—. Debo continuar el tratamiento— dijo él—. Una dieta sin sal... no del todo, pero no hay que agregar sal. No puedo subir escaleras o manejar el automóvil, y tengo que evitar cualquier excitación. Creo que no habrá dificultades. Quizá podamos ir a la playa.

Marcia atravesó el largo vestíbulo que conducía al dormitorio y cerró con fuerza la puerta. El ruido fue explosivo, y por si él no había entendido el mensaje abrió la puerta y volvió a golpearla. El efecto sobre su corazón fue inmediato. Sintió que se le aflojaban los músculos, tuvo un mareo y le faltó el aliento. Se aproximó vacilante al sofá de la sala de estar y se recostó. Sentía intenso dolor y demasiado miedo para comprender que el retorno de un drogadicto al hogar no era un episodio romántico. Se adormeció. Había comenzado a anochecer cuando recobró el sentido. El corazón seguía latiéndole con fuerza, se le había enturbiado la visión y estaba muy débil, y tenía mucho miedo. Oyó que Marcia abría la puerta del dormitorio y entraba a la sala. —¿Necesitas algo? —preguntó. Su tono era feroz.

—Un poco de bondad —dijo él. Estaba impotente—. Un poco de bondad.

—¿Bondad? —preguntó ella—. ¿Esperas bondad de mí en una situación así? ¿Qué hiciste nunca para merecer bondad? ¿Qué me diste? Trabajo y más trabajo. Una vida superficial y sin sentido. Polvo. Telarañas. Automóviles y encendedores que no funcionan. Roña en la bañera, lavabos taponados, un prestigio internacional de depravación sexual, alcoholismo y drogadicción, brazos y piernas rotos, conmociones cerebrales y ahora una grave enfermedad del corazón. Con todo eso que tú me diste tengo que vivir, y ahora esperas bondad. —El golpeteo de su corazón se agravó, se le oscureció todavía más la visión y se adormeció, pero cuando despertó Marcia estaba preparando algo en la cocina y él aún vivía.

Reapareció Eben. Era en una fiesta celebrada en una casa neoyorquina de piedra arenisca. Algunos invitados se marchaban y él estaba de pie frente a una ventana abierta, despidiéndose. Era una ventana ancha, y él estaba de pie sobre el borde. Debajo, una superficie libre con una empalizada de hierros como lanzas. Mientras estaba en la ventana, alguien le dio un brusco empujón. Saltó o cayó de la ventana, evitó las lanzas de hierro y aterrizó sobre las rodillas, en el pavimento. Uno de los

invitados que se disponían a partir regresó y lo ayudó a incorporarse, y él continuó hablando acerca de la ocasión en que se reunirían nuevamente. Lo hizo para no volver la vista hacia la ventana y no identificar, si tal cosa era posible, a quien lo había empujado. No deseaba saberlo. Se había torcido un tobillo y lastimado la rodilla, pero evitó volver a pensar en el incidente. Muchas años después, mientras paseaban por un bosque, Eben había preguntado repentinamente: —¿Recuerdas esa fiesta en casa de Sara, cuando te emborrachaste terriblemente y alguien te empujó por la ventana? —Sí —replicó Farragut—. Nunca te dije quién había sido —continuó Eben—. Fue ese hombre de Chicago. —Farragut pensó que con esa observación su hermano de hecho se había acusado, pero Eben pareció sentirse absuelto. Echó atrás los hombros, alzó la cabeza hacia la luz y comenzó a descargar vigorosos puntapiés sobre las hojas.

Las luces y el televisor se apagaron. Tennis empezó a preguntar: —¿Te atendieron? ¿Te atendieron? —Farragut, acostado en su camastro, pensando en la mañana y en su posible muerte, llegó a la conclusión de que, comparados con los detenidos, los muertos tenían ciertas ventajas. Por lo menos tenían recuerdos y pesares panorámicos, y en cambio él, en su condición de detenido, advertía que sus recuerdos del mundo esplendente eran fragmentarios, e intermitentes, y dependían de olores casuales, el pasto, el cuero del calzado, el olor del agua que brotaba de las duchas. Poseía ciertos recuerdos, pero eclipsados y deformes. Cuando despertaba por la mañana, miraba nervioso y desesperado alrededor en busca de una palabra, una metáfora, una sensación o un olor que le diesen un punto de apoyo, pero lo único que le quedaba era sobre todo la metadona y su díscolo miembro. En la cárcel tenía la sensación de que era un viajero y de que había atravesado países muy extraños, y que eso le permitía identificar esta profunda alienación. Era la sensación de que al despertar antes del alba, todo, comenzando por el sueño del cual despertaba, le era extraño. Había soñado en otro idioma, y al despertar sentía la textura y el olor de la ropa de cama extraña. Por la ventana penetraba el olor extraño de combustibles desconocidos. Se bañaba en un agua extraña y herrumbrosa, se limpiaba el trasero con papel extraño y bárbaro, y descendía escaleras desconocidas para recibir un desayuno peculiar y profundamente ofensivo. Eso era viajar. Y lo mismo aquí. Todo lo que él veía, tocaba, olía y soñaba era cruelmente ajeno, pero este continente o esa nación en la cual quizás pasaría el resto de su vida no tenía bandera, ni himno, ni monarca, o presidente, o impuestos, o límites o tumbas.

Durmió mal y se sintió deprimido cuando despertó. El Pollo número dos le trajo comida y café, pero su corazón latía al mismo tiempo que su reloj. Si la metadona no llegaba a las nueve empezaría a morir. No era algo hacia lo cual pudiese caminar, como una silla eléctrica o un nudo corredizo. A las nueve menos cinco empezó a gritar a Chiquito. —Quiero mi ración, es la hora, déjenme ir a la enfermería a recibir mi ración. —Bueno, tienen que atender a los que esperan ahí —dijo Chiquito—. El reparto a domicilio se hace después. —Quizá no entregan a domicilio —dijo

Farragut. Se sentó en su camastro, cerró los ojos y trató de sumergirse en la inconsciencia. Esto duró unos minutos. Después rugió: —¡Cristo, traigan mi ración! —Chiquito continuó manipulando planillas, pero Farragut apenas podía verlo. El resto de los hombres que no había ido al taller empezó a mirar. Con excepción del Cornudo, no había otros encerrados en la celda. Entonces Chisholm, el su jefe de guardiacárceles, apareció con otros dos penados. —Veo que tienen en programa una escenita de suspensión de la droga —dijo. —Sí —dijo Chiquito—. No es idea mía. —No apartó los ojos de sus planillas. —Ocupe una mesa vacía. La representación va a comenzar.

Farragut había comenzado a transpirar en las axilas, la ingle y la frente. Después, el sudor le corrió por las costillas y le empapó los pantalones. Le ardían los ojos. Aún podía ordenar los porcentajes. Perdería el cincuenta por ciento de la visión. Cuando estaba transpirando profusamente, comenzó a temblar. La cosa empezó con las manos. Se sentó sobre ellas, pero entonces comenzó a bambolearse la cabeza. Se puso de pie. Le temblaba todo el cuerpo. El brazo derecho salió disparado hacia adelante. Lo retrajo. La rodilla izquierda se elevó en el aire. La bajó, pero subió de nuevo y comenzó a subir y bajar como un pistón. Cayó y se golpeó la cabeza en el piso, tratando de obtener la cordura del dolor. El dolor debía tranquilizarlo. Cuando comprendió que de ese modo no podía sufrir, inició la tremenda lucha para colgarse. Intentó quince veces, o un millón de veces, hasta que al fin pudo aplicar la mano a la hebilla del cinturón. La mano salió disparada y después de otra lucha prolongada consiguió volverla a la hebilla y la soltó. Luego, de rodillas, con la cabeza todavía sobre el piso, arrancó el cinturón de los ojales. La transpiración se había interrumpido. Lo recorrían convulsiones de frío. Ya no estaba en equilibrio sobre las rodillas, y en cambio se movía sobre el piso como un nadador, y así llegó a la silla, se ató el cinturón y aseguró el extremo a un clavo en la silla. Estaba tratando de estrangularse cuando Chisholm dijo: —Saque de ahí a ese infeliz y dele su droga. —Chiquito abrió la puerta de la celda. Farragut no podía ver mucho, pero vio el movimiento, y apenas se abrió la puerta de la celda se incorporó de un salto, chocó con Chiquito y estaba casi fuera de la celda, corriendo en dirección a la enfermería, cuando Chisholm lo derribó de un sillazo en la cabeza. Llegó a la enfermería con la pierna izquierda enyesada y la mitad de la cabeza cubierta de vendas. Allí estaba Chiquito, de civil. —Farragut, Farragut —preguntó—, ¿por qué es adicto?

—Farragut no contestó. Chiquito le palmeó la cabeza. —Mañana le traeré algunos tomates frescos. Mi esposa preparó cincuenta frascos de salsa de tomate. Comemos tomates en el desayuno, el almuerzo y la cena. Pero todavía me queda mucho. Le traeré un poco mañana. ¿Desea otra cosa?

—No, gracias —dijo Farragut—. Me gustaría comer tomates.

—¿Por qué toma drogas? —preguntó Chiquito, y salió.

La pregunta no desconcertó a Farragut, pero sí le incitó a pensar. Su condición de adicto era muy natural. Lo habían criado personas que se dedicaban al contrabando.

No drogas fuertes, pero sí estimulantes espirituales, intelectuales y eróticos no autorizados. Él era el ciudadano, el producto de un distrito fronterizo como Lichtenstein. En su pasado no había un paisaje montañoso, pero su pasaporte estaba repleto de visados, él se ocupaba de contrabando espiritual, hablaba mal cuatro idiomas y conocía la letra de cuatro himnos nacionales. Cierta vez, sentado en un café de Kitzbühel con su hermano, escuchando un concierto de banda, Eben se puso bruscamente de pie y se encasquetó el sombrero tirolés. —¿Qué pasa? —preguntó Farragut, y Eben contestó: —Van a tocar el himno nacional. —Lo que la banda se disponía a tocar era «mi hogar de la pradera», pero Farragut recordaba el episodio como ilustración del hecho de que su familia procuraba mostrarse versátil en todos los niveles políticos, espirituales y eróticos. Eso ayudaba a explicar el hecho de que él era adicto.

Farragut recordaba a su madre descendiendo la escalera circular, ataviada con un vestido de color coral profusamente recamado de perlas, cuando se dirigía a oír *Tosca*; y la recordaba bombeando nafta en el camino principal a Cabo Cod, en ese punto memorable del paisaje en que los pinos achaparrados predominan y la proximidad del Gran Océano Atlántico se manifiesta en la palidez del cielo y el aire salado. Su madre no usaba zapatillas de tenis, pero calzaba un tipo de zapato ortopédico, y su vestido era mucho más largo a proa que a popa. Recordaba que, de pasada pero con insistencia, ella lamentaba las invitaciones a cenar con los Trencher, famosos en la aldea porque en una misma semana habían comprado un órgano y un yate. Los Trencher era millonarios —arribistas— y tenían mayordomo; pero los Farragut ya habían pasado por varios mayordomos —Mario, Fender y Chadwick— y ahora afirmaban que les gustaba ponerse ellos mismos la mesa. Los Farragut eran el tipo de gente que había vivido en una mansión victoriana, y que cuando la perdieron había regresado al hogar de la familia. Éste incluía una sórdida y espléndida casa dicióchesca y la concesión de dos surtidores de nafta Socony que se alzaban frente a la casa, donde había estado el famoso rosedal de la abuela. Cuando se difundió la noticia de que habían perdido todo su dinero y pensaban explotar un surtidor de nafta, Luisa, la tía de Farragut, acudió directamente a la casa y de pie en el vestíbulo exclamó. —¡No puedes bombear nafta! —¿Por qué no? —preguntó la madre de Farragut. El chófer de la tía Luisa entró y depositó en el piso una caja de tomates. El hombre usaba polainas. —Porque —dijo la tía Luisa— perderás a todos tus amigos. —Al contrario —dijo la madre de Farragut—. Descubriré quiénes son exactamente.

La crema de la generación posfreudiana estaba formada por adictos. El resto se hallaba constituido por esas reconstrucciones psiquiátricas que uno solía ver al fondo de los cuartos impopulares en los cócteles. Parecían intactas, pero si uno las tocaba en el lugar equivocado y en un momento inoportuno se derrumbaban por todo el piso como un torpe truco de naipes. La adicción a las drogas es sintomática. Los opiómanos saben. Farragut recordaba a una colega del opio llamada Polly, cuya madre era una cantante que entraba y salía periódicamente del mundo de los clubes y

las compañías discográficas. Se llamaba Corinne. Cierta vez, después de un período de decadencia, cuando Corinne se esforzaba por retornar, Farragut llevó a Polly a ver la gran presentación de su madre en Las Vegas. El número tuvo éxito, y Corinne pasó de la situación de exfigura al tercer puesto por la venta mundial de discos; y si bien eso era importante, lo que él recordaba era que Polly, que tenía problemas con las proporciones de su cuerpo, se comió todo el pan y la manteca que estaban sobre la mesa durante el primer y decisivo número de su mamá, y cuando concluyó, Farragut se refería al número, todos se pusieron de pie y vivaron, y Polly aferró el brazo de Farragut y dijo: —Ella es mi mamita, mi querida mamita. —De modo que allí estaba la querida mamita en una situación difícil, como iluminada por los haces de luz emitidos por un diamante, dispuesta a demostrar que era la sonrisa del mundo; ¿y cómo era posible, salvo consumiendo opio, que esto cuadrara con las canciones de cuna y el acto de dar el pecho? En el caso de Farragut la palabra «madre» evocaba la imagen de una mujer que bombea nafta, haciendo reverencias en las asambleas y descargando la maza sobre un pupitre. Eso lo confundía, y él imputaba la culpa de su confusión a las bellas artes, a Degas. Hay un cuadro de Degas que representa a una mujer con un vaso de crisantemos, y la imagen había llegado a representar para Farragut la gran serenidad de la «madre». El mundo le insistía sin cesar en la necesidad de armonizar la imagen de su propia madre, incendiaria famosa, snob, vendedora de nafta y tiradora al pichón, con la imagen de la desconocida con sus flores otoñales de olor acre. ¿Por qué el universo había alentado esta división? ¿Por qué a él se lo había alentado a cultivar tan ancha zona de pesar? No había sido traído de una estrella por una cigüeña, y entonces, ¿por qué él y todos los demás debían comportarse como si ése hubiera sido el caso? La consumidora de opio sabía a qué atenerse. Después del triunfal regreso y la oportunidad de Corinne hubo una gran fiesta triunfal, y cuando él y Polly entraron, mamá querida se encaminó directamente a su única hija: —Polly —dijo—, tuve ganas de *matarte*. Estabas sentada frente a mí, justo enfrente, y durante la primera parte de mi gran retorno te comiste una fuente entera de tortas, ocho: las conté, y vaciaste un plato entero de manteca. ¿Cómo puedo seguir el hilo de la canción si estoy contando las tortas que te comes? Oh, quise *matarte*. —Por supuesto, Polly, arrancada de una estrella, comenzó a llorar, y él la sacó de allí y volvió al hotel, donde tenían una notable cocaína colombiana que les hizo sangrar la nariz. ¿Qué hubieran podido hacer? Pero Polly tenía quince kilos de más, y a él en realidad nunca le habían gustado las mujeres gruesas; jamás le había gustado una mujer que no fuese rubia de ojos oscuros, que no hablase por lo menos un idioma además del inglés, que no tuviese ingresos propios y no pudiese pronunciar el juramento de las niñas exploradoras.

El padre de Farragut, su propio padre, había querido destruir su vida cuando aún estaba en el seno de su madre, ¿y cómo podía vivir feliz sabiendo esto, sin el apoyo de esas plantas que extraían del suelo su sabiduría? El padre de Farragut lo había *llevado a* pescar lejos del mundo y le había enseñado a escalar altas montañas, pero

después de afrontar estas responsabilidades descuidó a su hijo, y pasaba la mayor parte del tiempo navegando cerca de la bahía de Travertine en una pequeña embarcación. Decía que había capeado grandes tormentas —su favorita era una tempestad frente a Falmouth—, pero en vida de Farragut prefería los puertos seguros. Era uno de esos viejos yanquis muy hábiles para manejar el timón y las velas. Se mostraba muy diestro con toda clase de cuerdas y líneas —cuerdas de cometas, líneas para pescar truchas y amarras— y podía enrollar un caño de goma para regar el jardín con una autoridad que parecía principesca a Farragut. El baile —excepto un vals alemán con una mujer bonita— parecía detestable al viejo, pero la palabra baile era la que mejor reflejaba su desempeño en una embarcación. Apenas soltaba la amarra comenzaba una ejecución tan ordenada, elegante y grácil como una pavana. Las turbonadas, las orzadas, el trueno y el rayo jamás perturbaron su ritmo.

¡Oh heroína, acércate ahora! Cuando Farragut tenía unos veintiún años comenzó a dirigir el Cotillón Nanuet. El *Nanuet* llegó al Nuevo Mundo en 1672. El jefe de la expedición fue Peter Wentworth. Como su hermano Eben no estaba, Farragut era, después de su borracho y absurdo padre, el principal descendiente varón de Wentworth, de manera que dirigió el cotillón. Había sido un placer dejar los surtidores de nafta a Harry —un espástico— y vestir la levita de su padre. De nuevo la emoción de vivir en un mundo fronterizo, y por supuesto el origen de su afición al opio. La levita de su padre le sentaba perfectamente. Era de casimir negro, pesada como la tela de un abrigo, y Farragut pensó que él tenía excelente aspecto con esa prenda. Iría a la ciudad en cualquier automóvil que funcionase, llevaría a una debutante, elegida por el comité a causa de su riqueza y sus relaciones, hasta el palco principal, y haría una reverencia a sus ocupantes. Después, bailarían toda la noche, para volver por la mañana a los surtidores de nafta.

Los Farragut eran la clase de personas que afirmaba apoyarse en la tradición, aunque de hecho se apoyaba en la búsqueda mucho más sólida de una improvisación viable, a la que no estorbaba la consecuencia. Cuando aún vivían en la mansión, solían cenar en el club los jueves y los sábados. Farragut recordó una de esas noches. Su madre había llevado el automóvil bajo la puerta cochera. El automóvil era un convertible llamado *Jordan Blue Boy*, ganado por su padre en un sorteo. El padre no los acompañaba, y probablemente estaba en su embarcación. Farragut subió al *Blue Boy*, pero su hermano permaneció con el pie en el pescante. Eben era un joven apuesto, pero esa noche estaba muy pálido. —No iré al club —dijo a su madre—, a menos que llames por su nombre al camarero. —Su nombre —dijo la señora Farragut— es Horton. —Su nombre es señor Horton —dijo Eben—. Muy bien —dijo la señora Farragut—. Eben ascendió al coche. La señora Farragut no era una conductora intencionadamente temeraria, pero veía cada vez menos y en el camino era un agente de la muerte. Ya había liquidado a un Airedale y tres gatos. Eben y Farragut cerraron los ojos hasta que oyeron el sonido de la grava en el sendero que conducía al club. Ocuparon una mesa, y cuando el camarero fue a saludarlos su madre preguntó: —

¿Con qué nos tentará esta noche, Horton? —Discúlpeme —dijo Eben. Se retiró de la mesa y caminó de regreso a casa. Cuando Farragut regresó, encontró a su hermano, que ya era un adulto, sollozando en su cuarto; pero incluso Eben, su único hermano, se había mostrado inconsecuente. Años después, cuando solían reunirse para beber en Nueva York, Eben llamaba al camarero batiendo palmas. Cierta vez, después que el jefe de camareros les pidió que se retiraran, y mientras Farragut trataba de explicarle que había modos más sencillos y aceptables de atraer la atención de un camarero, Eben había dicho: —No comprendo, sencillamente no comprendo. Solamente quería una copa.

El opio había ayudado a Farragut a recordar con serenidad el hecho de que aún no tenía dieciséis años la primera vez que su padre amenazó suicidarse. Estaba seguro de su edad porque no tenía licencia de conductor. Entró en la casa después de vender nafta y encontró la mesa puesta para dos. —¿Dónde está papá? —preguntó impetuosamente, porque el laconismo cultivado por los Farragut era ceremonial y tribal, y uno rara vez formulaba preguntas. Su madre suspiró y sirvió el picadillo de carne con huevos escalfados. Farragut ya había pecado, de modo que insistió: —Pero, ¿dónde está papá? —preguntó—. No lo sé de cierto —dijo su madre—. Cuando bajé a preparar la cena me entregó un extenso documento que enumera mis defectos como mujer, esposa y madre. Había veintidós acusaciones. No las leí todas. Arrojé el papel al fuego. Estaba muy indignado. Dijo que iba a Nagasakit, para ahogarse. Debe haber pedido que lo llevaran, porque no usó el automóvil. —Discúlpame —dijo Farragut, con expresión sincera. No pretendía mostrarse sarcástico. Algunos miembros de la familia seguramente habían pronunciado las mismas palabras mientras agonizaban. Subió al automóvil y se encaminó a la playa. Así recordó que aún no tenía dieciséis años, porque en la aldea de Hepwort había un policía nuevo, el único que podía haberlo detenido para pedirle su licencia. El policía de Hepwort seguramente se la tenía jurada a la familia, quién sabe por qué. Farragut conocía a todos los restantes policías de las aldeas distribuidas a lo largo de esa costa.

Cuando llegó a Nagasakit bajó corriendo a la playa. La temporada estaba muy avanzada, era tarde y no había bañista ni salvavidas, sólo la fatigada creciente de lo que ya era un océano contaminado. ¿Cómo determinar si incluía a su padre, los ojos reemplazados por perlas? Recorrió la medialuna de la playa. El parque de diversiones aún funcionaba. De allí le llegó la música, sonos profundamente desprovistos de seriedad, y que venían de un pasado muy lejano. Examinó la arena para no llorar. Ese año se usaban mucho las sandalias japonesas, y también los caballeros de juguete revestidos de armadura. Del verano quedaban entre las piedras muchos caballeros descuartizados y sandalias que no hacían juego. De su mar bienamado llegaron ruidos respiratorios. La montaña rusa seguía funcionando. Alcanzaba a oír el golpeteo de los cochecitos en las uniones de los rieles, y también algunas risas muy estrepitosas, un sonido que parecía superfluo en ese escenario. Abandonó la playa. Cruzó el camino en dirección a la entrada del parque de diversiones. La fachada señalaba un período

de la inmigración italiana. Los operarios italianos habían levantado un muro de yeso y cemento, lo habían pintado con azafranados romanos, y decorado la pared con sirenas y conchas de pechinas. Sobre el arco aparecía Poseidón con un tridente. Del otro lado del muro, la calesita giraba. Estaba completamente vacía. Las risas estrepitosas provenían de algunas personas que miraban la montaña rusa. Allí estaba el padre de Farragut, fingiendo beber de una botella vacía, y fingiendo considerar la posibilidad del suicidio con cada movimiento ascendente. Su payasada tenía éxito. El público estaba absorto. Farragut se acercó al encargado que manejaba los controles. —Es mi padre —dijo—, ¿puede bajarlo? —El encargado le dirigió a Farragut una sonrisa de profunda simpatía. Cuando el coche que llevaba a su padre se detuvo frente a la plataforma, el señor Farragut vio a su hijo, el menor, el indeseado, el aguafiestas. Descendió y se reunió con Farragut, como inevitablemente tenía que hacer. —Oh, papá —dijo Farragut—, no deberías hacerme esto precisamente cuando estoy en mi período formativo. —Oh, Farragut, ¿por qué tomas drogas?

Por la mañana Chiquito le llevó cuatro tomates grandes y Farragut se sintió conmovido. Sabían alevosamente a estío y libertad. —Iniciaré juicio —dijo a Chiquito—. ¿Puede conseguirme un ejemplar del Código Penal de Gilbert? —Lo intentaré —dijo Chiquito—. Mishkin tiene uno, pero lo alquila por cuatro cartones mensuales. ¿Tienes? —Puedo conseguirlos si viene mi esposa —contestó Farragut—. Chiquito, iniciaré juicio, pero no contra ti. Quiero ver a Chisholm y los otros dos podridos comiendo salchichas, y habas con una cuchara durante cuatro años. Y tal vez lo consiga. ¿Está dispuesto a atestiguar? —Claro, claro —dijo Chiquito—. Lo haré si puedo. No me gusta cómo goza Chisholm mirando a los hombres cuando no tienen droga, liaré lo que pueda. —El caso me parece muy sencillo —dijo Farragut—. El pueblo del Estado y la nación me sentenciaron a la cárcel. Me recetaron una medicina durante mi condena... lo hicieron tres respetados miembros de la profesión médica. El subjefe de guardias me negó esta medicina; un hombre empleado por el pueblo para supervisar el cumplimiento de mi pena. Y luego afirmó que lo que yo podía sufrir con mi muerte era un entretenimiento. Ya ve qué sencillo es.

—Bueno, puede probar —dijo Chiquito—. Hace diez o quince años un tipo al que golpearon hizo juicio y le regalaron un montón de injertos de piel. Y cuando rompieron los dientes de Freddy El Matador, hizo juicio y le regalaron dos dentaduras nuevas. Las usaba únicamente para comer pavo. Freddy fue un gran jugador de básquetbol, pero ocurrió mucho antes de que tú vinieses. Hace veinticinco o veinticuatro años teníamos un equipo invencible. Mañana tengo franco, pero lo veré pasado mañana. Oh, Farragut, ¿por qué tomas drogas?

Por supuesto, cuando quitaron las vendas del cráneo de Farragut, éste descubrió que le habían afeitado la cabeza, pero no había espejos en la enfermería, de modo que no necesitó preocuparse por su apariencia. Con los dedos trató de contar las puntadas en el cráneo, pero no estaba seguro. Preguntó al enfermero si sabía cuántas tenía. —Claro que sí —dijo el enfermero—. Le dieron veintidós. Fui al pabellón F para

retirlo. Usted estaba en el piso. Tony y yo llevamos la camilla y lo trajimos a la sala de operaciones. —Le parecía muy evidente que él, Farragut, podía enviar a la cárcel a Chisholm, el subjefe de guardias. La imagen del subjefe comiendo salchichas y arroz con un cuchara se le aparecía con la inmóvil serenidad de una obsesión realizada. Era sencillamente cuestión de tiempo. Tenía la pierna enyesada, según le habían dicho, porque se había roto el cartílago de la rodilla. Que ya se había roto dos veces el mismo cartílago en accidentes de esquí era algo que de ningún modo lograba recordar. Quedaría cojo por el resto de su vida, y lo gratificaba profundamente la idea de que el subjefe de guardias se había entretenido con el sufrimiento de su muerte, y lo había dejado tullido.

—Repítame —pidió Farragut al enfermero—. ¿Cuántas puntadas tengo en la cabeza? —Veintidós, veintidós —repitió el enfermero—. Ya se lo dije. Sangraba como un cerdo. Sé lo que digo porque yo solía matar cerdos. Cuando Tony y yo fuimos a su bloque había sangre por todas partes. Usted estaba tirado en el piso. —¿Quién más estaba allí? —preguntó Farragut. —Por supuesto, Chiquito —dijo el enfermero—. El subjefe Chisholm, y los ayudantes Sutfin y Tillitson. También había un tipo muy atildado en una celda. No sé quién era. —¿Está dispuesto a repetir a un abogado lo que acaba de decirme? —preguntó Farragut—. Claro, claro... es lo que vi. Yo digo la verdad. Digo lo que veo. —¿Puedo hablar con un abogado? —Claro, claro —dijo el enfermero—. Vienen dos veces por semana. Hay un Comité para la Protección Legal de los Presos. La próxima vez que venga uno le hablaré de usted.

Pocos días después un abogado se acercó a la cama de Farragut. Tenía el cabello y la barba tan largas que Farragut no pudo juzgar su edad o verle bien la cara, si bien la barba no tenía pelos grises. La voz era aguda. El traje castaño estaba gastado, había barro en el zapato derecho y dos de las uñas estaban sucias. Nunca se había recuperado la inversión realizada en su educación jurídica. —Buenos días —dijo—, veamos, veamos. Disculpe mi tardanza, pero no supe que usted quería un abogado hasta anteayer. —Llevaba un tablero con un espeso fajo de papeles. —Aquí están los datos de su caso —dijo—. Creo que lo tengo todo aquí. Robo a mano armada. Diez de reclusión. Segundo delito. Es usted, ¿verdad? —No —dijo Farragut. —¿Asalto? —preguntó el abogado—. ¿Robo con fractura e intención criminal? —No —dijo Farragut. —Bueno, entonces usted debe ser el homicida en segundo grado. Fratricidio. Intentó escapar el día dieciocho y fue reprimido. Si usted firma este papel, no se presentarán cargos. —¿Qué clase de cargos? —Intento de fuga —dijo el abogado—. Pueden darle siete años. Pero si firma este papel olvidarán el asunto. —Entregó a Farragut el tablero y una lapicera. Farragut sostuvo el tablero sobre las rodillas y el tablero en la mano. —No intenté escapar —dijo—, y tengo testigos. Estaba en el piso bajo del bloque F, en la sexta celda de una cárcel de máxima seguridad. Intenté salir de la celda, impulsado por la necesidad de tomar la medicina que me recetaron. Si un intento de salir de la celda, una de un grupo de seis celdas de castigo, al fondo de una cárcel de máxima seguridad, constituye un intento de fuga,

esta cárcel es un castillo de naipes.

—Oh, Dios mío —dijo el abogado—. ¿Por qué no reforma el Departamento Correccional?

—El Departamento Correccional —dijo Farragut— es sólo un brazo del poder judicial. Ni el jefe de guardias ni los culosucios me sentenciaron a prisión. Lo hicieron los jueces.

—Oh, Dios mío —dijo el abogado—. Tengo un terrible dolor de cabeza. —Se inclinó hacia delante, el cuerpo rígido, y se masajeó la nuca con la mano derecha. —Tengo dolor de nuca de tanto comer sándwiches de queso. ¿Tiene algún remedio casero para los dolores que son resultado de comer sándwiches de queso? Firme ese papel y quédese tranquilo con sus opiniones. ¿Sabe lo que dicen de las opiniones?

—Sí —dijo Farragut—. Las opiniones son como los culos. Cada uno tiene el suyo, y todos huelen.

—Oh, caramba —dijo el abogado. Tenía una voz aguda y juvenil. Farragut ocultó la lapicera entre la ropa de cama. —¿Conoce a Charlie? —preguntó el abogado, en voz muy baja—. Lo he visto en el comedor —dijo Farragut—. Sé quién es. Y sé que nadie le habla.

—Charlie es un gran tipo —dijo el abogado—. Solía trabajar para Pennigrino, el famoso rufián, Charlie se ocupaba de disciplinar a las pollitas. —Ahora hablaba en voz muy baja. —Cuando una pollita se portaba mal, Charlie le rompía las piernas. ¿Usted quiere entretenerse con Charlie... usted quiere entretenerse con Charlie o firmar este papel?

Después de un rápido cálculo geométrico de los posibles cargos, Farragut arrojó el tablero a la barba. —Oh, mi nuca —dijo el abogado—, oh, Dios mío, mi nuca. —Se puso de pie. Recogió el tablero. Se metió la mano derecha en el bolsillo. Aparentemente no advirtió la pérdida de la lapicera. No habló con el enfermero ni con los guardias, y salió directamente de la sala. Farragut comenzó a meterse la lapicera en el ano. Porque le habían dicho —por lo que había visto del mundo— su ano era singularmente pequeño, insensible y frígido. Metió la lapicera sólo hasta el resorte y le dolió, pero el objeto quedó oculto. Llamaron al enfermero fuera de la sala, y cuando regresó se dirigió directamente a Farragut y preguntó si tenía la lapicera del abogado. —Sé que le arrojé a la cara el tablero —dijo Farragut—. Lo siento muchísimo. Perdí los estribos. Espero no haberlo lastimado.

—Dice que dejó aquí su lapicera —afirmó el enfermero. Miró bajo la cama, en el cajón del gabinete, bajo la almohada, a lo largo del alféizar de la ventana y bajo el colchón. Entonces un guardia se le unió en la búsqueda, deshizo la cama, desnudó a Farragut y formulo una observación despectiva acerca del tamaño de su pene, pero ninguno de ellos, Farragut pensó que por bondad, se acercó a la lapicera. —No aparece— dijo el enfermero. —Tenemos que encontrarla —dijo el guardia—. Dicen que es indispensable. —Bueno, que él mismo la busque —dijo el enfermero—. El guardia salió, y Farragut temió que la barba regresase, pero el guardia retornó solo y

habló con el enfermero. —Parece que lo ascienden —dijo con tristeza el enfermero a Farragut—. Lo llevarán a un cuarto privado.

Entregó las muletas a Farragut y le ayudó a vestirse. Farragut avanzó bamboleándose torpemente sobre las muletas, con la lapicera metida en el ano; siguió al guardia fuera de la sala, y atravesó un corredor que olía intensamente a cal viva, hasta una puerta asegurada con una barra y una cerradura. El guardia tuvo cierta dificultad con la llave. La puerta daba acceso a una celda muy pequeña, con una ventana muy alta, un inodoro, una Biblia, y un colchón con una sábana y una frazada plegadas. —¿Cuánto tiempo? —preguntó Farragut—. El abogado pidió un mes —dijo el guardia—, pero veo que Chiquito le regaló unos tomates, y si Chiquito es su amigo saldrá en una semana. —Cerró la puerta y aseguró la barra.

Farragut retiró la lapicera. Con ese precioso instrumento condenaría a Chisholm, y ya visualizaba claramente a Chisholm durante el tercer año en que vestía el uniforme de la prisión, comiendo salchichas y arroz, con una cuchara de estaño doblada. Necesitaba papel. No había papel higiénico. Si lo pedía, con mucha suerte le darían una hoja por día. Examinó la Biblia. Era un ejemplar pequeño, encuadernado en rojo, pero las últimas páginas mostraban una superficie uniformemente negra, y el resto de las páginas tenía márgenes tan estrechos que era imposible escribirlos. Deseaba redactar inmediatamente su acusación a Chisholm. Si el abogado estaba decidido a negarle una lapicera, ello quizá implicaba exagerar la importancia de la acusación de Farragut, pero la única alternativa era elaborar mentalmente las frases y tratar de memorizarlas; pero dudaba de que le fuese posible realizar el esfuerzo. Tenía la lapicera, pero aparentemente la única superficie sobre la cual podía escribir era la pared de la celda. Podía escribir la acusación sobre la pared, y luego memorizarla, pero una parte de su propio pasado y la influencia que éste ejercía sobre su carácter le impidieron utilizar la pared como página. Era un hombre, conservaba por lo menos cierta noción de la dignidad, y escribir sobre la pared lo que podía ser su última declaración le parecía un aprovechamiento impropio de una situación extraña. Su consideración por la rectitud era todavía una de sus características. Podía escribir sobre el yeso, el uniforme o la sábana. El yeso no servía, porque su mano llegaba sólo a la mitad de la superficie y la misma redondez del material le dejaba una superficie muy limitada. Escribió algunas letras sobre el uniforme. Tan pronto la pluma tocó la tela, la tinta se distribuyó y mostró la complejidad de la trama, la urdimbre y la textura de esa prenda muy sencilla. No era posible escribir allí. Su prejuicio contra la pared se mantenía vivo, de modo que probó con la sábana. Felizmente, el lavadero de la cárcel había usado mucho almidón, y Farragut descubrió que la superficie de la sábana era casi tan útil como el papel. Él y la sábana estarían juntos por lo menos una semana. Podía cubrir la sábana con sus observaciones, aclarar y corregir éstas, y luego memorizarlas. Cuando regresara al bloque F y al taller, podría dactilografiar sus observaciones, y despacharlas al gobernador, el obispo y su chica.

«Su Excelencia», empezó. «Me dirijo a usted, que ocupa un cargo electivo, desde

mi situación, también electiva. Usted fue elegido para el cargo de gobernador por una reducida mayoría de la población. Yo fui elegido para ocupar el pabellón F y llevar el número 734-508-32 por una fuerza mucho más antigua, elevada y unánime: la fuerza de la justicia. Por así decirlo, yo no tuve opositores. Sin embargo, soy un auténtico ciudadano. En mi carácter de contribuyente de la categoría del cincuenta por ciento, he realizado una contribución importante a la construcción y el mantenimiento de los muros entre los cuales estoy confinado. Pagué las prendas que uso y el alimento que me sustenta. Soy un miembro electo de la sociedad mucho más representativo que usted. En la carrera que usted realizó hay rastros visibles de arreglos prácticos, evasión, corrupción e improvisación. El cargo electivo que yo ocupé está libre de esas manchas.

»Por supuesto, venimos de diferentes clases. Si en este país se representasen los legados intelectuales y sociales ya no contemplaría la posibilidad de dirigirme a usted, pero estamos en una democracia. Nunca he tenido el placer de su hospitalidad, aunque dos veces fui huésped de la Casa Blanca, como delegado a conferencias acerca de la educación superior. Creo que la Casa Blanca tiene perfiles palaciegos. Mi alojamiento aquí es austero, un cuarto de tres metros por dos cincuenta, dominado por un inodoro que se descarga caprichosamente, de diez a cuarenta veces diarias. Para mí es fácil soportar el sonido del agua que corre, porque conozco los géiseres del Parque Nacional de Yellowstone, las fuentes de Roma, de la ciudad de Nueva York y especialmente de Indianápolis.

»Un día de abril, hace doce años, los doctores Lemuel Brown, Rodney Coburn y Henry Mills diagnosticaron mi condición de drogadicto crónico. Estos profesionales son graduados de Cornell, la Facultad de Medicina de Albany y la Universidad de Harvard, respectivamente. Su posición como profesionales del arte de curar ha sido demostrada por los gobiernos estatales y federales y las organizaciones de sus colegas. Es indudable que cuando hablaron, su opinión médica explícita fue la voz de la comunidad. El jueves dieciocho de julio esta opinión inatacable fue cuestionada por el jefe de guardias Chisholm. He verificado los antecedentes de Chisholm. Chisholm abandonó el colegio secundario en tercer año, compró por doce dólares las respuestas a un test del servicio civil aplicado al personal correccional, y el Departamento Correccional le dio un puesto que le permite ejercer un dominio monárquico sobre mis derechos constitucionales. A las nueve de la mañana del día dieciocho, Chisholm decidió caprichosamente pisotear las leyes del Estado y el gobierno federal, y la ética de la profesión médica, la cual es sin duda un aspecto fundamental de nuestro sistema social. Chisholm resolvió negarme la medicina curativa que la sociedad había decidido me correspondía por derecho. ¿No puede afirmarse que esto es subversión, falsía, alta traición, puesto que las normas constitucionales se desconocen por el capricho de un solo hombre desprovisto de educación? ¿No es un delito que puede castigarse con la muerte o en ciertos Estados con la prisión perpetua? ¿No implica un precedente destructivo mucho más grave que

un frustrado intento de asesinato? ¿No afecta de un modo más criminal que la violación o el homicidio la esencia de nuestra antigua y laboriosa filosofía del gobierno?

»La validez de los diagnósticos de los médicos, por supuesto quedó demostrada. El dolor que padecí cuando se me retiró la medicina que me había recomendado la más alta autoridad del país fue mortal. Cuando el subjefe Chisholm vio que trataba de abandonar la celda para dirigirme a la enfermería trató de matarme con una silla. Tengo veintidós puntos en el cráneo, y quedaré tullido de por vida. ¿Acaso nuestras instituciones penales, correctivas y de rehabilitación están excluidas de las leyes que la humanidad ha considerado justas y urgentemente necesarias para mantener la vida en este continente, y aun en el planeta? Tal vez ustedes se pregunten qué hago en la cárcel y con mucho gusto les informaré; pero me pareció que estaba obligado a informarles primero de la cancerosa y criminal traición que carcome el corazón de vuestra administración».

Apenas hizo una pausa entre la carta al gobernador y la carta al obispo. «Su Gracia», escribió. «Me llamo Ezekiel Farragut y fui bautizado en la Iglesia de Cristo a la edad de seis meses. Si se requieren pruebas, mi esposa tiene una fotografía que fue tomada, no ese día, según creo, sino poco después. En la foto tengo puesta una larga bata con encajes que sin duda posee cierta historia. Todavía no me creció el cabello, y tengo una cabeza protuberante, parecida a un huevo de zurcir. Estoy sonriendo. Fui confirmado a los once años por el obispo Evanston en la misma iglesia en que me bautizaron. Toda mi vida he continuado recibiendo la Santa Comunión un domingo tras otro, salvo los casos en que no pude hallar una iglesia. En las ciudades y los pueblos provincianos de Europa asisto a la misa católica. Soy un *croyant* —detesto el empleo de palabras francesas en inglés, pero en este caso no se me ocurre nada mejor— y en nuestra Condición de *croyants* estoy seguro de que compartimos la idea de que profesar una exaltada experiencia religiosa fuera del paradigma eclesiástico es convertirse en proscrito; y con esta palabra aludo a la risa cruel de los hombres y las mujeres en quienes buscamos amor y compasión; aludo al sufrimiento del fuego y el hielo; me refiero a la desolación de ser enterrado en una encrucijada, con una estaca clavada en el corazón. Creo sinceramente en Un Dios, Padre Todopoderoso, pero sé que decirlo en voz tan alta, y tan lejos del presbiterio —en general, lejos— amenazaría peligrosamente mis posibilidades de conquistar la buena voluntad de los hombres y las mujeres con quienes deseo convivir. Intento decir —y estoy seguro de que usted concordará conmigo— que, si bien nos sometemos a la experiencia trascendente, podemos formular ésta sólo en el momento apropiado y establecido, y en el lugar apropiado y establecido. No podría vivir sin ese conocimiento; del mismo modo que no podría vivir sin la conmovedora posibilidad de tropezar repentinamente con la fragancia del escepticismo.

»Estoy encarcelado. Mi vida se ajusta muy estrechamente a las formas tradicionales de la vida de los santos, pero según parece he sido olvidado por la

bienaventurada compañía de todos los fieles hombres y mujeres. He orado por reyes, presidentes y obispos, pero jamás dije una plegaria por un prisionero, ni tampoco oído un himno que mencionara a la cárcel. Nosotros, los detenidos, más que otros hombres hemos sufrido por nuestros pecados, hemos padecido por los pecados de la sociedad, y nuestro ejemplo debería depurar los pensamientos que anidan en el corazón de los hombres, precisamente a causa del dolor con el cual estamos familiarizados. En realidad, somos la palabra hecha carne; pero lo que ahora deseo hacer es atraer su tención sobre una grave blasfemia.

»Como Su Gracia bien sabe, la imagen más universal de la humanidad no es el amor o la muerte; es el Día del Juicio. Se lo comprueba en las imágenes de la caverna de Dordogne, en las tumbas de Egipto, en los templos de Asia y Bizancio, en Europa renacentista, en Inglaterra, en Rusia y en el Cuerno de Oro. Aquí la Divinidad filtra las almas de los hombres, otorgando infinita serenidad a los realmente puros, y sentenciando a los pecadores al fuego, el hielo y a veces al pis y la mierda. La costumbre social nunca tiene vigencia donde uno encuentra esta visión, y uno la encuentra por doquier. Incluso en Egipto los candidatos a la inmortalidad incluyen a las almas que podían comprarse y venderse en el mundo de los vivos. La Divinidad es la llama, el corazón de esta visión. Una fila se aproxima a la Divinidad, siempre por la derecha; poco importa de qué país, época o siglo proviene la visión. Después, por la izquierda, uno ve los castigos y las recompensas. Incluso en los informes más antiguos el castigo y el tormento se pintan con colores mucho más apasionados que la paz eterna. Los hombres sufrían sed, ardían y se hacían romper el culo con fuerza y pasión mucho mayores que la que ponían en tocar el arpa y revolotear. La presencia de Dios unifica el mundo. Su fuerza, Su esencia, es el Juicio.

»Todo el mundo sabe que el pan y el agua son los únicos sacramentos. El velo del himeneo y el anillo de oro aparecieron apenas ayer; y como encarnación de la visión del amor, el Sagrado Matrimonio es sólo un pregusto de las informales consecuencias implícitas en la afirmación de que una visión puede representarse con el pensamiento, la palabra y el hecho. Aquí, en mi celda, está lo que uno ve ejecutado en las cavernas, las tumbas de los reyes, los templos y las iglesias de todo el planeta por hombres, por cualquiera de los tipos de hombre que el último siglo puede haber creado. Estrellas, zopencos, alquilones y tontos, ellos construyeron esas cavernas infernales y, con una conocida disminución de la pasión, los campos paradisiacos del otro lado del muro. Tal es la obscenidad, la inenarrable obscenidad, esa estúpida pompa del juicio que, más fina que el aire o el gas, colma estas celdas con el hedor de los hombres que se matan entre sí sin ningún motivo real. Denuncie, Su Gracia, esta blasfemia esencial desde la altura de su vuelo de águila de anchas alas».

«Oh, querida mía —escribió, sin la menor pausa, a una muchacha con quien había vivido dos meses cierta vez que Marcia se separó y se trasladó a Carmel. Anoche, mirando una comedia por la televisión, vi que una mujer tocaba familiarmente a un hombre —apenas lo tocaba, en el hombro— y me acosté en mi cama y lloré. Nadie

me vio. Por supuesto, los detenidos padecen cierta pérdida de identidad, pero ese gesto leve me ofreció una visión terrorífica de la profundidad de mi alienación. Excepto conmigo mismo, en verdad aquí no tengo con quien hablar. Excepto mi propia persona, no puedo tocar nada que sea cálido, humano y sensible. Mi razón, con su tremenda pretensión de fuerza, claridad y utilidad, se encuentra totalmente paralizada sin la calidez del sentimiento. Se me impone una obscena nada. No amo, no soy amado, y apenas puedo recordar los transportes del amor. Si cierro los ojos y trato de orar caeré en el sopor de la soledad. Trataré de recordar.

»Mientras recuerdo, querida mía, procuraré evitar la mención de encamadas específicas, o de lugares, o de prendas de vestir, o hechos que ambos conocemos. Recuerdo que volvimos al Danieli, sobre el Lido, después de un gran día en la playa, durante el cual ambos habíamos sido solicitados prácticamente por todo el mundo. Fue entonces cuando la mano terrible, peculiarmente terrible, comenzó a ejecutar terribles, terribles tangos, y habían comenzado a manifestarse las bellezas del atardecer, las jóvenes y los muchachos con sus ropas de medida. Puedo recordar eso, pero prefiero no hacerlo. Los paisajes que me vienen a la mente se parecen de un modo desagradable a los que uno encuentra en las tarjetas postales de salutación —se repite mucho la granja rodeada de nieve—, pero preferiría quedarme con algo que no fuese concluyente. Ya es tarde. Pasamos el día en una playa. Lo sé porque estamos quemados por el sol, y tengo arena en los zapatos. Un taxi —cierta librea alquilada— nos ha traído a una estación ferroviaria de provincia, un lugar aislado, y nos dejó allí. La estación está cerrada y alrededor no hay un pueblo, ni una granja, ni signos de vida excepto un perro extraviado. Cuando miramos el horario desplegado sobre una pared de la estación comprendo que nos encontramos en Italia, aunque ignoro dónde. Elegí este recuerdo porque incluye pocos elementos específicos. Hemos perdido el tren, o no hay tren, o llega con retraso. No recuerdo. Ni siquiera recuerdo una risa, o un beso, o que haya pasado mi brazo sobre tu hombro cuando nos sentamos en un banco duro de una estación ferroviaria de provincia, vacía, en un país donde no se hablaba inglés. La luz se esfumaba, pero como ocurre con frecuencia, lo hacía ostentadamente. Lo único que puedo recordar es el sentido de tu compañía y una sensación de satisfacción física.

»Presumo que se trata de cosas románticas y eróticas, pero creo que también hay mucho más. Lo que recuerdo, esta noche, en esta celda, es la espera en cierta sala de estar, mientras tú terminas de vestirte. Oigo el sonido del dormitorio, cuando tú cierras un cajón. Oigo el sonido de tus tacos —el piso, la alfombra, las baldosas del cuarto de baño— cuando entras allí para descargar el agua del inodoro. Después, oigo de nuevo el sonido de tus tacos —ahora un poco más rápido— mientras abres y cierras otro cajón, y luego te acercas a la puerta de la habitación en la cual yo espero, trayendo contigo los placeres de la velada y la noche, y la vida que compartimos. Y puedo recordar que espero expectante la cena en un dormitorio del piso superior, mientras tú arreglabas el último detalle antes de servir la cena sobre la mesa, mientras

yo te oía rozar una fuente de porcelana con un frasco. Eso es lo que recuerdo.

»Y recuerdo la primera vez que nos vimos, y hoy y por siempre estaré asombrado de la perspicacia con que un hombre puede, de una hojeada, juzgar la amplitud y la belleza del recuerdo de una mujer, sus gustos con respecto al color, el alimento, el clima y el lenguaje, las exactas dimensiones clínicas de sus conductos viscerales, craneanos y reproductivos, el estado de sus dientes, sus cabellos, su piel, las uñas de los pies, la vista y el árbol bronquial, el hecho de que en un segundo, exaltado por el diagnóstico del amor, puede percibir el hecho de que ella le está destinada, o de que son el uno para el otro. Hablo de una ojeada y la imagen parece fugaz, aunque esta cuestión fue tanto romántica como práctica, pero estoy pensando en una desconocida vista por su desconocido. Habrá escaleras, recodos, planchadas, ascensores, puertos de mar, aeropuertos, un sitio entre un lugar y otro lugar y el mundo en que por primera vez te vi, vestida de azul, buscando un pasaporte o un cigarrillo.

»Después, te perseguí por la calle, por el país y el mundo, absoluta y totalmente informado del hecho de que nos pertenecíamos mutuamente, como en efecto ocurrió.

»No eres la mujer más bella que he conocido, pero cuatro de las grandes bellezas que conocí murieron por propia mano, y si bien ello no significa que todas las grandes bellezas que he conocido se suicidaron, cuatro es un número que vale la pena tener en cuenta. Quizás estoy tratando de explicar el hecho de que, si bien tu belleza no es muy grande, es muy práctica. No padeces nostalgia. Creo que la nostalgia es una característica femenina primaria, y tú no la tienes. Exhibes una acentuada pauta de profundidad sentimental, pero tienes una vivacidad, una cualidad luminosa que nunca vi en otro ser. Todos lo saben, todos lo ven, todos responden a eso. No puedo imaginar que este ser se eclipse. Tu coordinación física en el campo del atletismo puede ser muy desalentadora. En tenis tienes que dejarme ganar, y eres muy capaz de derrotarme en el juego de la herradura, pero recuerdo bien que nunca te mostraste agresiva. Recuerdo cuando paseaba contigo en Irlanda. ¿Recuerdas? Estábamos en esa bella residencia con un grupo internacional que incluía a varios barones alemanes de monóculo. Las doncellas tocadas con cofia nos servían té. ¿Recuerdas? Ese día mi criado estaba enfermo, y remontamos solos el arroyo —era el Dillon— hasta un recodo, donde vimos un anuncio que decía que no podía pescarse más de un salmón grande por día. Pasando el recodo, río arriba, había una montaña, y sobre ésta un castillo arruinado con un corpulento árbol que emergía de la torre más alta, y en la ruina del gran salón enjambres y más enjambres de avispa trayendo néctar de una enredadera cubierta de flores blancas. No entramos al salón del castillo porque no queríamos que nos picaran, pero recuerdo que nos apartamos un poco y oímos el denso aroma de las flores blancas y oímos el zumbido muy intenso de los insectos —era como el ronroneo de un motor viejo, con una correa de transmisión de cuero— y se difundía montaña abajo, hasta el borde del arroyo, y recuerdo que yo miraba el verdor de las colinas, y tu luminosidad, y la romántica ruina, y oía el zumbido de las avispa, y estaba atando mi sedal y agradecía a Dios que eso no me hubiese ocurrido

en un momento anterior de mi vida, porque habría sido el fin. Quiero decir que me habría convertido en uno de esos idiotas que se sientan en los cafés, la mirada perdida en la lejanía, porque oyeron la música de las esferas celestiales. De modo que tiré la línea, y bien sabía que con tu coordinación podías hacerlo mucho mejor que yo, y tú estabas sentada en la orilla, las manos entrelazadas en el regazo, como si desearas haber traído tu bordado, pese a que, por lo que sé, eres incapaz de coser un botón. Y así, finalmente enganché y saqué un gran salmón, y después se descargó una tormenta de truenos y nos empapamos y nos desvestimos y nadamos en la corriente, que estaba más tibia que la lluvia, y esa noche en la residencia sirvieron el salmón con un limón en la boca, pero lo que yo quería decir es que nunca fuiste agresiva, y por lo que recuerdo, jamás peleamos. Recuerdo que una vez estaba mirándote en un cuarto de hotel y pensando si la amo tan absolutamente debemos disputar y si no me atrevía a hacerlo quizá no me atrevía a amar. Pero te amaba y no peleábamos y no puedo recordar una sola vez que lo hayamos hecho, nunca, nunca, ni siquiera cuando yo me disponía a disparar toda mi artillería y tú retiraste tu lengua de mi boca y dijiste que aún no te había dicho si debías usar un vestido largo o uno corto en la fiesta de cumpleaños de los Pinham. Nunca.

»Y recuerdo un lugar montañoso en invierno, en vísperas de una fiesta, cuando millares de personas se reunieron para esquiar, y se esperaba la llegada de más millares en aviones y trenes. Y recuerdo las pistas de esquí, las habitaciones excesivamente calefaccionadas y los libros que la gente deja atrás y la excitación galvánica del mundo físico. Estábamos acostados y de pronto, alrededor de medianoche, la temperatura subió bruscamente. La nieve que se descongelaba sobre el techo originaba un ruido de goteo; una tortura de agua para el posadero, y para todo el resto una música que frustraba la alegría. Y así, por la mañana, hacía mucho calor, cualquiera fuese la norma o el criterio utilizado, no importaba en qué país. La nieve tenía densidad suficiente para formar pelotas, y yo fabriqué una y la disparé contra un árbol, no recuerdo si pegué o erré, pero más allá de la bola de nieve vimos el cálido cielo azul de nieve que se fundía por doquier. Pero sin duda hacía más frío en las montañas cuyas pendientes y cimas blancas nos rodeaban. Subimos en el funicular, pero incluso en la cima la nieve estaba tibia, un día desastroso, espiritual y financieramente éramos prisioneros de nuestro ambiente, aunque si teníamos dinero suficiente podíamos volar a otra región más fría del mundo. Incluso sobre la cima de la montaña la nieve tenía una consistencia pegajosa, parecía un día de primavera, y yo esquí semidesnudo, pero las huellas húmedas eran peligrosas, veloces a la sombra, demoradas al sol, y a menor altura había una pulgada de agua en cada declive. Y entonces, a eso de las once el viento cambió, y tuve que volver a ponerme la ropa interior, la camisa, todo lo que tenía y también repentinamente las huellas se convirtieron en hielo, y uno por uno los cuidadores desplegaron los carteles que decían cerrado en siete idiomas, al comienzo de las pistas, y primero se corrió el rumor y después se supo que el primer ministro italiano había muerto cuando hacía

una última pasada por la pendiente del Glockenschuss. Después, nadie emprendió el ascenso, y había una fila esperando descender, y si bien las pistas más bajas aún no se habían congelado y ese día, esa festividad aún era posible utilizarlas, se había echado a perder lo que debía ser la culminación del año. Pero luego, exactamente cuando el sol alcanzó el cénit, comenzó a nevar. Fue una nieve densa y bella que, como una yuxtaposición de fuerzas de gravedad, pareció desprender del planeta todo el paisaje montañoso. Bebimos café o schnapps en una choza —esperamos veinte minutos o media hora— y después las pistas inferiores quedaron bien cubiertas, y una hora más tarde todo estaba bien cubierto, quizá unos diez centímetros que se levantaban como espuma cuando tomábamos un giro, era un don, una epifanía, una mejora indecible de nuestro dominio de esas pendientes y caídas cubiertas de nieve. Y así subimos y bajamos, subimos y bajamos, con fuerza inagotable, con movimientos justos y exactos. Los clínicos hubieran dicho que esquiando descendíamos cada pendiente de nuestra vida, retornando al instante de nuestro nacimiento; y los hombres de buena voluntad y sentido común afirmarían que estábamos esquiando en todas las direcciones posibles, hacia una comprensión del triunfo de nuestros comienzos y nuestros fines. Así, cuando uno esquía, camina sobre la playa, nada, navega a vela, sube los alimentos por las escaleras de una casa iluminada, se baja los pantalones mostrando una gran incongruencia anatómica, besa una rosa. Ese día esquiamos —las pendientes no estaban iluminadas— hasta que el valle telefoneó a la cima ordenando que suspendieran los ascensos, y luego, después de restablecer nuestro equilibrio terrestre, como uno hace después de una prolongada salida en un barco de vela, un encuentro de hockey —o como deben hacer los artistas del trapecio— entramos trastabillando en el bar, donde resplandecían nuestras copas y todo lo que allí había. Recuerdo esto, y también puedo recordar la carrera de veleros, pero ahí está oscureciendo, está demasiado oscuro y no puedo escribir más».

Farragut seguía cojeando, pero el cabello había comenzado a crecerle, cuando se le pidió que preparase el texto de un anuncio que decía: LA UNIVERSIDAD FIDUCIARIA DE LA BANCA OFRECERÁ UN CURSO ACERCA DE LOS FUNDAMENTOS DE LA BANCA PARA TODOS LOS PRESOS QUE REÚNAN LAS CONDICIONES REQUERIDAS. EL ENCARGADO DE SU BLOQUE LE SUMINISTRARÁ MÁS INFORMACIÓN. Esa noche Farragut pidió explicaciones a Chiquito. Éste le dijo que la clase se limitaría a treinta y seis alumnos. Se darían clase los martes y los jueves. Todos podían presentar su solicitud, pero se seleccionaría a los candidatos sobre la base del cociente de inteligencia determinado por la Universidad. Eso era todo lo que Chiquito sabía. Toledo mimeografió el anuncio y las copias se distribuyeron en las celdas, junto con el correo de la tarde. Toledo tenía que haber mimeografiado dos mil, pero según parece produjo dos mil suplementarias, porque las hojas aparecieron en todos los rincones de la cárcel. Farragut no podía imaginar de dónde venían, pero cuando se levantaba viento en el patio podían verse los anuncios de la Universidad surcando el aire, no por decenas sino por centenares. Pocos días después de distribuir los anuncios, Farragut tuvo que dactilografiar un anuncio para el tablero de noticias, EL HOMBRE A QUIEN SE ENCUENTRE USANDO COMO PAPEL HIGIÉNICO EL COMUNICADO DE LA UNIVERSIDAD SERÁ CASTIGADO CON TRES DÍAS DE ENCIERRO. ESE PAPEL ATASCA LA CAÑERÍA. El papel siempre escaseaba, y esa lluvia de hojas venía muy bien. Se las utilizaba como pañuelos, para fabricar aviones y como papel de anotador. Los abogados de la cárcel los utilizaban para redactar peticiones al Papa, al Presidente, al Gobernador, al Congreso y a la Sociedad de Ayuda Jurídica. Se los aprovechaba para escribir poemas, plegarias e invitaciones ilustradas. El grupo encargado de la limpieza los recogía con bastones de punta de acero, pero durante un tiempo la lluvia de volantes pareció un fenómeno misterioso e inagotable.

Era otoño, y con los anuncios de la Universidad se mezclaban las hojas secas. Los tres arces que crecían en el patio se habían teñido de rojo y habían perdido sus hojas al comienzo de la estación, pero del otro lado del muro había muchos árboles, y entre los anuncios de la Universidad, Farragut vio hojas de haya, de roble, de tulipero, de fresno, de nogal y muchas variedades de arce. Las hojas podían recordar a Farragut, una hora o cosa así después de la metadona, el enorme y absurdo placer que él, en su condición de hombre libre, había extraído de su ambiente. Le gustaba caminar por la tierra, nadar en los océanos, trepar las montañas y en otoño ver la caída de las hojas. El sencillo fenómeno de la luz —la claridad atravesando el aire— lo impresionaba como una buena noticia trascendente. Le pareció afortunado que en su caída las hojas se volviesen y girasen, ofreciendo una ilusión de facetas a la luz. Recordaba una reunión de fideicomisarios en la ciudad, en relación con un asunto de varios millones de dólares. La reunión se celebraba en el piso inferior de un nuevo edificio de oficinas. En la calle se habían plantado algunos ginkgos. La reunión se celebraba en octubre, cuando los ginkgos adquieren un amarillo extrañamente limpio y uniforme, y durante la reunión, mientras miraba la caída de las hojas en el aire, había descubierto que su vitalidad y su inteligencia se veían súbitamente estimuladas, y había podido

realizar un aporte importante al problema considerado en la reunión, sobre la sólida base del brillo de las hojas.

Encima de las hojas y los volantes y las paredes estaban los pájaros. Farragut mostraba escaso interés por los pájaros, porque la leyenda según la cual los hombres sometidos a cruel confinamiento aman a los pájaros del aire nunca lo había conmovido. Procuraba conferir un acento práctico e informado a su interés por los pájaros, pero poseía muy escasa información. Le interesó una bandada de mirlos de alas rojas. Sabía que vivían en zonas pantanosas, de modo que debía existir un pantano cerca de Falconer. Al anochecer se alimentaban en algún espejo de agua estancada distinto del pantano en que vivían. Noche tras noche, durante todo el verano y hasta bien entrado el otoño, Farragut permaneció de pie frente a su ventana, y observó a las aves oscuras que cruzaban el cielo azul, sobre los muros. Al comienzo aparecían uno o dos, y aunque seguramente eran los líderes, su vuelo no era particularmente atrevido. Todos tenían el vuelo abrupto de los pájaros enjaulados. Después de los líderes venía una bandada de doscientos o trescientos, y todos volaban torpemente, pero el número les confería un sentimiento de poder —la fibra magnética del planeta— y surcaban el aire como pavesas llevadas por una fuerte corriente. Después de la primera bandada aparecían los rezagados, más osados, y luego otra bandada de centenares o miles, y después una tercera. Después de oscurecer regresaban a su hogar, pero Farragut no podía verlo. Permanecía frente a la ventana, esperando oír el sonido de su paso, pero nunca lo lograba. Así, en otoño miraba a las aves, las hojas y los anuncios de la Universidad desplazándose en el aire, como polvo, como polen, como cenizas, como un signo de la potencia invencible de la naturaleza.

Solamente cinco hombres del pabellón F solicitaron ingresar en el curso de Banca. Nadie lo tomó muy en serio. Suponían que la Universidad era un organismo nuevo o tenía problemas, y había apelado a Falconer para hacer publicidad. La generosa educación dispensada a los infortunados convictos siempre era el tema apropiado para obtener un poco de espacio en el diario. Cuando llegó el momento, Farragut y los demás fueron a la habitación de la junta de libertades bajo palabra, para afrontar el test de inteligencia. Farragut sabía que él solía obtener resultados mediocres. Nunca pasaba de 119, y cierta vez había descendido a 101. En el ejército esa característica le había impedido ocupar posiciones de mando y le había salvado la vida. Contestó el test con otros veinticuatro hombres, contando bloques y rebuscando en su memoria para hallar la hipotenusa del triángulo isóceles. Se entendía que los puntajes eran un secreto, pero por un atado de cigarrillos Chiquito le explicó que había obtenido 112. Jody llegó a 140, y afirmó que nunca le había ido tan mal.

Jody era el mejor amigo de Farragut. Se habían conocido en la ducha, donde Farragut había advertido la presencia de un joven delgado, de cabellos negros, que le sonreía. Alrededor del cuello llevaba una sencilla y elegante cruz de oro. No se les permitía hablar en la ducha, pero mientras se enjabonaba el hombro izquierdo el

desconocido mostró la palma de su mano, de modo que Farragut pudo leer, escrito con tinta indeleble: «Nos vemos después». Cuando ya se habían vestido, se encontraron en la puerta. —Eres el profesor —preguntó el desconocido. —Soy 734-508-32 —dijo Farragut. Tan novato era. —Bueno, yo soy Jody —dijo animadamente el desconocido—, y sé que tú eres Farragut, y mientras no seas homosexual no me importa cómo te llames. Ven conmigo. Te mostraré mi escondite. —Farragut lo siguió, y atravesaron el terreno en dirección a una torre de agua abandonada. Treparon por una escalera oxidada hasta un corredor de madera, donde estaban un colchón, una lata llena de colillas y algunas revistas viejas. —Todos necesitan un escondite —dijo Jody—. Éste es el mío. La vista es lo que suelen llamar la Vista para Millonarios. Después de la casa de la muerte, es el mejor lugar para instalarse y mirar. —Farragut vio, sobre los techos de los viejos bloques de celdas y los muros, una extensión de tres kilómetros de río, con riscos y montañas sobre la orilla occidental. Ya había visto o entrevisto el paisaje al final de la calle de la cárcel, pero ésta era la vista más impresionante que había recogido del mundo que se extendía más allá del muro, y se sintió profundamente conmovido.

—Siéntate, siéntate —dijo su amigo—, siéntate y te contaré mi pasado. No soy como la mayoría de esos tipos, que no dicen una palabra. Todos saben que Freddy, el Perro Rabioso Asesino, se cargó a seis hombres, pero si le preguntas te dirá que está aquí porque robó flores de un parque. Y no bromea. Habla en serio. Realmente lo cree. Pero cuando yo tengo un amigo se lo cuento todo, si quiere oírlo. Hablo mucho, pero también escucho mucho. Soy muy buen oyente. Pero mi pasado es realmente mi pasado. No tengo ningún futuro. Hace doce años que no me presentó ante la junta de libertades bajo palabra. Lo que hago aquí no importa mucho, pero me gusta estar fuera del agujero. Sé que los médicos no pueden demostrar el daño cerebral, pero después que uno se golpea unas catorce veces se idiotiza. Una vez llegué a golpearme siete veces. Casi no tenía fuerzas, pero seguía golpeándome. No podía detenerme. Estaba enloqueciendo. Eso no es bueno. De todos modos, me condenaron con cincuenta y tres acusaciones. Tenía una casa de cuarenta y cinco mil dólares en Leavittown, una gran esposa y dos hijos magníficos: Miguel y Dale. Pero me metí en este embrollo. La gente que vive como tú ni siquiera comprende. No terminé el colegio secundario, pero podía ocupar un cargo en el departamento de hipotecas del Hamilton Trust. Pero no sucedía nada. Por supuesto, el hecho de que yo no tuviese educación era un inconveniente, y estaban despidiendo gente a troche y moche. Yo no ganaba lo necesario para sostener a cuatro personas, y cuando puse en venta la casa descubrí que todas las casas mierdosas de la manzana también estaban en venta. Siempre estaba pensando en el dinero. Soñaba con el dinero. Recogía las monedas de la vereda. El dinero me tenía loco. Bueno, tenía un amigo llamado Howie, y encontró la solución. Me habló del viejo, Masterman, que tenía una papelería en el centro comercial. Tenía dos boletas de apuestas para las carreras de caballos, cada una por siete mil dólares. Las guardaba en un cajón al lado de la cama. Howie lo sabía porque

solía dejar que el viejo lo montara por dinero. Howie tenía esposa, chicos, un hogar que quemaba leña, pero no dinero. De modo que decidimos robar las boletas. En esa época no era necesario endosarlas. Catorce mil en efectivo, y no había modo de descubrirnos. De modo que un par de noches vigilamos al viejo. Era fácil. A las ocho cerraba la tienda, volvía en auto a su casa, se emborrachaba, comía algo y miraba televisión. Así, una noche, después que cerró la tienda y se metió en el automóvil subimos con él. Se mostró muy obediente, porque yo tenía el revólver cargado apuntándole a la cabeza. El revólver era de Howie. Nos llevó a su casa, y lo acompañamos, uno a cada lado, hasta la puerta principal, hundiéndole el caño del revólver en las partes blandas de su cuerpo que nos acomodaban mejor. Lo metimos en la cocina y lo esposamos a ese enorme y condenado refrigerador. Era muy grande, un modelo reciente. Le preguntamos dónde estaban las boletas, y nos dijo que en la caja fuerte. Si se le pegó con la pistola como él dijo que hicimos, no fui yo. Pudo haber sido Howie, pero yo no lo vi. Insistía en que las dos boletas estaban en el Banco. De manera que revolvimos toda la casa buscando las boletas, pero creo que decía la verdad. Entonces, encendimos la televisión, por los vecinos, lo dejamos encadenado a ese refrigerador de diez toneladas y nos fuimos en su automóvil. El primer automóvil que vimos fue uno de la policía. Pura casualidad, pero tuvimos miedo. Metimos el coche en uno de esos lavaderos en los que uno tiene que salir del auto cuando le aplican la ducha. Metimos el auto en la plataforma y nos fuimos. Subimos a un ómnibus que iba a Manhattan y nos separamos en la terminal.

—Pero, ¿sabes lo que hizo ese viejo hijo de puta? No es grande ni fuerte, pero empieza a arrastrar ese refrigerador grande y podrido sobre el piso de la cocina. Créeme, era enorme. De veras era una bonita casa, con buenos muebles y alfombras, y seguro que lo pasó muy mal con todas esas alfombras atascándose bajo el refrigerador, pero salió de la cocina y atravesó el vestíbulo y se metió en la sala, donde estaba el teléfono. Me imagino lo que vio la policía cuando llegó: el viejo encadenado a un refrigerador en medio de la sala, con cuadros distribuidos sobre las paredes. Era jueves. Me detuvieron el martes siguiente, ya tenían a Howie, yo no lo sabía, pero tenía antecedentes. No critico al Estado. No critico a nadie. Hicimos todo mal. Asalto, golpes con la pistola, secuestro. El secuestro es cosa muy seria. Por supuesto, de mí puede decirse que estoy muerto, pero mi esposa y mis hijos aún viven. De modo que ella vendió la casa perdiendo mucho y ahora aguanta gracias a la ayuda social. Viene a verme de tanto en tanto, pero ¿sabes lo que hacen los chicos? Primero, obtienen permiso para escribirme cartas y después, Miguel, el mayor, me escribió una carta diciéndome que estaría en el río, en un bote de remos, el sábado a las tres, y me harían señas. El domingo a las tres estuve en la empalizada y los vi. Estaban en el río, bastante lejos —no es posible acercarse mucho a la cárcel—, pero los vi y sentí que los quería, y movieron los brazos y yo hice lo mismo. Eso fue en otoño, y dejaron de venir cuando cerró el sitio donde uno alquila botes, pero volvieron en primavera. Vi que estaban mucho más grandes, y después empiezo a

pensar que por el tiempo que estaré aquí podrán casarse y tener hijos, y sé que no meterán a sus mujeres y a sus hijos en un bote de remos ni bajarán por el río a saludar al viejo Papá. De modo, Farragut, que no tengo futuro, y tú tampoco tienes futuro. Así que bajemos y vamos a lavarnos antes de comer.

Farragut estaba trabajando algunas horas con la cuadrilla del invernadero, cortando prados y setos, y otras horas como dactilógrafo, escribiendo hojas para los anuncios de la cárcel. Tenía la llave de una oficina próxima a la sala de guardias, y podía usar una máquina de escribir. Continuó reuniéndose con Jody en la torre de agua, y después, cuando comenzó a hacer frío, por la tarde en su propia oficina. Hacía un mes que se conocían cuando se convirtieron en amantes. —Cuánto me alegro de que no seas homosexual —insistía en decir Jody cuando acariciaba los cabellos de Farragut. Y entonces, una tarde, mientras decía lo mismo, había desabrochado los pantalones de Farragut, y con la ayuda de éste había retirado la prenda. Por lo que Farragut había leído en los diarios acerca de la vida en la cárcel había previsto algo parecido, pero lo que no había esperado era que esa grotesca consolidación de la relación entre ambos originase en él un amor tan profundo. Tampoco había esperado que la administración de la cárcel se mostrase tan benévola. Por una pequeña ración de cigarrillos, Chiquito permitía que Farragut regresase a la oficina entre la comida y la hora de cerrar las celdas. Jody se encontraba allí con él y ambos hacían el amor sobre el piso. —Les gusta —explicaba Jody—. Al principio no querían. Después, algún psicólogo pensó que si teníamos una satisfacción regular no habría desórdenes. Están dispuestos a permitirnos cualquier cosa si creen que de ese modo no habrá disturbios. Muévete, Pollito, muévete. Oh, cuánto te quiero.

Se reunían dos o tres veces por semana. Jody era el amado, y de tanto en tanto le fallaba a Farragut, de modo que Farragut había llegado a tener una sensibilidad sobrenatural para el crujido de las zapatillas de básquetbol de su amante. Ciertas noches su vida parecía depender del sonido. Cuando comenzaron las clases de técnica bancaria, los dos hombres se encontraron siempre los martes y los jueves y Jody hablaba de su experiencia con la universidad. Farragut había traído un colchón del taller, y Jody tenía un calentador conseguido quién sabe dónde, y ambos se acostaban en el colchón y bebían café caliente, y se sentían bastante cómodos y felices.

Pero cuando hablaba con Farragut, Jody demostraba escepticismo acerca de la universidad. —La misma mierda vieja —decía Jody—. La Escuela del Éxito. La Escuela de la Simpatía. La Escuela de la Minoría Selecta. Cómo Ganar un Millón. Estuve en todas, y son iguales. Mira, Pollito, esa aritmética adaptada a los Bancos, y toda esa basura ahora está a cargo de computadoras, y lo que uno necesita es concentrar la atención en inspirar confianza al posible inversor. Ése es el principal misterio de la Banca moderna. Por ejemplo, uno entra sonriendo. Todas las clases a las que asistí comienzan con lecciones acerca de esta sonrisa. Uno espera un momento frente a la puerta, pensando en todas las cosas grandes que le ocurrieron ese día, ese año, en toda su vida. Tiene que ser real. No puede falsificarse esa sonrisa de

venta. Por ejemplo, uno recuerda a una gran muchacha que lo hizo feliz, o un plan que le salió bien, o un traje nuevo, o una carrera que ganó, o ese día maravilloso en que todo le salió bien. Bueno, se abre la puerta y uno entra, y lo golpean con esa sonrisa. Pero, Pollito, ellos no saben una palabra de sonreír. No saben absolutamente nada de sonreír.

—Está bien sonreír, quiero decir que uno tiene que sonreír para vender algo, pero si uno no sonrío bien se forman terribles arrugas en la cara, como las tuyas. Yo te quiero, Pollito, pero la verdad, no sabes sonreír. Si supieras, no tendrías esas arrugas alrededor de los ojos, y esos cortes profundos y repugnantes como cicatrices en el rostro. Por ejemplo, mírame. Crees que tengo veinticuatro años, ¿verdad? Bueno, en realidad son treinta y dos, pero la mayoría de la gente, cuando se le pide que adivine mi edad, a lo sumo me da dieciocho o diecinueve años. La razón es que yo sé sonreír, sé usar la cara. Ese actor me enseñó. Lo encarcelaron por un asunto de moral, pero era muy hermoso. Me enseñó que cuando uno usa la cara, la conserva. Cuando arriesgas imprudentemente la cara en todas las situaciones que tienes que afrontar, acabas como tú estás, tienes una cara de mierda. Yo te quiero, Pollito, realmente es así, porque de lo contrario no te diría que te arruinaste la cara. Ahora, mira cómo sonrío. ¿Ves? Tengo un aire de auténtica felicidad, ¿no te parece, no, no?, pero observa que mantengo los ojos abiertos, y así no se forman arrugas desagradables alrededor de los bordes, como tienes tú, y cuando abro la boca la abro mucho, muchísimo, de modo que no destruya la belleza de mis mejillas, su belleza y su suavidad. Este profesor de la universidad nos dice que sonriamos, que sonriamos siempre, sin parar, pero si sonrieras siempre como él pide que hagamos, acabarías teniendo la cara de una persona muy anciana, una persona muy anciana y angustiada, con quien nadie quiere tener relación, especialmente en el negocio de las inversiones de banca.

Cuando Jody se refería desdeñosamente a la Universidad Fiduciaria, la actitud de Farragut parecía la de un hombre mayor, parecía expresar cierto perdurable respeto por todo lo que podía enseñar una organización, por falsa e ignorante que fuese la organización. Cuando oía a Jody afirmar que la Universidad Fiduciaria era mierda, Farragut se preguntaba si la irrespetuosidad no estaba en la base de la carrera delictiva de Jody, y de su condena a prisión. Pensaba que Jody debía mostrarse más paciente, más inteligente en sus ataques a la universidad. Quizás se trataba simplemente del hecho de que la palabra «fiduciaria» a su juicio merecía respeto e inspiraba honestidad, y de que sugería ideas de laboriosidad, industria, frugalidad y lucha honesta.

De hecho, los ataques de Jody a la universidad eran permanentes, previsibles y en definitiva monótonos. Todo lo que hacía la institución estaba mal. El profesor estaba arruinándose la cara con una sonrisa demasiado ancha y decidida. Las preguntas eran excesivamente fáciles. —A decir verdad, no trabajo —dijo Jody—, y siempre obtengo las clasificaciones más altas. Poseo buena memoria. Recuerdo fácilmente las

cosas. Aprendí todo el catecismo en una noche. Mira, hoy nos ocupamos de la Nostalgia. Quizá creas que el asunto tenga que ver con tu nariz. No es así. Se trata de lo que uno recuerda con placer. Entonces, uno prepara el deber acerca de lo que el posible inversor recuerda con agrado, y se manipulan sus recuerdos agradables como quien toca un mierdoso violín. Se moviliza lo que ellos llaman Nostalgia no sólo con la charla; además, se usan ropas y se mira y se habla y se usan movimientos considerando lo que pueden recordar con placer. Por ejemplo, el posible inversor es aficionado a la Historia, ¿y qué te parece si entro en el Banco cubierto por una mierdosa armadura?

—Jody, no hablas en serio —dijo Farragut—. Seguramente tienen cosas buenas. Creo que deberías prestar más atención a las cosas útiles del curso.

—Bueno, quizá tengas razón —dijo Jody—. Pero, mira, ya pasé por todo esto en la Escuela de la Simpatía, la Escuela del Éxito, la Escuela de las Minorías Selectas. Es siempre la misma mierda. Ya pasé por todo eso diez veces. Ahora vienen a decirme que el nombre de un individuo le parece al tipo el sonido más dulce del idioma. Ya lo sé, cuando tenía tres o cuatro años ya lo sabía. ¿Quieres oírlo? Escucha.

Jody fue marcando los puntos sobre los barrotes de la celda de Farragut.

—Primero: Haz creer al otro que todos los aciertos son suyos. Segundo: Le propones un desafío. Tercero: Empiezas con un elogio y un juicio honesto. Cuarto: Si estás equivocado, lo reconoces sin demora. Quinto: Consigues que el otro diga que sí. Sexto: Hablas de tus propios errores. Séptimo: Permites que el otro salve la cara. Octavo: Lo alientas. Noveno: Consigues que lo que tú deseas parezca fácil. Décimo: Consigues que el otro se sienta feliz de hacer lo que tú quieres. Hombre, cualquier vendedor ambulante sabe todo eso. Es mi vida, la historia de mi vida. Estuve haciendo todo eso desde que era un niño y mira lo que conseguí. Ya ves adónde me llevó todo lo que sé acerca de la esencia de la simpatía y el éxito y el negocio bancario. A la mierda, siento un deseo profundo de abandonar todo.

—No hagas eso, Jody —dijo Farragut—. Insiste. Te diplomarás, y eso te ayudará.

—Nadie se interesará por mí en los próximos cuarenta años —dijo Jody.

Apareció una noche. Nevaba.

—Mañana te declaras enfermo —dijo Jody—. Lunes. Habrá mucha gente. Te esperaré frente a la enfermería. —Se marchó.

—¿Ya no te quiere? —preguntó Chiquito—. Bueno, si ya no te quiere me quita un peso de encima. Farragut, de veras eres un buen tipo. Me gustas, pero no simpatizo con él. Ya se encamó con la mitad de la cárcel, y apenas empezó. La semana pasada, o la antepasada, no recuerdo bien, bailó esa danza del abanico en el tercer piso. Toledo me lo dijo. Tenía en la mano un pedazo de diario plegado, ya sabes, como un abanico, y se lo pasaba del miembro al trasero y bailaba. Toledo dijo que era repugnante. Muy repugnante. —Farragut trató de imaginar la escena, pero no pudo. Pensó que Chiquito estaba celoso. Chiquito nunca había hecho la experiencia de querer a un hombre. Chiquito era un ser inseguro. Preparó la declaración de enfermo,

la pasó entre los barrotes y se acostó.

La sala de espera, contigua a la enfermería, estaba colmada, y él y Jody se quedaron afuera, donde nadie podía oírlos.

—Ahora, escucha —dijo Jody—. Ahora, antes de que te alarmes, escúchame. No digas una palabra hasta que yo termine de hablar. Ayer renuncié al curso de la universidad. Vamos, no digas nada, sé que no te gustará porque tienes esa idea muy paternal de que yo obtenga mucho éxito en el mundo, pero espera a que te explique mi plan. No digas nada. Te dije que no digas nada. Ya se organizó el acto de entrega de los diplomas. Solamente los de la escuela sabemos cómo será, pero tú te enterarás en pocos días. Escúchame. El cardenal, el cardenal de la diócesis, vendrá en un helicóptero y entregará los diplomas a los alumnos. No quiero engañarte, y no me preguntes por qué. Creo que el cardenal es pariente de alguien de la universidad, en fin, habrá mucha publicidad, y ocurrirá lo siguiente. Ahora bien, uno de los tipos de la clase es ayudante del capellán. Se llama Di Matteo. Somos muy amigos. Está a cargo de todos esos trajes que usan en el altar, ya sabes. A él le toca uno rojo, el mismo tamaño, me viene perfecto. Me lo dará. Entonces, viene el cardenal y se arma una gran confusión. Y yo me hago humo, me escondo en el cuarto de calderas, me pongo el vestido rojo, y cuando el cardenal celebra misa muestro mi trasero en el altar. Escucha, sé lo que hago, lo sé muy bien. Fui monaguillo cuando tenía once años. Eso fue cuando me confirmaron. Claro, crees que me descubrirán, pero no será así. Durante la misa uno no mira a los demás acólitos. Eso es lo bueno del rezo. Uno no mira. Cuando uno ve a un desconocido en el altar no se pone a preguntar quién es el desconocido del altar. Es una ceremonia sagrada, y cuando uno está en eso no ve nada. Cuando bebes la sangre de Nuestro Salvador no te pones a mirar si el cáliz está manchado o si hay piojos en el vino. Tienes que estar transfigurado, tienes que parecerlo. Así es el rezo. Para eso es. Y el rezo es lo que me sacará de aquí. El poder de la plegaria. Cuando la misa concluye, subo al helicóptero con mi vestido rojo y si me preguntan de dónde vengo digo que de San Anselmo, San Agustín, San Miguel, San Cualquier Cosa. Cuando bajamos me quito la ropa en el vestuario y salgo caminando a la calle. ¡Qué milagro! Pido dinero para pagar el subte hasta la calle 174, allí tengo amigos. Pollito, te cuento esto porque te quiero y confío en ti. Mi vida está en tus manos. Imposible demostrar más amor. Pero en adelante no me verás mucho. Ese tipo del vestido rojo simpatiza conmigo. El capellán le trae alimento de la calle, de modo que me llevo el calentador eléctrico. Quizá nunca vuelva a verte, Pollito, pero si puedo regresaré a despedirme. —Aquí, Jody se llevó las manos al estómago, se dobló y, gimiendo de dolor, entró en la sala de espera. Farragut lo siguió, pero no volvieron a hablarse. Farragut se quejó de dolor de cabeza, y el médico le dio una aspirina. El médico vestía ropas sucias, y tenía un agujero grande en la media derecha.

Jody no regresó y Farragut lo extrañó muchísimo. Escuchaba el millón de sonidos de la cárcel, tratando de identificar el crujido de las zapatillas de básquetbol. Era lo

único que deseaba oír. Poco después que se separaron, en la enfermería, le ordenaron dactilografiar el anuncio de que Su Eminencia, el cardenal Thaddeus Morgan, llegaría a Falconer en helicóptero el día veintisiete de mayo, para entregar sus diplomas a los alumnos de la Universidad Fiduciaria. También estarían el gobernador y el comisionado de asuntos correccionales. Se celebraría la misa. La asistencia a la ceremonia era obligatoria, y los encargados de los bloques podían suministrar más detalles.

Toledo mimeografió el anuncio, pero esta vez no exageró, y no hubo una lluvia de papeles. Al principio, el anuncio no suscitó casi ninguna impresión. Se diplomarían únicamente ocho hombres. La idea del Pastor de Cristo descendiendo desde el cielo a las mazmorras aparentemente no excitó a nadie. Naturalmente, Farragut continuó escuchando, en busca del crujido de las zapatillas de básquetbol. Si Jody venía a despedirse, probablemente lo haría la noche antes de la llegada del cardenal. De modo que Farragut tenía un mes de espera antes de ver a su amante, y cuando lo viera sería sólo un momento. Tenía que conformarse con eso. Suponía que Jody estaba entretenido con el tipo del capellán, pero en realidad no sentía celos. No podía decidir si los planes de fuga de Jody tendrían éxito, porque tanto el plan del cardenal como el de Jody eran absurdos, aunque los planes del cardenal aparecían anunciados en el diario.

Farragut yacía en su camastro. Deseaba a Jody. El anhelo se iniciaba en sus genitales mudos, y sus células cerebrales se desempeñaban como intérprete. Después, el anhelo pasaba de los genitales a las vísceras, y de éstas a su corazón, el alma, la mente, hasta que al fin todo su cuerpo estaba saturado de anhelo. Esperaba el crujido de las zapatillas de básquetbol y después la voz, juvenil, quizá por cálculo, pero no muy aguda, reclamando: Muévete, Pollito. Esperaba el crujido de las zapatillas de básquetbol como había esperado el sonido de los tacos de Jane sobre los adoquines de Boston, como había esperado el sonido del ascensor que llevaría a Virginia hasta el undécimo piso, como había esperado que Dodie abriese el herrumbrado portón de la calle Thrace, como había esperado que Roberta descendiera del ómnibus C en cierta piazza romana, como había esperado que Lucy se pusiese el diafragma y apareciera desnuda en la puerta del cuarto de baño, como había esperado los llamados telefónicos, el timbre de la puerta de calle, las campanas de la iglesia que indicaban la hora, y esperado el fin de la tormenta que atemorizaba a Helen, y esperado el ómnibus, el barco, el tren, el avión, el aliscafo, el helicóptero, el funicular, la sirena de las cinco y la alarma de incendio que llevaría al amado hacia sus brazos. Le parecía que había gastado esperando una cantidad desproporcionada de su vida y sus energías, pero incluso cuando nadie venía, esa espera no era una frustración absoluta; salvaba parte de su naturaleza del eje del vórtice.

Pero, ¿por qué anhelaba tanto la presencia de Jody, si a menudo había pensado que su propio papel en la vida era poseer a las mujeres más bellas? Las mujeres poseían el misterio más profundo y más compensatorio. Uno se aproximaba a ellas en

la sombra, y a veces, pero no siempre, las poseía en la sombra. Eran una esencia, fortificada y asediada, que valía la pena conquistar y que, una vez conquistada, constituía un botín abundante. En su estado de más dura intensidad, deseaba reproducir, poblar los caseríos, los pueblos, las aldeas y las ciudades. Le parecía que su propio deseo de fructificar lo impulsaba a imaginar cincuenta mujeres moviéndose con sus hijos. Las mujeres eran la caverna de Alí Babá, la luz de la mañana, cascadas y tormentas, las inmensidades del planeta, y una visión de todo esto lo había inducido a buscar algo mejor cuando se apartó desnudo de su último y desnudo jefe de exploradores. En su memoria había una pizca de reproche al esplendor que ellas mostraban, pero el reproche no era lo principal. En vista de la soberanía de su díscolo miembro, sólo una mujer podía coronar esa roja existencialidad.

Pensó que habría cierta equiparación de la intensidad en la posesión sexual y los celos sexuales, y que se necesitaban formas de adaptación y falsedades para equiparar esto con la inconstancia de la carne. En sus amores a menudo había omitido todo lo que fuese práctico. Había deseado y perseguido a mujeres que lo encantaron con sus mentiras y lo seducían con su irresponsabilidad absoluta. Les había comprado ropas y billetes, había pagado peluqueros y dueños de casa, y en un caso a un cirujano facial. La vez que compró ciertos aros de diamantes había apreciado conscientemente el recorrido sexual que podía esperar de estas joyas. Cuando las mujeres tenían defectos a menudo le parecían encantadores. Si están sometidas a dieta rigurosa y hablan sin cesar de su dieta, uno se siente encantado cuando las encuentra comiendo una barra de caramelo en una playa de estacionamiento. No encontraba encantadores los defectos de Jody. No los encontraba.

Su necesidad difusa y dolorosa de Jody se extendía de su entropiada a todos los rincones del cuerpo, visibles e invisibles, y se preguntaba si podría manifestar en la calle su amor a Jody. ¿Estaba dispuesto a caminar por la calle con el brazo alrededor de la cintura de Jody, a besarlo en el aeropuerto, a sostener su mano en el ascensor, y si se abstenía de cualquiera de estas actitudes ello significaba que estaba adaptándose a los crueles mandatos de una sociedad blasfema? Trató de imaginar a Jody, de imaginarse él mismo en el mundo. Recordó las pensiones o los alojamientos europeos donde él y Marcia y el hijo de ambos a veces pasaban el verano. Los hombres y las mujeres jóvenes y sus hijos —si no eran jóvenes por lo menos eran ágiles— daban el tono. Uno evitaba la compañía de los viejos y los enfermos. Sus paraderos eran bien conocidos, y la noticia se difundía. Pero aquí y allí, en este paisaje familiar, uno veía en el extremo del mostrador, o en el rincón del comedor, a dos hombres o a dos mujeres. Eran los invertidos, un hecho establecido generalmente por cierto dinamismo conspicuo de los contrarios. Una de las mujeres se mostraba dócil; la otra, imperativa. Uno de los hombres era viejo; el otro un muchacho. Uno se mostraba terriblemente cortés con ellos, pero nunca se les pedía que participaran en las regatas, o que se incorporaran a una excursión a la montaña. Ni siquiera se los invitaba al matrimonio del herrero de la aldea. Eran distintos. Para los demás, el modo en que

satisfacían sus ansias venéreas continuaba representando un fenómeno acrobático y extraño. A diferencia del resto de la gente, no inauguraban la siesta con una buena y sudorosa encamada. Desde el punto de vista social, el prejuicio contra ellos era muy leve; en un nivel más profundo, era absoluto. Que se complaciesen en su mutua compañía como a veces hacían, parecía sorprendente y subversivo. Farragut recordó que en una pensión los homosexuales parecían ser la única pareja feliz del comedor. Había sido una mala temporada para el santo matrimonio. Las esposas lloraban. Los maridos se mostraban hoscos. Los homosexuales ganaron la regata, escalaron la montaña más alta y fueron invitados a almorzar por el príncipe reinante. Fue una excepción. Farragut —prolongando las cosas hasta la calle trató de imaginarse con Jody en una de esas pensiones. Eran las cinco. Estaban en un extremo del mostrador. Jody usaba un traje blanco que Farragut le había comprado; pero no pudo llegar más lejos. De ningún modo conseguía forzar, retorcer, presionar o de cualquier otro modo imponer a su imaginación la recreación de la escena.

Si el amor era una cadena de semejanzas, como Jody era hombre existía el peligro de que Farragut estuviese enamorado de sí mismo. Por lo que podía recordar, sólo una vez había visto ese tipo de amor de sí mismo, en un hombre con quien había trabajado aproximadamente un año. El hombre representaba un papel sin importancia en los asuntos de Farragut y éste, quizás en perjuicio propio, sólo por casualidad había observado dicho defecto, si de defecto se trataba. —¿Se dio cuenta —había preguntado el hombre— que uno de mis ojos es más pequeño que el otro? —Después, el hombre había preguntado con cierta intensidad: —¿Le parece que tengo mejor aspecto con barba, o tal vez con bigote? —Mientras caminaban por la calle en dirección a algún restaurante, el hombre había preguntado: —¿Le gusta su sombra? Cuando tengo el sol a la espalda y veo mi sombra, siempre me siento decepcionado. Mis hombros no son bastante anchos, y mis caderas lo son demasiado. —Nadaban juntos, y el hombre preguntó: —Francamente, ¿qué opina de mis bíceps? Quiero decir, ¿le parece que están muy desarrollados? Todas las mañanas hago cuarenta flexiones para mantenerlos firmes, pero no quisiera parecer un levantador de pesas. —Estas preguntas no eran permanentes, ni siquiera las formulaba todos los días, pero se daban con frecuencia suficiente para llamar la atención y habían inducido a Farragut a pensar en el asunto, y luego lo habían llevado a la convicción de que el hombre estaba enamorado de sí mismo. Hablaba de sí mismo del mismo modo que otro individuo, metido en un matrimonio azaroso, podía preguntar si se aprobaba a su mujer. ¿Le parece que es hermosa? ¿Cree que habla demasiado? ¿Le gustan sus piernas? ¿Opina que debería cortarse el cabello? Farragut no creía estar enamorado de sí mismo, pero cierta vez, cuando salió del colchón para orinar, Jody había dicho: —Caray, hombre, eres hermoso. Quiero decir que prácticamente eres un viejo y aquí no hay mucha luz, pero me pareces muy hermoso. —Pura charla, pensó Farragut, pero en algún punto del desierto bastante extenso que era él mismo, pareció abrirse una flor, y él no podía hallar la flor y aplastarla con el taco. Sabía que era la técnica

de la prostituta, pero él parecía desesperadamente susceptible. Le pareció que siempre había sabido que era hermoso, y que toda la vida había esperado oír eso. Pero si al amar a Jody se amaba a sí mismo, existía la posibilidad de que pese a todo se hubiese enamorado de su perdida juventud. Jody se las daba de joven, tenía el aliento suave y la piel fragante de la juventud, y cuando poseía estas cosas, Farragut poseía una hora de renovado verdor. Extrañaba su propia juventud, la extrañaba como a un amigo, una amante, una casa alquilada en una de las grandes playas donde había sido joven. Abrazar el yo de uno mismo, la juventud de uno, podía ser más fácil que amar a una mujer bella cuya naturaleza arraigaba en un pasado que él nunca podría abarcar. Por ejemplo, cuando amaba a Mildred tenía que aprender a adaptarse a su gusto por las anchoas en el desayuno, el agua muy caliente en el baño, los orgasmos demorados, y el empapelado amarillo limón, el papel higiénico, la ropa blanca en la cama, las pantallas de las lámparas, la vajilla de mesa, los manteles, los tapizados y los automóviles. Ella incluso le había comprado un suspensor amarillo limón. Amarse uno mismo era una actividad ociosa, imposible pero deliciosa. ¡Qué sencillo era amarse!

Y después, tenía que pensar en el galanteo a la muerte, y a los sombríos y simples elementos de la muerte, en que al cubrir el cuerpo de Jody de buena gana abrazaba el decaimiento y la corrupción. Besar el cuello de un hombre, mirar con pasión sus ojos, era tan antinatural como los ritos y los procedimientos de una funeraria, y besar, como él lo había hecho, la tensa piel del vientre de Jody, bien podía equivaler a besar el césped que habría de cubrirlo.

Desaparecido Jody, y anulado este programa erótico y sentimental, Farragut descubrió que su sentido del tiempo y el espacio estaba un tanto amenazado. Tenía un reloj y un calendario y nunca había podido catalogar tan fácilmente todo lo que lo circundaba, pero jamás había afrontado con aprensión profunda el hecho de que ignoraba donde estaba. Estaba al comienzo de una pista de esquí, esperando un tren, despertando después de un accidentado viaje de drogas en un hotel de Nuevo México. —Eh, Chiquito —gritaba—, ¿dónde estoy? —Chiquito comprendía—. En la Cárcel Falconer —contestaba—. Mataste a tu hermano. —Gracias, Chiquito. —Así, traídos por la voz de Chiquito, retornaban los hechos desnudos. Para aliviar este turbador sentido de ser otro, recordaba que había experimentado lo mismo en la calle. El sentido de hallarse simultáneamente en dos o tres lugares era algo que había conocido fuera de esos muros. Recordaba haber estado en una oficina con aire acondicionado, un día soleado, y que le parecía estar al mismo tiempo en una sórdida granja al comienzo de una ventisca. De pie en una oficina muy desinfectada, podía percibir el olor de una caja de madera y catalogar sus legítimas inquietudes relacionadas con cadenas para neumáticos, barrenieves y artículos de almacén, combustible y licor; todo lo que inquieta a un hombre en una casa aislada al comienzo de una tempestad. Por supuesto, era un recuerdo, que se afirmaba en algún lugar del presente, pero ¿por qué él, metido en un cuarto antiséptico en mitad del verano, había recibido sin

desearlo ese recuerdo? Trató de investigarlo basándose en el olor. Un fósforo de madera ardiendo en un cenicero podía haber traído el recuerdo, y él se había mostrado escéptico acerca de su propia sensibilidad sensual desde el día en que, mientras contemplaba la aproximación de una tormenta, se había sentido desconcertado por una erección húmeda e implacable. Pero si podía explicar esta dualidad por el humo de un fósforo ardiendo, no podía explicar que la vivacidad del recuerdo de la granja se contrapusiera intensamente a la realidad de la oficina en la cual estaba de pie. Con el fin de delimitar y disipar el recuerdo indeseado, obligó a su mente a salir de los límites de la oficina, la cual ciertamente era un ámbito artificial, para fijarse en el eje indudable de que era el diecinueve de julio, la temperatura exterior alcanzaba los treinta y ocho grados, eran las tres horas dieciocho minutos, y en el almuerzo había comido mariscos o bacalao con salsa tártara dulce, papas fritas agrias, ensalada, medio pastel con manteca, crema helada y café. Provisto de estos detalles indiscutibles, pareció atacar el recuerdo de la granja del mismo modo que uno abre puertas y ventanas para conseguir que el humo salga de un cuarto. Consiguió afirmar la realidad de la oficina, y si bien en realidad no se sentía muy molesto por la experiencia, de hecho había formulado muy claramente un interrogante para responder al cual carecía por completo de información.

Con excepción de la religión organizada y la encamada triunfante, Farragut consideraba que la experiencia trascendente era un absurdo peligroso. Uno ahorra su ardor para la gente y los objetos que podían usarse. La flora y la fauna de la selva lluviosa eran incomprensibles, pero uno podía comprender el camino que lo llevaba a destino. Pero en Falconer a veces había parecido que los muros y los barrotes amenazaban esfumarse, y que lo dejaban con una nada que podía ser peor. Por ejemplo, una mañana lo despertó temprano el ruido del inodoro, y se encontró entre los fragmentos evanescentes de un sueño. No estaba seguro de la hondura del sueño —de su profundidad— pero nunca había podido (y tampoco habían podido sus psiquiatras) definir claramente las morenas de conciencia que forman las costas del despertar. En el sueño veía el rostro de una bella mujer que lo complacía, pero a quien nunca había amado mucho. También veía o sentía la presencia de una de las grandes playas de una isla en el mar. Se entonaba un verso o una cancioncilla infantil. Persiguió a estos fragmentos evanescentes como si su vida, el respeto de sí mismo dependiesen de la posibilidad de agruparlos en un recuerdo coherente y útil. Huían, huían intencionadamente como el portador de la pelota en un partido de fútbol, y sucesivamente veía que la mujer y la presencia del mar se esfumaban, y que la música de la cancioncilla se extinguía. Miró su reloj. Eran las tres y diez. El estrépito del inodoro se atenuó. Volvió a dormirse.

Días, semanas, meses o lo que fuere más tarde, despertó del mismo sueño de la mujer, la playa y la canción, y los persiguió con la misma intensidad que había demostrado antes, y uno por uno los perdió mientras la música se extinguía. Los sueños imperfectamente recordados —si se los perseguía— eran una cosa usual, pero

la evanescencia de este sueño generalmente era profunda, y vivida. Basándose en su experiencia psiquiátrica, se preguntó si el sueño tenía color. Lo había tenido, pero no era un color brillante. El mar aparecía oscuro y la mujer no tenía los labios pintados, pero el recuerdo no se limitaba al negro y al blanco. Perdió el sueño. Lo irritaba sinceramente el hecho de haberlo perdido. Por supuesto, carecía de valor, pero se le antojaba que era un talismán. Miró su reloj y vio que eran las tres y diez. El inodoro estaba quieto. Regresó al sueño.

Ocurrió lo mismo una y otra vez, y quizá de nuevo. La hora no siempre era exactamente las tres y diez, pero siempre ocurría entre tres y cuatro de la mañana. Siempre quedaba con un ánimo irritable ante el hecho de que, con total independencia de todo lo que él sabía acerca de sí mismo, su memoria podía manipular sus recursos formando diseños controlados y repetidos. Su memoria gozaba de libre albedrío, y su irritabilidad se acentuaba cuando advertía que su memoria era tan díscola como sus genitales. Y luego, una mañana, cuando trotaba desde el comedor al taller a lo largo del túnel oscuro, oyó la música y vio a la mujer y el mar. Se detuvo tan bruscamente que varios hombres chocaron con él, dispersando el sueño hacia el Oeste. Eso, por la mañana. Pero el sueño debía reaparecer nuevamente en distintos lugares de la cárcel. Y luego, una noche en su celda, mientras leía a Descartes, oyó la música y esperó que aparecieran la mujer y el mar. El pabellón de celdas estaba sumido en silencio. Las circunstancias que favorecían la concentración eran perfectas. Pensó que si podía fijar un verso o dos de la canción, lograría reorganizar el resto del ensueño. Las palabras y la música estaban retirándose, pero él pudo adelantarse a la retirada. Tomó un lápiz y un pedazo de papel, y se disponía a anotar los versos que había capturado cuando comprendió que no sabía quién era o dónde estaba, que los usos del inodoro frente a él eran absolutamente misteriosos, y que no podía comprender una palabra del libro que sostenía en las manos. No se conocía a sí mismo. No conocía su propio idioma. Interrumpió bruscamente la persecución de la mujer y la música, y aliviado los vio desaparecer. Se llevaron con ellos la experiencia absoluta de la alienación, dejándolo con una leve náusea. Estaba más conmovido que lastimado. Recogió el libro y comprobó que podía leer. El inodoro era para recibir los productos de desecho. La cárcel se llamaba Falconer. Lo habían condenado por asesinato. Uno por uno recogió todos los detalles del momento. No eran particularmente gratos, pero sí útiles y duraderos. Ignoraba qué habría ocurrido si hubiese anotado las palabras de la canción. No parecía tratarse de muerte ni de locura, pero él no se sentía comprometido a descubrir qué habría ocurrido si armaba los distintos elementos del ensueño. El ensueño volvió a él una y otra vez, pero lo rechazó vigorosamente, porque nada tenía que ver con el sendero que él seguía, ni con su destino.

—Toc, toc —dijo el Cornudo. Era tarde, pero Chiquito no había ordenado que cerraran las celdas. El Pollo número dos y el Perro Rabioso Asesino estaban jugando al rummy. No había nada en la televisión. El Cornudo entró en la celda de Farragut y

se sentó en la silla. Farragut no simpatizaba con él. Su rostro rosado y redondo y sus cabellos finos no habían cambiado en absoluto en la cárcel. El brillante sonrosado del Cornudo, su protuberante vulnerabilidad —según parecía, consecuencias del alcohol y del desconcierto sexual— no habían perdido su llamativo matiz. —¿Extrañas a Jody? —preguntó. Farragut nada dijo. —¿Te arreglabas con Jody? —Farragut nada dijo. —Caramba, hombre, sé que lo haces —dijo el Cornudo—, pero no lo veo mal. Era hermoso, simplemente hermoso. ¿Tienes inconvenientes en que converse?

—Tengo abajo un taxi, esperando para llevarme al aeropuerto —dijo Farragut—. Después, con expresión sincera: —No, no, no, no me opongo a que hables, de ningún modo.

—Me arreglé con un hombre —dijo el Cornudo—. Fue después de abandonar a mi esposa. Esa vez que la encontré montándose al chico sobre el piso del vestíbulo. Mi asunto con este hombre empezó en un restaurante chino. En ese tiempo yo era la clase de hombre solo que uno ve comiendo en los restaurantes chinos. ¿Sabes? En cualquier sitio de este país y en algunas regiones de Europa donde yo estuve. La Dinastía Chung Fu. O la Ku Lon. Linternas de papel con marcos de madera de teca por todas partes. A veces mantienen encendidas todo el año las luces de Navidad. Flores de papel, muchas flores de papel. Grandes grupos de familia. También chiflados. Mujeres gordas. Tipos raros, judíos. Algunos enamorados y siempre el hombre solitario. Yo. Los solitarios nunca pedimos la comida china. Siempre el guiso de carne o el revuelto de habas en los restaurantes chinos. Somos internacionales. En fin, soy un hombre solo que come guiso de carne en un restaurante chino, en las afueras de Kansas. Siempre hay un lugar fuera de los límites de la ciudad, donde uno va en busca de licor, una hembra, una cama de motel para pasar un par de horas.

»En este restaurante chino, casi la mitad del local está ocupado. Frente a una mesa está ese joven. Y ésta es la cosa. Es apuesto, pero porque es joven. De aquí a diez años se parecerá a todos los demás. Pero insiste en mirarme y sonrío. Sinceramente, no sé que busca. Bueno, me traen la torta de ananá, y encima el muñequito de la suerte, y se acerca a mi mesa y me pregunta que dice mi suerte. Le explicó que no puedo leer mi suerte sin los anteojos, y no los tengo, de modo que toma el pedazo de papel y lee o finge leer que mi suerte dice que tendré una hermosa aventura durante la hora siguiente. Yo le pregunto qué dice su suerte, y afirma que lo mismo. Continúa sonriendo. Habla con mucha simpatía, pero se ve que es pobre. Se adivina que eso de hablar con simpatía es algo que aprendió. De modo que cuando salgo me acompaña. Pregunta dónde me alojo, y le digo que en el motel del restaurante. Después me pregunta si tengo algo de beber en mi cuarto, y le contesto que sí, y le pregunto si desea una copa, y él asegura que le encantaría, y me pasa el brazo sobre el hombro, muy amigote, y vamos a mi cuarto. Entonces, dice que él se encarga de preparar las bebidas, le contesto que adelante y le explico donde está el whisky y el hielo, y prepara dos buenas copas y se sienta al lado, y empieza a besarme la cara. Bueno, la idea de que los hombres se besen no me gusta nada,

aunque, la verdad, no me hizo sufrir. Quiero decir que si un hombre besa a una mujer es una situación que puede ser buena o mala, pero que un hombre bese a un hombre, excepto tal vez en Francia, significa que se juntan dos y el resultado es cero. Quiero decir, que si alguien tomaba una foto de ese tipo besándome yo aparecería en una situación muy extraña y antinatural; pero, ¿si era tan extraña y antinatural por qué había comenzado a hinchárseme el miembro? Después pensé que no había nada más extraño y antinatural que un hombre comiendo habas al horno, solo, en un restaurante chino, del Medio Oeste —eso era algo que yo no había inventado— y cuando me tocó el miembro, suavemente, con dulzura, y siguió besándome, mi miembro alcanzó su peso máximo y comenzó a brotar jugo, y cuando yo lo sentí él ya estaba a medio camino.

»Entonces, él preparó más bebidas, y me preguntó por qué no me quitaba la ropa, y yo dije qué hacía él, y se bajó los pantalones, y mostró un miembro muy hermoso, y yo me quité la ropa, y nos sentamos con los traseros desnudos en el sofá, y seguimos bebiendo. Preparó muchas copas. De tanto en tanto aplicaba su boca a mi miembro, y ésa fue la primera vez en mi vida que metí el miembro en una boca. Creí que eso sería un escándalo puesto en un noticioso o en la primera página del diario, pero evidentemente mi miembro jamás había visto un diario, porque estaba enloquecido. Entonces, sugirió que nos acostáramos, y eso hicimos, y después oí que el teléfono sonaba y ya era de mañana.

»Estaba todo oscuro. Me había dejado solo. Tenía un terrible dolor de cabeza. Descolgué el receptor del teléfono y una voz dijo, “Son las siete y media”. Después, revisé la cama para ver si había pruebas de que había llegado, pero no había ninguna. Fui al guardarropas, y revisé la cartera, y todo el dinero —unos cincuenta dólares— había desaparecido. Nada más, y tampoco mis tarjetas de crédito. De modo que el tipo me había engañado, me dio un narcótico y se llevó el dinero. Perdí cincuenta dólares, pero pensé que había aprendido algo. Entonces, mientras me afeitaba, llamó el teléfono. Era él. Cualquiera diría que debía estar enojado con él, no te parece, pero lo cierto es que me mostré tierno y amistoso. Primero, dijo que lamentaba haber preparado copas tan fuertes, de modo que yo me había desmayado. Después dijo que yo no debía haberle dado todo ese dinero, que él no lo valía. También dijo que lo lamentaba y que quería ofrecerme un momento maravilloso, y gratis, y cuándo podíamos encontrarnos. Entonces comprendí que me había engañado, estafado y robado, pero lo deseaba enormemente, y le dije que estaría a eso de las cinco y media, y que por qué no venía.

»Ese día tenía que hacer cuatro visitas, y las hice y conseguí tres ventas, lo cual estaba bien por tratarse de ese territorio. Me sentía perfectamente cuando volví al motel, y bebí algunas copas y él apareció a las cinco y media, y esta vez yo preparé la bebida. Se echó a reír cuando vio eso, pero yo no dije palabra del somnífero. Después, se quitó las ropas y las plegó cuidadosamente sobre una silla, y me desvistió, con alguna ayuda mía, y me besó por todas partes. Después, se miró en el

gran espejo de la puerta del cuarto de baño, y ésa fue la primera vez que vi a un hombre narcisista, como lo llaman. Una mirada a su cuerpo desnudo en el espejo, y ya no podía apartar los ojos. No se cansaba de eso. No se podía arrancar de ahí. De modo que yo ya había visto las posibilidades. Había cambiado un cheque, y tenía unos setenta dólares en la cartera. Necesitaba esconderlos. Mientras él estaba amándose, yo me preocupaba por el dinero. Después, cuando vi cómo le atraía su propia figura, qué absorto estaba en su aspecto, recogí mis ropas del piso y las colgué en el guardarropas. No me vio, sólo veía su propio cuerpo. Ahí estaba, acariciándose las pelotas en el espejo, y yo estaba en el guardarropa. Retiré el dinero de mi cartera y lo metí al fondo del zapato. Luego, al fin se separó de sí mismo en el espejo y se reunió conmigo en el sofá, y me hizo el amor, y cuando llegué casi se me salen los ojos de las órbitas. Después, nos vestimos y fuimos al restaurante chino.

»Cuando me vestí, no fue fácil calzarme el zapato con los setenta dólares en la punta. Tenía tarjetas de crédito para pagar la cena. Cuando caminamos en dirección al restaurante me preguntó por qué cojeas, y yo le dije que no cojeaba, pero supongo que sabía dónde estaba el dinero. Aceptaban la tarjeta de Carta Blanca en el restaurante, y así ahora ya no era un hombre solo en un restaurante chino, era un homosexual viejo con un homosexual joven en un restaurante chino. Toda mi vida miré con desprecio a parejas de esa clase, pero en otras ocasiones me sentí peor que entonces. Cenamos muy bien, excelente, y luego pagué la cuenta con mi Carta Blanca, y él preguntó si no tenía efectivo, y le dije que no, que se lo había dado todo, acaso no lo sabía, y se echó a reír, y volvimos a mi cuarto, aunque ahora puse mucho cuidado para no cojear, y me pregunté qué haría con los setenta dólares, porque no pensaba pagarle tanto. Bueno, escondí el zapato en un rincón oscuro, y nos acostamos, y de nuevo me hizo el amor, y después hablamos, y yo le pregunté qué hacía, y él me explicó.

»Dijo que se llamaba Giuseppe o Joe, pero lo había cambiado por Miguel. Su padre era italiano. Su madre era blanca. El padre tenía un tambo en Maine. Iba a la escuela, pero trabajaba con el padre las horas libres, y cuando tenía más o menos nueve años el capataz del tambo empezó a tocarlo. A él le gustaba, y se convirtió en una cosa diaria, hasta que el hombre le preguntó si estaba dispuesto a dejarse montar. Entonces tenía once o doce años. Necesitaron cuatro o cinco pruebas antes de lograrlo, pero después pareció maravilloso, y siempre lo hicieron así. Pero era muy desagradable ir a la escuela y trabajar en la granja, y tener tratos únicamente con el jefe del tambo, de modo que empezó a buscar, primero en el pueblo más próximo y luego en la ciudad más próxima, y luego en todo el país y el mundo. Dijo que era eso, un buscón, y que yo no debía compadecerlo, ni preguntarme qué llegaría a ser de él.

»Mientras hablaba, yo lo escuchaba muy atentamente, esperando que su voz sonara afeminada, pero nunca fue así, por lo menos no me pareció. Yo tengo ese prejuicio muy fuerte contra los maricones. Siempre pensé que eran tontos y retardados, pero él hablaba como todos. De veras me interesé mucho en lo que me

decía, porque me pareció una persona muy cordial y afectuosa, e incluso muy pura. Acostado conmigo en la cama, esa noche, casi me pareció la persona más pura que yo jamás había conocido, porque no tenía ninguna conciencia, creo que me refiero al hecho de que no tenía una conciencia prefabricada. Hacía todo eso del mismo modo que un nadador se mueve en el agua pura. Después, dijo que tenía sueño y estaba cansado, y yo dije que también tenía sueño y estaba cansado, y él explicó que lamentaba haberme robado el dinero, pero tenía la esperanza de haberlo compensado, y yo dije que sí, que así era, y después dijo que sabía que yo tenía dinero en el zapato, pero no pensaba robarlo, y no debía preocuparme, y así nos dormimos. Fue un lindo sueño, y cuando despertamos por la mañana preparé café y bromeamos y nos afeitamos y nos vestimos y en mi zapato estaba todo el dinero, y dije que era tarde, y él dijo que también para él era tarde, y yo pregunté tarde para qué, y él contestó que tenía un cliente esperando en el cuarto 273, y después preguntó si me importaba, y yo dije que no, que suponía que no me importaba, y luego dijo si podíamos encontrarnos a eso de las cinco y media, y yo contesté claro que sí.

»Después, él fue a lo suyo y yo fui a lo mío, y ese día hice cinco ventas, y pensé que él no sólo era puro, sino también afortunado, y me sentí muy feliz cuando volví al motel, y me di una ducha y bebí un par de copas. No lo vi a las cinco y media, ni a las seis y media o las siete, y pensé que había encontrado un cliente que no guardaba el dinero en el zapato, y lo extrañé, pero entonces, poco después de la siete llamó el teléfono, y corrí a atenderlo, pensando que era Miguel, pero era la policía. Me preguntaron si lo conocía y dije que claro que lo conocía, porque así era. Después, preguntaron si podía acercarme al tribunal del condado, y pregunté para qué, y contestaron que me lo dirían cuando llegase allí, de modo que dije que ya iba. Pregunté al hombre del vestíbulo como podía llegar al tribunal del condado, y me lo explicó, y fui en mi auto hasta allí. Pensé que quizá lo habían detenido acusándolo de vagancia, y que necesitaba una fianza, y yo estaba dispuesto, dispuesto y deseoso de pagar la fianza. Así que cuando hablé con el teniente que me había telefoneado se mostró bastante amable, pero también triste, y me preguntó cuánto conocía a Miguel, y dije que lo había conocido en el restaurante chino, y que juntos habíamos bebido algunas copas. Aseguró que no me acusaban de nada, pero necesitaba saber si lo conocía bastante bien para identificarlo, y dije que sí, pensando que podía aparecer en una rueda de presos, aunque ya había empezado a sentir que era algo más serio y grave, como en efecto era. Con el teniente bajé unas escaleras, y por el olor adiviné adónde íbamos, y ahí estaban todos esos cajones como en un enorme archivo, y sacó uno, y ahí estaba Miguel, por supuesto muy muerto. El teniente dijo que lo habían bajado con un cuchillo en la espalda, veintidós veces, y ese policía, el teniente, dijo que se movía mucho con las drogas, era muy activo, y supongo que alguien lo odiaba realmente. Habían seguido apuñalándolo mucho después que ya estaba muerto. En fin, el teniente y yo nos estrechamos las manos y creo que me dirigió una mirada escudriñadora para ver si yo era adicto u homosexual, y después me ofreció una

ancha sonrisa de alivio, lo cual significaba que no creía que yo fuese ninguna de las dos cosas, a pesar de que yo podía haber fingido. Volví al motel, y tomé otras diecisiete copas, más o menos, y lloré hasta dormirme».

No esa noche, sino cierto tiempo después, el Cornudo habló del Valle a Farragut. El Valle era una larga habitación a la salida del túnel, a la izquierda del comedor. A lo largo de una pared corría la canaleta de hierro forjado de un mingitorio. La luz que iluminaba el lugar era muy débil. La pared encima del mingitorio estaba revestida de baldosas blancas que reflejaban muy mal la luz. Uno podía calcular la altura y la complexión de los hombres que estaban a izquierda y a derecha de uno mismo, y eso era casi todo. El Valle era el lugar adonde uno iba después de la comida para masturbarse. Casi nadie, solamente los aguafiestas entraban allí sólo para orinar. Había reglas básicas. Uno podía tocar las caderas y los hombros de otro preso, pero nada más. El recinto albergaba a unos veinte hombres, y allí había veinte hombres, blandos, duros, o mitad y mitad en cada dirección, masturbándose. Si uno acababa y quería empezar de nuevo, pasaba al final de la línea. Se oían las bromas habituales. ¿Cuántas veces, Charlie? Casi cinco, pero me están doliendo los pies.

Teniendo en cuenta el hecho de que el pene es el eslabón más esencial en la cadena de la supervivencia, la variedad de formas, colores, tamaños, características, disposiciones y respuestas halladas en ese instrumento rudimentario es mucho mayor que la que se manifiesta en cualquier otro órgano del cuerpo. Los había negros, blancos, rojos, amarillos, lavanda, castaños, verrugosos, arrugados, bien formados y sedosos y, lo mismo que cualquier multitud de hombres en una calle a la hora del cierre, parecían representar la juventud, la edad, la victoria, el desastre, la risa y las lágrimas. Estaban los eyaculadores frenéticos y compulsivos, los veteranos que se acariciaban media hora, los que gemían y los que suspiraban, y la mayoría de los hombres, cuando apretaban el disparador y comenzaba el tiroteo, se estremecía, brincaba, contenía la respiración y producía gemidos, sonidos de dolor, alegría, y a veces cascabeleos de muerte. Había algo justo y propio en que se opacaran las imágenes de los amantes alrededor. Eran universales, fantasmas, y no podían verse las llagas de la piel o los signos de crueldad, fealdad, estupidez o belleza. Después que Jody se fue, Farragut acudió allí regularmente.

Cuando Farragut se arqueaba o se volcaba sobre la canaleta, no experimentaba una auténtica tristeza, más bien un leve desencanto porque arrojaba su energía al hierro. Cuando se alejaba de la canaleta, sentía que había perdido el tren, el avión, el barco. Lo había perdido. Experimentaba un acentuado alivio o una mejora de carácter físico: la descarga aclaraba su cerebro. La vergüenza y el remordimiento nada tenían que ver con lo que sentía, mientras se alejaba de la canaleta. Lo que sentía, lo que veía, era la pobreza absoluta de la razonabilidad erótica. Así erraba el blanco, y el blanco era lo misterioso del espíritu y la carne unidos. Lo sabía bien. La aptitud y la belleza tenían un marco. La aptitud y la belleza tenían una dimensión, un límite, del

mismo modo que incluso los océanos tenían límite, y él lo había infringido. No era imperdonable —una infracción venal—, pero se lo reprochaba la majestad del dominio. Era majestuoso; incluso en la cárcel sabía que el mundo era majestuoso. Se había quitado una piedrita del zapato en mitad de la misa. Recordó el pánico que había experimentado de niño la vez que encontró los pantalones, las manos, y los faldones de la camisa de semen cristalizado. Había aprendido en el *Manual del Niño Explorador* que su pene llegaría a ser tan largo y delgado como un cordón de zapato, y que el jugo que brotaba de su hendidura era la crema de su energía cerebral. Esa miserable humedad demostraba que fracasaría en sus exámenes finales, y tendría que asistir a una ruinosa universidad de algún lugar del Medio Oeste...

Después, Marcia regresó con su belleza ilimitada, oliendo todo lo que podía ser sugestivo. No lo besó, y él no intentó cubrir la mano de Marcia con la suya.

—Hola, Zeke —dijo ella—. Te traje una carta de Peter.

—¿Cómo está?

—Parece estar muy bien. Se lo pasa entre el colegio y el campamento, y no lo veo. Sus consejeros me dicen que es un muchacho cordial e inteligente.

—¿Puede venir a verme?

—Creo que no. Por lo menos en este momento. Todos los psiquiatras, y consejero con quienes conversé, y te aseguro que en esto he sido muy concienzuda, creen que como es hijo único, la experiencia de visitar a su padre en la cárcel sería muy negativa. Sé que no te gustan los psicólogos, y me inclino a concordar contigo, pero no tenemos más remedio que aceptar el consejo de hombres muy recomendados, que tienen gran experiencia; y ésa es su opinión.

—¿Puedo ver su carta?

—Puedes, si la encuentro. Hoy no pude encontrar nada. No creo en los duendes, pero hay días en que consigo hallar las cosas y otros que no puedo. Hoy es uno de los peores. Esta mañana no pude encontrar la tapa de la cafetera. Tampoco las naranjas. Después, no pude encontrar las llaves del auto, y cuando las encontré y fui a buscar a la mujer de la limpieza no pude recordar dónde vivía. No pude encontrar el vestido que quería. Ni mis aros. Ni mis medias, ni los anteojos para buscar las medias. —Estaba dispuesto a matarla si no encontraba el sobre donde su nombre estaba escrito torpemente con lápiz. Lo deposito sobre el mostrador. —No le pedí que escribiese la carta —dijo—, y no tengo idea de lo que dice. Supongo que debí mostrarla a los consejeros, pero sabía que tú preferirías que no lo hiciese.

—Gracias —dijo Farragut. Metió la carta bajo la camisa, cerca de la piel.

—¿No la abres?

—Prefiero guardarla.

—Bien, tienes suerte. Por lo que sé, es la primera carta que ha escrito en su vida. Bueno, Zeke, dime cómo estás. No puedo decir que tienes excelente aspecto, pero pareces bien. Yo diría que estás como siempre. ¿Todavía sueñas con tu rubia? Sí,

claro; lo adivino fácilmente. Zeke, ¿no comprendes que nunca existió y nunca existirá? Oh, por el gesto que haces con la cabeza veo que todavía sueñas con esa rubia que nunca tuvo menstruación, ni se afeitó las piernas, ni se opuso a nada de lo que tú decías o hacías. ¿Supongo que aquí tienes amiguitos?

—Tuve uno —dijo Farragut—, pero nunca me la dio por el trasero. Cuando muera puedes poner sobre mi lápida: «Aquí yace Ezekiel Farragut, a quien nunca se la dieron por el trasero».

Pareció que eso la conmovía, y se hubiera dicho que de pronto experimentaba cierta admiración por él, y su sonrisa y su presencia parecieron formas acomodaticias y blandas.

—Has encanecido, querido —dijo ella—. ¿Lo sabías? No hace un año que estás aquí, y tus cabellos ya están completamente blancos. Te sientan muy bien. Bueno, tengo que irme. Dejé tus alimentos en el depósito. —Conservó la carta hasta que se apagaron las luces y la televisión, y al resplandor que venía del patio leyó: «Te quiero».

A medida que se aproximaba el día de la llegada del cardenal, incluso los condenados a perpetua dijeron que nunca habían visto tanta excitación. Farragut estuvo muy atareado preparando modelos de circulares, instrucciones y órdenes. Algunas órdenes parecían absurdas. Por ejemplo: «Es obligatorio que todas las unidades de internos que entren al campo de desfile y salgan del mismo canten Dios Bendiga a Estados Unidos». El sentido común frustró esta imposición. Nadie obedeció la orden, y nadie trató de aplicarla. Todos los días, durante diez días, la población carcelaria fue llevada en formación al campo de las horcas, al parque donde se jugaba a la pelota, y a lo que ahora se había convertido en el terreno para desfiles. Tenían que practicar en posición de firmes, incluso bajo una lluvia torrencial. La excitación se mantenía, y en ella había un considerable elemento de gravedad. Cuando el Pollo número dos hizo una especie de pequeña gaita y canturreó: —Mañana es el día que reparten cardenales con media libra de queso— nadie, absolutamente nadie se rió. El Pollo número dos era un culosucio. El día antes de la llegada todos los hombres se ducharon. El agua caliente se acabó alrededor de las once de la mañana, y el pabellón F entró en las duchas después del almuerzo. Farragut estaba de regreso en su celda, lustrándose los zapatos, cuando regresó Jody.

Oyó los aullidos y los silbidos, y levantó la vista y vio a Jody que se acercaba a su celda. Jody había engrosado. Tenía buen aspecto. Caminó hacia Farragut con un andar agradable y vivaz. Farragut prefería con mucho este andar al meneo sinuoso que Jody usaba cuando estaba caliente y su pelvis parecía sonreír como una calabaza. El meneo sinuoso recordaba a Farragut las enredaderas, y sabía que éstas debían cultivarse, porque de lo contrario podían envolver y destruir las torres, los castillos y las catedrales de piedra. Las enredaderas podían derribar una basílica. Jody entró en la celda y lo besó en la boca. Sólo el Pollo número dos silbó. —Adiós, querido —dijo. —Adiós —dijo Farragut. Sus sentimientos eran un caos y podía haber llorado,

ante la muerte de un gato, un cordón de zapatos roto, un tiro mal dirigido. Podía besar a Jody apasionadamente, pero no con ternura. Jody se volvió y comenzó a alejarse. Con Jody, Farragut no había hecho nada tan excitante como despedirse. Entre las playas y las tumbas y otras cosas que habían desenterrado buscando el sentido de su amistad, había omitido por completo la emoción conspirativa de presenciar la fuga de su amado.

Chiquito cerró las celdas a las ocho y dijo las bromas habituales acerca del sueño para conservar la belleza y el castigo de la carne. Por supuesto, afirmó que deseaba que sus hombres estuviesen en su mejor forma para beneficio del cardenal. Apagó la luz a las nueve. La única luz era la televisión. Farragut se acostó a dormir. El rugido del inodoro lo despertó, y entonces oyó el trueno. Al principio, el ruido lo complació y excitó. Las explosiones dispersas del trueno parecían explicar que el cielo no era un infinito, sino una construcción sólida de cúpulas, rotondas y arcos. Después, recordó que el volante había dicho que en caso de lluvia se suspendería la ceremonia. La idea de una tormenta como comienzo de un día lluvioso lo perturbó profundamente. Se acercó desnudo a la ventana. Este hombre desnudo estaba preocupado. Si llovía no habría fuga, ni cardenal, ni nada. Así, pues, compadezcámosle; tratemos de comprender sus temores. Estaba solo. Su amor, su mundo, su todo se había ido. Deseaba ver a un cardenal en un helicóptero. Pensó esperanzado que las tormentas podían provocar cualquier cosa. Podían traer un frente frío, un frente cálido, un día en que la claridad de la luz parecería prolongarse de hora en hora. Después, comenzó la lluvia. Se derramó sobre la prisión y esa región del mundo. Pero duró sólo diez minutos. Después, la lluvia, la tormenta, se desplazó compasivamente hacia el Norte, y con la misma rapidez e idéntica brevedad ese olor espeso y vigoroso desencadenado por la lluvia se elevó hasta el lugar en que Farragut estaba de pie, frente a su ventana cerrada por barrotes, y aun lo sobrepasó. Con su nariz larga, muy larga, él había reaccionado a esta fragancia mordiente dondequiera había estado gritando, alzando los brazos, sirviéndose una copa. Ahora había un residuo, un recuerdo de esta excitación primitiva, pero cruelmente eclipsada por los barrotes. Volvió a la cama y se durmió, escuchando la lluvia que goteaba de las torres artilladas.

Farragut obtuvo lo que había pedido: un día de belleza incomparable. Si hubiera sido un hombre libre, habría reclamado la posibilidad de caminar bajo la luz. Era feriado; era el día del gran encuentro de Rugby; era el circo; era el Cuatro de Julio; era la regata; y amaneció como debía hacerlo, claro y fresco y bello. Al desayuno recibieron dos pedazos de tocino, gracias a la prodigalidad de la diócesis. Farragut bajó por el túnel para formar en la fila de la metadona, e incluso esta cola de rata de la humanidad parecía tener excelente ánimo. A las ocho estaban de pie al lado de la puerta de la celda, afeitados, con las camisas blancas, y algunos de ellos con ungüento en el cabello, como podía adivinarse por la contradicción de perfumes que flotaban hacia los dos extremos del bloque. Chiquito los inspeccionó y después, como

ocurre siempre los feriados o los días de ceremonia, no hubo nada que hacer.

Había un dibujo animado en la televisión. Se oían silbatos en otros pabellones, y los guardas que tenían antecedentes militares trataban de obligar a sus hombres a organizarse en formación cerrada. Era poco después de las ocho, y hasta el mediodía no se esperaba al cardenal; pero los hombres ya estaban marchando hacia el campo de horcas. Los muros atenuaban la fuerza del sol de la primavera avanzada, pero hacia mediodía caería a pico sobre el campo. El Pollo y el Cornudo tiraban los dados. Farragut pasaba cómodamente el tiempo, en lo mejor de su dosis de metadona. El tiempo era pan fresco, el tiempo era un elemento simpático, el tiempo era agua en la cual uno nadaba, el tiempo atravesaba el bloque con la gracilidad de la luz. Farragut trató de leer. Se sentó sobre el borde de su camastro. Era un hombre de cuarenta y ocho años, sentado sobre el borde de su camastro en una prisión en la cual se lo había confinado injustamente por el asesinato de su hermano. Era un hombre de camisa blanca, sentado sobre el borde de un camastro. Chiquito tocó su silbato, y todos adoptaron posición de firmes frente a sus celdas. Hicieron lo mismo cuatro veces. A las diez y media formaron filas de dos en fondo y descendieron por el túnel, e hicieron alto en un área marcada «F» con cal.

La luz había comenzado a derramarse sobre el campo. Oh, era un gran día. Farragut pensó en Jody y se dijo que si no tenía éxito lo encerrarían en su celda, o en el pozo, o quizá le darían siete años más por intento de fuga. Por lo que sabía, él y el tipo del capellán eran los únicos que estaban en el asunto. Entonces, Chiquito reclamó la atención de todos. —Ahora, necesito que cooperen —dijo Chiquito—. Para nadie es fácil juntar aquí dos mil cabezas de mierda. Hoy los guardias de las torres fueron reemplazados por tiradores especiales, y como ustedes saben tienen derecho a disparar sobre cualquier preso que despierte sospechas. Llamamos a estos tiradores para que no haya balas perdidas. El líder de los Panteras Negras ha aceptado no hacer el saludo. Cuando venga el cardenal ustedes se ponen de pie, en descanso de desfile. Si alguno no estuvo en el servicio militar, pregunte a un amigo cómo es el descanso de desfile. Es así. Fueron elegidos veinticinco hombres para tomar la Sagrada Eucaristía. El cardenal tiene mucho que hacer, y estará aquí sólo veinte minutos. Primero oímos hablar al director, y luego al comisionado, que viene de Albany. Después, entrega los diplomas, celebra la misa, bendice al resto de los culosucios y se va. Creo que pueden sentarse si quieren. Pueden sentarse, pero cuando oigan la orden de atención quiero que todos se pongan de pie bien derechos, limpios y ordenados, la cabeza levantada. Quiero estar orgulloso de ustedes. Si tienen que mear, meen, pero no donde otro se va a sentar. —Vivas a Chiquito, y después la mayoría meó. Farragut llegó a la conclusión de que hay algo universal en una vejiga llena. Por el momento, se entendían perfectamente. Después, se sentaron.

Alguien estaba probando el sistema de altavoces: —Probando, uno, dos, tres. Probando, uno, dos, tres. —La voz era estridente y agria. Pasó el tiempo. El representante de Dios fue puntual. A las doce menos cuarto se impartió la orden de

atención. Todos se portaron muy bien. Se oyó el sonido de un helicóptero, que rebotaba en las paredes rocosas de las colinas, grave a baja altura, débil, muy débil en el profundo valle del río; suave y fuerte, colinas y valles, el ruido evocaba el perfil del suelo más allá de los muros. Cuando apareció, el helicóptero no tenía más gracia que un lavarropas aéreo, pero eso poco importaba. Se acercó suavemente al punto de destino y en la puerta aparecieron tres acólitos, un monseñor de negro, y el propio cardenal, un hombre agraciado por Dios con dignidad y belleza notables, o elegido por la diócesis a causa de estas cualidades. Alzó la mano, su anillo centelleó con fuerza espiritual y política. —Les vi mejores anillos a los vendedores de droga — murmuró el Pollo número dos—. Ningún reductor daría ni treinta dólares. La última vez que robé una joyería vendí todo por... —Las miradas lo acallaron. Todos se volvieron y lo obligaron a cerrar la boca.

El carmesí de las vestiduras del cardenal suscitaba una impresión de vivacidad y pureza, y su apostura era admirable y habría servido para calmar un disturbio. Descendió del helicóptero, alzando su vestidura, no como una mujer que baja de un taxi, sino como un cardenal que ha sido transportado por el aire. Hizo un signo de la cruz tan alto y ancho como se lo permitía el alcance de sus brazos, y la profunda sugestión del culto se cernió sobre el lugar. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. A Farragut le habría gustado orar por la felicidad de su hijo, su esposa, la seguridad de su amante, el alma de su hermano muerto, le habría gustado orar por cierto enriquecimiento de su propia sabiduría, pero la única palabra que pudo extraer de estas intenciones masivas fue su Amén. Amén, dijeron otros mil, y la palabra, que brotó de tantas gargantas, se elevó del campo de las horcas como un murmullo solemne.

Después, el sistema de altavoces comenzó a funcionar tan bien que la confusión que siguió llegó a oídos de todos. —Ahora le corresponde a usted —dijo el comisionado al director. —No, a usted —dijo el director al comisionado. —Aquí dice que a usted. —Ya le dije que usted primero —observó irritado el comisionado al director, y éste se adelantó, dobló la rodilla, besó el anillo del cardenal, y ahora de pie, dijo: —Vuestra Eminencia arriesga su vida y su integridad física para venir a visitarnos en el Centro de Rehabilitación Falconer, y yo, los subdirectores, los guardias y todos los encarcelados lo apreciamos mucho. Esto me recuerda que cuando yo era pequeño y tenía sueño, mi padre me llevaba del automóvil a nuestra casa después de un largo viaje. Yo representaba una carga, pero sabía que él se mostraba muy bueno conmigo, y es así como me siento hoy.

Se oyeron aplausos —exactamente el ruido del agua chocando contra la piedra— pero a diferencia del ruido indescifrable del agua, aquí era evidente la intención agradecida y cortés. Farragut recordaba más vívidamente los aplausos cuando los había oído fuera del teatro, el salón o la iglesia donde resonaban. Los había oído con particular claridad cuando era un espectador que esperaba en una playa de estacionamiento, una noche estival, mientras esperaba el comienzo del espectáculo.

Siempre le había asombrado y conmovido profundamente la comprensión de que tanta gente tan diversa y belicosa pudiese haber concordado en esa señal de entusiasmo y asentimiento. El director pasó el sistema de altavoces al comisionado. El comisionado tenía cabellos grises, vestía un traje gris y llevaba puesta una corbata gris, y recordó a Farragut el gris y la angularidad de los muebles archivo de una oficina, hacía mucho, mucho tiempo. —Su Eminencia —dijo, y leía su discurso escrito en un papel, y sin duda lo leía por primera vez. —Damas y caballeros. —Frunció el ceño, y alzó la cara y las cejas espesas ante este error del redactor del discurso. —¡Caballeros! —exclamó—. Deseo expresar mi gratitud y la gratitud del gobernador al cardenal, quien por primera vez en la historia de esta diócesis y quizás en toda la historia de la humanidad ha visitado un centro de rehabilitación trasladándose en un helicóptero. El gobernador lamenta sinceramente su imposibilidad de expresar en persona su sentimiento de gratitud, pero como todos quizá sepan está recorriendo las áreas inundadas de la región Noroeste del Estado. En estos tiempos —se animó intensamente— oímos hablar mucho de la reforma carcelaria. Se escriben libros de gran venta acerca de la reforma carcelaria. Ciertos profesionales llamados penalistas viajan de costa a costa, y comentan el tema. Pero, ¿dónde empieza la reforma carcelaria? ¿En las librerías? ¿En las salas de lectura? No. La reforma carcelaria, como todos los intentos y deseos de reforma, comienza en casa, ¿y dónde está nuestra casa? ¡Nuestra casa es la cárcel! Hoy hemos venido aquí a conmemorar un paso audaz posibilitado por la Universidad Fiduciaria de la Banca, la arquidiócesis, el Departamento Correccional, y sobre todo los propios detenidos. Unidos, estos cuatro sectores han logrado lo que podríamos comparar, por supuesto, sólo comparar, con un milagro. Estos ocho hombres humildes han salvado honrosamente una prueba muy difícil, en la cual fracasaron muchos conocidos capitanes de industria. Ahora bien, sé que, sin desearlo, todos ustedes sacrificaron su derecho de voto cuando vinieron aquí, un sacrificio que el gobernador se propone obviar, y estoy seguro de que, si en el futuro, uno de ustedes ve su nombre incluido en una nómina electoral, recordará el día de hoy. —Movié el puño de la camisa para controlar la hora. —Mientras distribuyo estos codiciados diplomas, les ruego se abstengan de aplaudir antes del fin de la presentación. Frank Masullo, Hermán Meany, Mike Thomas, Henry Phillips... —Una vez entregado el último de los diplomas, bajó la voz, en un cambio realmente conmovedor de lo secular a lo espiritual, y dijo: —Ahora, su Eminencia celebrará misa. —Exactamente en ese momento Jody salió del cuarto de calderas que estaba detrás del altar, hizo una profunda genuflexión a la espalda del cardenal y ocupó su lugar a la derecha del altar, la cabal figura de un acólito retrasado que acaba de mear.

Adiutorium nostrum in Nomine Domini. La exaltación de la plegaria transportó a Farragut como la exaltación del amor. *Misereatur tui omnipotens Deus et dismissis peccatis tuis. Misereatur vestri omnipotens Deus et dismissis peccatis vestris perducatur vos ad vitam aeternam. Indulgentiam, absolutionem, et remissionem peccatorum*

nostrorum tribuat nobis omnipotens et misericors Dominus. Deus tu conversus vivificabis nos. Ostende nobis, Domine misericordiam tuam. Sobre esto repiqueteó el *Benedicat* y el último *Amén*. Después, el cardenal dibujó otra amplia cruz y retornó al helicóptero, acompañado por su séquito, que incluía a Jody.

Las paletas levantaron una nube de polvo y la máquina se elevó. Alguien puso un disco de campanas catedralicias en el sistema de altavoces, y aquéllas se unieron al glorioso clamor. ¡Oh, gloria, gloria, gloria! La exaltación de las campanas se impuso al raspado de la aguja y a cierta leve deformación del disco. El sonido del helicóptero y las campanas colmó los cielos y la tierra. Todos vivaron y vivaron y vivaron y algunos lloraron. Se interrumpió el sonido de las campanas, pero el helicóptero continuó practicando su examen geodésico del terreno circundante: el mundo esplendente, perdido y bienamado.

El helicóptero del cardenal aterrizó en La Guardia, donde esperaban dos grandes automóviles. Jody había visto automóviles así en las películas, pero solamente en ellas. Su Eminencia y el monseñor ocuparon un vehículo. Los acólitos se amontonaron en el segundo. Jody estaba violentamente excitado. Temblaba. Trató de limitar su pensamiento a dos puntos. Se emborracharía. Se haría montar. Se aferró con cierto éxito a esas dos ideas, pero tenía las palmas de las manos transpiradas, el sudor le corría por las costillas y le bajaba por la frente y se le metía por los ojos. Mantuvo unidas las manos para disimular el temblor. Temía que cuando el automóvil llegase al punto de destino no pudiera caminar como un hombre libre. Había olvidado cómo se hacía. Imaginó que el pavimento se elevaba en el aire y lo golpeaba entre los ojos. Después, se convenció de que estaba representando un papel en un milagro, de que había cierta armonía entre su fuga y la voluntad de Dios. Tocar de oído. —¿Adónde vamos? —preguntó a uno de sus acompañantes—. Creo que a la Catedral —dijo el otro—. Allí dejamos estas ropas. ¿De dónde vino usted? —De San Anselmo —dijo Jody—. Quiero decir, ¿cómo llegó a la cárcel? —Salí temprano —dijo Jody—. Viajé en tren.

Por las ventanillas del automóvil la ciudad parecía mucho más anárquica y extraña que bella. Imaginó cuánto tiempo le llevaría —visualizaba el tiempo como un tramo de camino, algo que podía medirse con instrumentos de agrimensor— antes de que pudiese moverse despreocupadamente. Cuando el automóvil se detuvo abrió la puerta. El cardenal subía los escalones de la Catedral, y dos de las personas que estaban en la vereda se arrodillaron. Jody salió del coche. No tenía fuerzas en las piernas. La libertad lo golpeó como un vendaval. Cayó de rodillas y atenuó el golpe con las manos. —Caray, hombre, ¿está borracho? —preguntó el acólito más próximo—. Vino concentrado —dijo Jody—. Ese vino estaba concentrado. —Después recuperó la fuerza, toda su fuerza; y se incorporó y siguió al resto hacia el interior de la catedral, hasta un vestuario muy semejante a cualquier otro. Se quitó la ropa, y mientras los restantes hombres se ponían corbatas y chaquetas, él trató de dar

respetabilidad a su camisa blanca, su uniforme y sus zapatillas de básquetbol. Movía los brazos y los hombros. Se vio en un gran espejo, y comprendió que su aspecto era definitivamente el de un convicto fugado. En él no había nada —el corte del cabello, la palidez, el bailoteo de su paso— que un borracho medio ciego no pudiera identificar como propio de un habitante de la cárcel. —Su Eminencia desearía hablarle —dijo el monseñor—. Por favor, sígame.

Se abrió la puerta y entraron en una habitación bastante parecida a la sala del cura que él había conocido en su pueblo. El cardenal estaba de pie, ahora vestido con un traje oscuro, y le extendió la mano derecha. Jody se arrodilló y besó el anillo. —¿De dónde viene? —preguntó el cardenal—. De San Anselmo, Su Eminencia —dijo Jody—. No existe San Anselmo en la diócesis —dijo el cardenal—, pero sé de dónde viene. Ignoro por qué se lo pregunto. El tiempo debe representar un papel importante en sus planes. Supongo que tiene unos quince minutos. Es emocionante, ¿verdad? Salgamos de aquí. —Salieron del cuarto y de la Catedral. En la vereda una mujer se arrodilló y el cardenal le ofreció el anillo para que lo besara. Jody descubrió que era una actriz a la cual había visto en televisión. Antes de que llegaran a la esquina otra mujer se arrodilló y besó el anillo. Cruzaron la calle, y una tercera mujer se arrodilló y besó el anillo. Aquí, el cardenal esbozó con gesto fatigado el signo de la cruz; y después entraron en una tienda. La visita fue advertida en pocos segundos. Una persona con mando se les acercó y preguntó si el cardenal deseaba un cuarto privado. —No sé —dijo él—. Lo dejo a su criterio. Este joven y yo tenemos una cita importante dentro de quince minutos. No está vestido como corresponde. —Podemos arreglar eso —dijo la autoridad. Jody fue medido con un centímetro. —Tiene el cuerpo perfecto de un maniquí —dijo el hombre—. El comentario embriagó a Jody, pero comprendió muy bien que la vanidad estaba fuera de lugar en el milagro. Veinte minutos después caminaba por la avenida Madison. Tenía un andar saltarín, el andar de un hombre que sale decidido a su primer asunto, lo cual en ciertas circunstancias puede parecer un milagro.

Era un día de agosto; un día de perros. En Roma y en París seguramente sólo había turistas, y era probable que aun el Papa hubiese ido a descansar en Gandolfo. Después de formar en la fila de la metadona, Farragut salió a trabajar en el gran prado que se extendía entre el edificio dedicado a tareas educacionales y el bloque A. Del garaje retiró la cortadora y el tanque de combustible, y bromeó con el Perro Rabioso Asesino. Con un tirón a la cuerda arrancó el motor, y ese acto le trajo recuerdos de motores fuera de borda en los lagos de las montañas, hacía mucho tiempo. Fue el verano en que había aprendido a practicar esquí acuático, no a popa de una lancha con motor fuera de borda, sino a popa de una lancha de carrera llamada Gar-Wood. Había orinado encima de la alta estela de estribor —*bang*— sobre una superficie rizada y corrugada de agua, y luego en la cortina vertical de un chubasco. —Tengo mis recuerdos —dijo a la cortadora de césped—. No puedes arrebatarnos los recuerdos. Cierta noche, él y un hombre llamado Tony y dos chicas y una botella de whisky corrieron 14 kilómetros atravesando el lago a toda velocidad —hubiera sido imposible oír siquiera el trueno— hasta el muelle de las lanchas de excursión, donde había una gran esfera de reloj bajo un cartel que decía: LA PRÓXIMA EXCURSIÓN A LOS ESTRECHOS SE REALIZARA... Habían ido con la intención de robar la gran esfera de reloj. Quedaría muy bien en el dormitorio de alguien, junto al cartel que decía CEDA EL PASO y el otro que anunciaba: PASO DE SIERVOS. Tony manejaba el timón, y Farragut era el jefe designado. Saltó sobre la borda y comenzó a arrancar la esfera del reloj, pero estaba bien clavada al muelle. Tony entregó a Farragut una tenaza que extrajo de la caja de herramientas, y con ella Farragut rompió los soportes, pero el ruido despertó a un viejo cuidador, que lo persiguió cojeando mientras Farragut llevaba la esfera de reloj al Gar-Wood. —Oh, deténgase —gritaba el viejo con su voz de viejo—. Alto, alto, alto. ¿Por qué tiene que hacer eso? ¿Por qué tiene que destruirlo todo? ¿Qué necesidad tiene de dificultar las cosas a los viejos como yo? ¿De qué sirve, de qué sirve a nadie? ¿Lo único que consigue es molestar a la gente, enojarla, provocar gastos? Alto, alto, alto. Vuelva aquí, y no diré nada. Alto, alto... —Cuando huyeron, el ruido del motor apagó la voz del viejo, pero Farragut habría de oírla, más resonante que el whisky y la muchacha, el resto de esa noche, y suponía que el resto de su vida. Había explicado la escena a los tres psiquiatras a quienes había acudido. —Vea, doctor Gaspoden, cuando oí que el viejo gritaba «Alto, alto», por primera vez entendí a mi padre. Mientras oía al viejo gritar «Alto, alto», estaba oyendo a mi padre, sabía cómo se sentía mi padre cuando usé su levita y fui a dirigir el cotillón. La voz de ese desconocido, de ese viejo en una noche de verano me permitió comprender a mi padre por primera vez en mi vida. —Repitió todo esto a la cortadora de césped.

El día era asqueroso. El aire estaba tan denso que él calculó la visibilidad en unos ciento cincuenta metros. ¿Podía aprovecharse para organizar una fuga? No lo creía. La idea de la fuga le recordó a Jody, fue un recuerdo que tenía resonancias muy alegres desde que él y Jody se habían despedido con un beso apasionado. La dirección del penal y quizá la arquidiócesis habían tratado con diplomacia la partida

de Jody, y él ni siquiera era una figura de la mitología carcelaria. Di Matteo, el ayudante del capellán, había revelado los hechos a Farragut. Se habían encontrado en el túnel, una noche oscura, cuando Farragut salía del Valle. Fue unas seis semanas después de la fuga de Jody. Di Matteo le mostró la fotografía de Jody publicada en un periódico; se la habían enviado por correo. Era Jody el día de su boda, Jody, más apuesto que nunca, con aire triunfal. Su esplendor desconcertante irradiaba del texto impreso de un periódico de pueblo. La novia era una joven oriental, bonita y formal, y el epígrafe decía que H. Keith Morgan había desposado ese día a Sally Chou Lai, la hija menor de Ling Chou Lai, presidente de la Fábrica de Alambre donde el novio estaba empleado. Nada más se decía, y Farragut tampoco deseaba nada más. Emitió una risa sonora, pero Di Matteo no lo imitó; dijo irritado: —Prometió esperarme. Me quería... oh, Dios mío, cómo me quería. Me regaló su cruz de oro. —Di Matteo alzó la cruz hundida entre los rizos de su pecho y la mostró a Farragut. Farragut tenía un conocimiento íntimo de la cruz —quizás aún exhibía las marcas de sus dientes— y los recuerdos de su amante eran vividos, pero de ningún modo tristes. —Sin duda se casó con ella por el dinero —dijo Di Matteo—. Debe ser rica. Él prometió esperarme.

Farragut cortaba el césped de acuerdo con un plan. Más o menos en mitad de la circunferencia del prado invertía la dirección de modo que el pasto, al caer, no formara montones secos y descoloridos. Había oído decir o leído en alguna parte que el pasto cortado fertilizaba el pasto vivo, si bien había observado que el pasto muerto era extrañamente inerte. Caminaba descalzo porque se afirmaba mejor con las plantas de los pies desnudos que con los botines suministrados por la cárcel. Había anudado los cordones de los botines y se los había colgado del cuello, para que no los robaran y los convirtieran en correas de reloj pulsera. La ajustada geometría de esa actividad lo complacía. Para cortar el pasto uno seguía el perfil de la tierra. Estudiar el perfil de la tierra —leerlo, como se hace cuando uno se mueve sobre esquíes— era estudiar y leer el perfil del vecindario, el país, el Estado, el continente, el planeta, y estudiar y leer el perfil del planeta era estudiar y leer la naturaleza de los vientos, como había hecho su viejo padre, navegando en botes de vela y remontando cometas. En todo ello había cierta unidad, cierto contentamiento.

Cuando terminó de cortar el gran prado devolvió la cortadora al garaje. —Hubo un disturbio en el Muro —dijo el Asesino, inclinado sobre un motor y hablando por encima del hombro—. Lo oí por la radio. Tomaron veintiocho rehenes, pero es la época del año. Quema tu colchón y rómpete la cabeza. Es la época del año.

Farragut trotó en dirección a su pabellón. A esa hora había una grata quietud. Chiquito estaba mirando un encuentro por televisión. Farragut se quitó las ropas y se limpió el sudor del cuerpo con un trapo y agua fría. —Y ahora —dijo el locutor de la televisión—, volvamos a los premios. Primero, tenemos el servicio de café Thomas Jefferson, de ocho piezas plateadas. —Se interrumpió esta escena, y mientras Farragut se ponía los pantalones, otro locutor —un joven de rasgos acentuados y cabello amarillento— dijo con solemnidad: —Los presos de la cárcel estatal de

Amana, denominada generalmente el Muro, iniciaron disturbios y retienen como rehenes de veintiocho a treinta guardiacárceles, y amenazan matarlos si no atienden sus reclamos. El superintendente de cárceles John Cooper —disculpen—, el superintendente de rehabilitación Cooper ha aceptado reunirse con los presos en terreno neutral, y está esperando la llegada de Fred D. Emison, jefe del Departamento Estatal Correccional. Mantenga este canal para conocer más detalles. —La imagen volvió a la exhibición de los premios.

Farragut miró a Chiquito. Estaba muy pálido. Farragut recorrió el pabellón. Tenis, Bumpo y la Piedra estaban allí. La Piedra estaba desconectado, y eso significaba que tres de ellos sabían. Ransome y el Pollo número dos entraron, y los dos lo miraron. Sabía. Farragut trató de adivinar lo que podía ocurrir. Supuso que prohibirían cualquier tipo de reunión, pero pensó que al mismo tiempo se evitaría adoptar medidas disciplinarias provocativas. La comida sería la primera reunión, pero cuando sonó el timbre llamando a comer, Chiquito abrió las puertas de las celdas y todos enfilaron por el corredor. —Oíste eso en la televisión —preguntó Chiquito a Farragut. —¿El asunto del servicio de café Thomas Jefferson, ocho piezas plateadas? —preguntó Farragut. Chiquito transpiraba. Farragut había ido demasiado lejos. Era un peso liviano. Había echado a perder la cosa. Chiquito podía haberlo agarrado en ese momento, pero tenía miedo y Farragut pudo bajar a comer. La comida fue normal, pero Farragut miró uno por uno los rostros para determinar si sabían o no. Llegó a la conclusión de que el veinte por ciento sabía. Pensó que el movimiento en el salón comedor no podía medirse, y hubo varias explosiones de alegría histórica. Un hombre comenzó a reír y no pudo contenerse. Una reacción convulsiva. Les distribuyeron porciones muy generosas de cerdo con una salsa de harina y media lata de peras. «TODO LOS PRESOS REGRESARAN A LOS PABELLONES DESPUÉS DE LA COMIDA A ESPERAR NUEVOS ANUNCIOS. TODOS LOS PRESOS REGRESARAN A LOS PABELLONES DE CELDAS DESPUÉS DE LA COMIDA A ESPERAR NUEVOS ANUNCIOS». Por Supuesto. Casi todo lo que ocurriera durante los diez minutos siguientes era importante, y los diez minutos siguientes los tenían a todos, por lo que Farragut sabía, distribuidos en las celdas. Clang.

Todos tenían radio. Cuando estaban en las celdas, el Pollo puso una estrepitosa músicaailable, y se extendió en su camastro, sonriendo. —Acábala, Pollo —gritó Farragut, con la esperanza de que si disminuía el volumen de la radio nadie se daría cuenta. Lo cual era absurdo, porque casi todos sabían bien cuál era el problema. Diez minutos después recibieron el anuncio. «TODOS LOS RECEPTORES DE RADIO SE ENTREGARAN AL ENCARGADO DE PABELLÓN, PARA AJUSTE Y REPARACIÓN GRATIS. TODOS LOS RECEPTORES DE RADIO SE ENTREGARAN AL ENCARGADO DE PABELLÓN PARA AJUSTE Y REPARACIÓN GRATIS». Chiquito recorrió el pabellón y recogió las radios. Se oyeron gemidos e insultos, y el Cornudo arrojó su radio entre los barrotes, y la destrozó en el piso. —¿Te sientes bien hoy, Bumpo? —preguntó Farragut—. ¿Hoy te sientes bien, crees que es un día bueno? —No —dijo Bumpo—. Nunca me gustó el tiempo

húmedo. —De modo que no sabía. Sonó el teléfono. Un mensaje para Farragut. Debía bajar a la oficina y preparar dos *stenciles*. Marshack lo esperaba en la sala de guardia.

El túnel estaba desierto. Farragut nunca lo había visto vacío. Era posible que los hubieran encerrado a todos, pero prestó atención a los sonidos de la rebelión inevitable que seguiría al disturbio en el Muro. Le pareció que oía a lo lejos gritos y alaridos, pero cuando se detuvo y trató de interpretar el sonido llegó a la conclusión de que podía ser el ruido del tránsito del otro lado de los muros. De tanto en tanto se oía una sirena lejana, pero en el mundo civil las sirenas funcionaban a toda hora. Cuando se aproximaba a la sala de guardia oyó una radio. «Los presos han reclamado un mandato contra las represalias físicas y administrativas, y una amnistía general», oyó. La voz de la radio se interrumpió. Lo habían oído o habían calculado el momento de su llegada. Cuatro guardias estaban sentados alrededor de una radio en la sala. Sobre la mesa, dos botellas de whisky. Le dirigieron miradas neutras y al mismo tiempo odiosas. Marshack —tenía ojos pequeños y el cráneo afeitado— le entregó dos hojas de papel. Farragut atravesó la sala en dirección a su oficina y cerró con fuerza la puerta de vidrio con malla de alambre. Apenas cerró la puerta oyó de nuevo la radio. «Se dispone de fuerza suficiente para recapturar en cualquier momento la institución. Se trata de saber si las vidas de veintiocho inocentes constituyen un factor tan importante que justifica la amnistía de casi dos mil delincuentes convictos. Por la mañana...». Farragut levantó la vista y vio la sombra de Marshack sobre el vidrio de la puerta. Abrió ruidosamente un cajón del escritorio, extrajo una hoja *stencil* y la metió en la máquina con el mayor ruido posible. Vio que la sombra de Marshack descendía por el vidrio de modo que el guardia, agazapado, podía ver por el agujero de la cerradura. Farragut sacudió vigorosamente los papeles y leyó los mensajes, escritos con lápiz en una letra infantil. «Todo el personal deberá presentarse siempre con el máximo posible de fuerza. Si no dispone de fuerza, no permitirá reuniones». Ése era el primero. El segundo decía: «Luisa Pierce Spingarn, en memoria de su bienamado hijo Peter, ha arreglado que los presos que así lo deseen se tomen fotografías a todo color al lado de un árbol de Navidad adornado, y que esas fotografías...». Marshack abrió la puerta y permaneció de pie en el umbral, el verdugo, el poder de los finales.

—¿Qué es esto, sargento? —preguntó Farragut—. ¿Qué significa este asunto del árbol de Navidad?

—No sé, no sé —dijo Marshack—. Supongo que es una de esas mierdosas damas de beneficencia. Siempre traen problemas. La eficiencia es lo único que importa, y si uno no tiene eficiencia se va a la mierda.

—Ya lo sé —dijo Farragut—, pero ¿qué es esto del árbol de Navidad?

—No conozco bien el asunto —dijo Marshack—, pero esta puta, esa Spingarn, tenía un hijo, y creo que él murió en la cárcel. No aquí, sino en otro país, India o Japón. Quizá fue en una guerra. No sé. De modo que se ocupa mucho de las cárceles

y habla con un tipo del Departamento Correccional, y le entrega dinero, así que ustedes los culosucios pueden fotografiarse a todo color, al lado de un árbol de Navidad, y después envíen las fotos a sus familiares, si tienen familia, cosa que dudo. ¡Qué manera de desperdiciar el dinero!

—¿Cuándo hizo este arreglo?

—No sé. Hace mucho. Quizá años. Alguien lo recordó esta misma tarde. Para que todos los culosucios estén ocupados. Después, seguro que organizan concursos de bordado con premios en efectivo. Y premios en efectivo para el cretino que cague más grande. Premios en efectivo por todo, para que se distraigan.

Marshack se sentó en el borde del escritorio. ¿Por qué, se preguntó Farragut, se afeitaba el cráneo? ¿Piojos? En la mente de Farragut el cráneo afeitado se asociaba con los prusianos, la crueldad y los verdugos. ¿Por qué un guardiacárcel tendía a eso? Sobre la base de su cráneo afeitado Farragut calculó que si Marshack hubiese estado en las barricadas del Muro, habría bajado un centenar de hombres sin excitarse y sin remordimiento. Los cráneos afeitados, pensó Farragut, siempre nos acompañarán. Es fácil identificarlos, pero imposible cambiarlos o curarlos. Farragut se demoró un poco en las estructuras de clase y las jerarquías oscurantistas. Podían utilizar a las cabezas afeitadas. Marshack era estúpido. La estupidez era su mayor utilidad, su vocación. Era un hombre muy útil. Era indispensable para engrasar la maquinaria y dividir los cables BX, y sería un mercenario valeroso y fiero en una escaramuza fronteriza, si alguien más inteligente impartía la orden de ataque. Había cierta bondad universal en el hombre —podía acercar un fósforo a nuestro cigarrillo, y guardarnos un asiento en el cine—, pero su falta de inteligencia carecía de universalidad. Marshack podía responder a la soberanía del amor, pero no podía asimilar la geometría, y no debía pedírsele tal cosa. Farragut lo definía como un asesino.

—Me voy a las cuatro —dijo Marshack—. Nunca quise tanto salir de un sitio en toda mi vida. Me voy a las cuatro y vuelvo a casa y me bebo una botella entera de whisky, y si tengo ganas me despacho otra, y si puedo olvidar todo lo que vi y sentí aquí las últimas dos horas, me bebo otra. No tengo que volver hasta el lunes a las cuatro, y pienso seguir borracho todo el tiempo. Hace mucho, poco después que inventaron la bomba atómica, la gente se preocupaba porque podía explotar y matar a todo el mundo, pero no sabían que la humanidad tiene en las tripas bastante dinamita para volar este planeta de mierda. Pero yo lo sé.

—¿Por qué tomó este empleo?

—No sé por qué lo hice. Fue mi tío. El hermano mayor de mi padre. Mi padre creía todo lo que él decía. Y dijo que yo debía conseguir un trabajo tranquilo en la cárcel, jubilación con veinte años de trabajo y medio sueldo; así podía empezar una nueva vida a los cuarenta años, con un ingreso seguro. Y hacer lo que quisiera. Abrir una playa de estacionamiento. Cultivar naranjas. Dirigir un motel. Lo único que no sabía era que en un lugar como éste uno está tan nervioso que no puede digerir ni una pastilla. Vomité el almuerzo. Por una vez nos dieron buena comida —pollo con

garbanzos— y vomité todo, ensució el piso. Mi estómago no retiene nada. Veinte minutos más y voy a mi coche, y vuelvo a mi casa en la calle Hudson 327, y bajo de la alacena mi botella de whisky y un vaso de la cocina, y voy a olvidarlo todo. Cuando termine llévelo a mi oficina. Es la que tiene plantas. La puerta está abierta. Toledo recogerá el material.

Cerró la puerta de vidrio. La radio había callado. Farragut escribió: LUISA PIERCE SPINGARN, EN MEMORIA DE SU BIENAMADO HIJO PETER, HA ARREGLADO QUE LOS PRESOS QUE LO DESEEN SE FOTOGRAFÍEN A TODO COLOR AL LADO DE UN ÁRBOL DE NAVIDAD DECORADO, Y QUE ESAS FOTOGRAFÍAS SE DESPACHEN SIN CARGO A LOS SERES AMADOS DEL PRESO. LAS FOTOS COMENZARAN A TOMARSE A LAS 9.00/8/27, POR ORDEN DE PRESENTACIÓN DE LAS SOLICITUDES. SE PERMITEN CAMISAS BLANCAS, TRAIGAN SOLAMENTE PAÑUELO.

Farragut apagó la luz, cerró la puerta y bajó por el túnel en dirección a la puerta abierta de la oficina de Marshack. La habitación tenía tres ventanas, y como había dicho Marshack estaba adornada con plantas. Las ventanas tenían barrotes verticales afuera, pero Marshack había aplicado adentro varillas horizontales, y de éstas colgaban muchas plantas. Había veinte o treinta plantas colgantes. Las plantas colgantes, pensó Farragut, eran las preferidas de los auténticos solitarios, los hombres y las mujeres que, encendidos por la lascivia, la ambición y la nostalgia, regaban sus plantas colgantes. Cultivaban sus plantas colgantes y Farragut suponía que les hablaban, ya que hablaban a todo el resto, las puertas, las mesas, y el viento en la chimenea. Identificó muy pocas plantas. Conocía los helechos; los helechos y los geranios. Recogió una hoja de geranio, la aplastó entre los dedos y olió el aceite. Olía a geranio, el perfume denso y complejo de un interior cerrado y mal ventilado. Había muchas otras clases de plantas con hojas de muy variadas formas, algunas del color del repollo rojo, y otras de color pardo apagado y amarillo, no el llameante espectro otoñal, sino el mismo espectro de la muerte, adherido al carácter de la planta. Lo complació y sorprendió comprobar que el asesino, estrechamente limitado por su estupidez, había tratado de modificar lo sombrío del cuarto en que trabajaba con plantas que vivían y crecían y morían, que dependían de su atención y su bondad, que por lo menos tenían la fragancia del suelo húmedo, y que en su verdor y su vida significaban los valles y los prados de leche y miel. Todas las plantas colgaban de alambre de cobre. Farragut había armado radios cuando era joven. Recordó que unos treinta metros de alambre de cobre eran el comienzo de un receptor de radio.

Farragut desenganchó una planta de una varilla y comenzó a retirar el alambre de cobre. Marshack había pasado el alambre por orificios de las macetas, pero había usado tan generosamente el material que Farragut necesitaría una hora o más para obtener el alambre que necesitaba. Entonces oyó pasos. Permaneció inmóvil frente a la planta caída, un poco intimidado, pero era Toledo. Farragut le entregó las matrices y le dirigió una intensa mirada interrogativa. —Sí, sí —dijo Toledo. Habló, no murmurando, sino con una voz muy lisa. —Tomaron veintiocho rehenes. Es decir, por lo menos mil cuatrocientos kilos de carne, y pueden conseguir que cada gramo de

esa carne cante con toda la voz. —Toledo se marchó.

Farragut regresó a su escritorio, rompió la tecla menos utilizada de la máquina de escribir, la afiló sobre el granito viejo de la pared, pensando en la edad del hielo y su aporte a la dureza de la piedra. Cuando tuvo la tecla bien afilada, regresó a la oficina de Marshack y cortó el cable de dieciocho plantas. Metió el cable bajo la ropa interior, apagó las luces y regresó por el túnel vacío. Caminaba irregularmente a causa del alambre bajo los calzoncillos, y si alguien le hubiese preguntado por su cojera, habría dicho que ese día húmedo de mierda le daba reumatismo.

—734-508-32 presente —dijo a Chiquito.

—¿Qué pasa?

—A partir de mañana a las nueve cualquier culosucio que quiera fotografiarse a todo color al lado de un árbol de Navidad podrá darse el gusto.

—No jodas —dijo Chiquito.

—No jodo —dijo Farragut—. Por la mañana llegará el anuncio.

Farragut, cargado de alambre de cobre, se sentó en su camastro. Lo escondería bajo el colchón apenas Chiquito volviese la espalda. Sacó papel higiénico del rollo, plegó el papel en cuadrados bien divididos y los metió en su ejemplar de Descartes. Cuando había armado radios, en su adolescencia, aplicaba el alambre a una caja de avena arrollada. Suponía que un rollo de papel higiénico podía ser igualmente eficaz. El resorte de la cama serviría como antena, el suelo era el radiador, el diamante de Bumpo el cristal de diodo, y la Piedra tenía sus auriculares. Una vez completado el equipo podría recibir información permanente del Muro. Farragut estaba terriblemente excitado y muy decidido. El sistema de altavoces le hizo pegar un brinco. «EL PABELLÓN F FORMAR FILA EN DIEZ MINUTOS, EL PABELLÓN F FORMAR FILA EN DIEZ MINUTOS».

Para los maniáticos del calendario, se impartía esa orden el primer jueves de cada mes. Para el resto, cuando se la anunciaba. Farragut supuso que la orden, lo mismo que el árbol de Navidad, era una maniobra destinada a calmar la excitación. Se sentirían humillados y desnudos, y el poder de la desnudez obligatoria era incalculable. La fila implicaba que un medicucho y un enfermero del dispensario examinaban los genitales en busca de supuración venérea. El anuncio fue recibido con aullidos y gritos, pero nada grave. Farragut, de espaldas a Chiquito, se quitó los pantalones y los colocó pulcramente bajo el colchón, para mantenerlos planchados. También se desprendió del cobre.

Apareció el médico, de traje y sombrero de fieltro. Se lo veía cansado e intimidado. El enfermero era un tipo muy feo a quien llamaban Verónica. Debía haber sido bonito años antes, porque bajo una media luz muy escasa tenía el aire y los movimientos de un joven, pero con luz más viva parecía un sapo. El ardor que había infectado su rostro y que lo hacía repulsivo parecía perdurar. Los dos se sentaron frente al escritorio de Chiquito, y éste les entregó las planillas y abrió las celdas. Desnudo, Farragut olía su propio cuerpo, y también los cuerpos de Tennis, Bumpo y el

Cornudo. No se bañaban desde el domingo, y el olor era intenso, como los recortes que desecha un carnicero. Bumpo pasó primero. —Apriételo —dijo el médico—. La voz del médico era tensa, y mostraba irritación—. Retire el prepucio y apriételo. Le dije que lo apriete. —El traje del médico era barato y estaba manchado, lo mismo que su corbata y el chaleco. Incluso los anteojos estaban sucios. Mantenía puesto el sombrero de fieltro para destacar la soberanía del dominio sartorial. Él, el juez civil, estaba coronado por un sombrero, y en cambio los penitentes estaban desnudos, y con sus pecados, sus genitales, su fanfarronada y sus recuerdos al descubierto parecían vergonzosos. —Abra los cachetes —dijo el médico—. Más. Más. El siguiente. —73482—.

—Es 73483 —dijo Chiquito.

—No puedo leer su escritura —dijo el médico—. 73483.

73483 era Tenis. Tenis tomaba baños de sol y tenía el trasero de nieve. Por tratarse de un atleta, los brazos y las piernas eran muy delgados. Tenis tenía gonorrea. Era muy discreto. En esta ceremonia, el sentido del humor que sobrevivía incluso en la oscuridad del Valle había desaparecido. Lo mismo que la alegría convulsiva que Farragut había visto durante la comida.

—¿Dónde la pescó? —preguntó el médico—. Quiero su nombre y número. —Ahora que tenía un caso, el médico pareció un hombre razonable, que se sentía cómodo. Acomodó los anteojos con un gesto elegante de un solo dedo, y después aplicó los dedos abiertos sobre la frente.

—No sé —dijo Tenis—. No recuerdo nada por el estilo.

—¿Dónde la pescó? —preguntó el médico—. Le conviene decirlo.

—Bueno, puede haber sido durante el encuentro de pelota —dijo Tenis—. Creo que fue entonces. Un tipo me montó mientras yo miraba el juego, pero no sé quien fue. Es decir, si hubiera sabido quién era lo mato, pero me interesó tanto el encuentro que no me di cuenta. Me encanta el béisbol.

—No lo metió en el trasero de alguien cuando se duchaban —dijo el médico.

—Bueno, si hice eso, fue un accidente —dijo Tenis—. Completamente un accidente. Nos duchamos solamente una vez por semana, y para un hombre que es campeón de tenis, y que se ducha tres o cuatro veces diarias, una sola ducha semanal es muy desconcertante. Uno se marea. No sabe lo que pasa. Oh, si lo supiera, señor, se lo diría. Si hubiera sabido lo que estaba pasando le pegaba, lo mataba. Así soy yo, muy nervioso.

—Robó mi Biblia —gritó el Pollo—, robó mi ejemplar de cuero de la Santa Biblia. Miren, miren, el hijo de puta robó mi Santa Biblia.

El Pollo señalaba al Cornudo. El Cornudo estaba de pie, con las rodillas muy juntas, en una ridícula parodia de la timidez femenina. —No sé de qué habla —dijo—. No le robé nada. —Hizo un amplio gesto con los brazos para demostrar que no tenía nada en las manos. El Pollo lo empujó. La Biblia cayó de entre las piernas y golpeó el suelo. El Pollo se apoderó del libro. —Mi Biblia, mi Santa Biblia, me la

envió mi primo Henry, el único miembro de la familia que me habló en tres años. Robaste mi Sagrada Biblia. Eres tan bajo que ni escupirte quiero. —Y escupió al Cornudo—. Nunca supe, nunca soñé que existiera alguien tan bajo que robase a un preso una Santa Biblia que le regaló su cariñoso primo.

—No quería tu Condenada Biblia, y bien lo sabes —rugió el Cornudo. Su voz tenía mucho más volumen que la del Pollo, y tocaba un registro más bajo. —Nunca leíste tu Biblia. Tenía casi dos centímetros de polvo. Durante años te oí decir que lo que menos necesitabas en el mundo era una Biblia. Durante años te oí insultar a tu primo Henry porque te envió una Biblia. Todos los presos del bloque están cansados de oírte hablar de Henry y la Biblia. Lo único que yo quería era el cuero para fabricar correas de reloj pulsera. No pensaba dañar la Biblia. Quería devolvértela sin el cuero, y nada más. Si querías leer la Biblia en lugar de quejarte porque no era una lata de sopa, habrías visto que cuando la devolví podía leerse igual que antes.

—Huele —murmuró el Pollo. Había acercado la Biblia a la nariz, e inhalaba profunda y ruidosamente—. Metió mi Biblia bajo sus pelotas. Ahora huele. La Sagrada Escritura huele a sus pelotas. El Génesis, el Éxodo, el Levítico, el Deuteronomio huelen a pelotas.

—Cállate, cállate —dijo Chiquito—. Una palabra más de cualquiera de los dos, reciben un día de encierro.

—Pero —dijo el Pollo.

—Y va uno —dijo Chiquito.

—Hipócrita religioso —dijo el Cornudo.

—Dos —dijo Chiquito con voz fatigada.

El Pollo apretó la Biblia contra su corazón, del mismo modo que algunos hombres aprietan sus sombreros sobre el corazón cuando pasa la bandera. Elevó el rostro a la luz de esa tarde de fines de agosto. Tenía gritaba. —Sinceramente, no recuerdo. Si pudiera recordar se lo diría. Si supiera quién fue lo mato.

Pasó largo rato, y al fin el médico renunció a sus esfuerzos con Tenis, y le escribió una receta. Después, uno por uno los demás se mostraron y fueron eliminados de la lista. Farragut tenía hambre, y cuando miró su reloj vio que se había hecho muy tarde. Hacía una hora que debían haber comido. Chiquito y el médico discutían acerca de un detalle de la lista. Chiquito había cerrado con llave las celdas después que el Cornudo se apoderó de la Biblia y ahí estaban de pie, desnudos, esperando regresar a sus celdas y a sus ropas.

La luz de la prisión, tan avanzado el día, recordó a Farragut cierto bosque donde había esquiado una tarde de invierno. La diagonal perfecta de la luz estaba interrumpida por los barrotes así como los árboles cortaban la luz de un bosque, y la amplitud y el misterio del lugar se asemejaban a la amplitud de un bosque, un tapiz de caballeros y unicornios donde se prometía un mensaje sucinto pero no se expresaba más que la vastedad. La luz sesgada y quebrada, navegando en el polvo, era también la luz dolorosa de las iglesias donde una mujer agobiada sufría con el

rostro oculto. Pero en su amado bosque nevado habría una perdurable frescura en el aire, y aquí sólo había el bestial olor a chivo del viejo Farragut y la amargura de haber sido engañado. Los habían engañado. Se habían engañado ellos mismos. La palabra llegada del Muro —y la mayoría de ellos la conocía— les había prometido el impulso, la fuerza del cambio, y eso se había debilitado por las peleas acerca de la gonorrea y los libros de rezos y las correas para relojes pulseras.

Farragut se sintió impotente. Ninguna muchacha, ningún trasero, ninguna boca podía excitarlo, pero no sentía gratitud por esta suspensión de su irritada sensualidad. La última luz de ese día sudoroso fue blancuzca, la esfumadura blanca que se percibe en las ventanas de los cuadros toscanos, una luz final pero que parece llevar a su culminación el nervio óptico, la capacidad de discernimiento. Desnudos, absolutamente desprovistos de belleza, malolientes y humillados por un payaso con un traje sucio y un sombrero sucio, en esta culminación de la luz Farragut los veía como criminales. Ninguna de las crueldades de épocas anteriores de la vida de cada uno —el hambre, la sed y las palizas— podía explicar su brutalidad, sus robos autodestructivos y sus adicciones consumidoras y perversas. Eran almas irredimibles, y aunque la pena era una respuesta torpe y cruel, suministraba, cierta medida del misterio de su caída. Bajo la luz blanca, a los ojos de Farragut, parecían hombres caídos.

Se vistieron. Había oscurecido. El Pollo empezó a gritar: —Comida. Comida. Comida. —La mayoría de los restantes se unieron al coro—. No hay comida —dijo Chiquito—. Cerraron la cocina por reparaciones. —Tres comidas diarias es nuestro derecho constitucional —gritó el Pollo—. Conseguiremos un mandamiento de hábeas corpus. Conseguiremos veinte mandamientos... —Después, empezó a gritar: —Tele. Tele. Tele. —Casi todos se unieron al grito—. La tele está descompuesta —dijo Chiquito. Esta mentira intensificó el estrépito del coro y Farragut, fatigado de hambre y de todo lo demás, descubrió que se hundía, sin resistencia, en un sopor que era la peor de sus formas de fuga. Parecía hundirse, los hombros redondos y el cuello doblado, hasta una nada lasciva y putrescente. Respiraba, pero eso parecía ser todo lo que hacía. La resonancia del griterío determinaba que su sopor fuese más deseable, los ruidos producían en su persona el efecto de la bendición de una droga destructiva, y veía las células de su cerebro como las celdas de un panal que está siendo destruido por un solvente extraño. Después, el Pollo incendió su colchón y comenzó a avivar las llamas, y pidió a los hombres que le diesen papel para mantener vivo el fuego. Farragut apenas lo oyó. Le entregaron papel higiénico, anuncios del tablero y cartas personales. El Pollo sopló tan fuerte sobre las llamas que escupió todos sus dientes superiores e inferiores. Cuando los devolvió a su lugar empezó a aullar —Farragut apenas lo oyó—: Incendien los colchones, quemén esta podrida cárcel, vean subir las llamas, y cómo tosen hasta morir, y las llamas alcanzan el techo, y se quemán, y se quemán y gritan. —Farragut oyó todo esto como algo remoto, pero alcanzó a oír claramente que Chiquito descolgaba el teléfono y llamaba: —Alerta roja. —Después,

Chiquito gritó—: Bueno, qué demonios se creen que les voy a decir que hay alerta roja cuando no hay alerta roja. Bueno, está bien aquí los tengo a todos gritando y tirando cosas y quemando los colchones, ¿acaso mi pabellón no puede ser tan peligroso como el C y el B? Qué se creen, porque no tengo millonarios y gobernadores no significa que mi pabellón no es tan peligroso como cualquiera. Aquí están todos los chiflados, y es un cartucho de dinamita. Les digo que están quemando los colchones. Bueno, no me digan que reciben esta alerta roja cuando están bebiendo whisky en la sala de guardia. Sí, claro, tienen miedo. También yo. Soy humano. Me vendría bien una copa. Está bien, está bien, pero apúrense.

«PABELLÓN F EN ALERTA ROJA, PABELLÓN F EN ALERTA ROJA». Era diez minutos después. Se abrió la puerta y entraron, eran dieciocho con máscaras e impermeables amarillos, armados de garrotes y cilindros de gas. Dos hombres desenrollaron el caño del bastidor y apuntaron al pabellón. Se movían torpemente. Quizá por los impermeables, o porque estaban borrachos. Chisholm se quitó la máscara y alzó el megáfono. Chisholm estaba borracho y atemorizado. Tenía los rasgos completamente equivocados, como un rostro reflejado en agua móvil. Tenía el ceño de un hombre, la boca de otro, y la voz aguda y amarga de un tercero. —En posición de firmes frente a las puertas, o les mando el chorro, y lo sentirán como una lluvia de palos con clavos afilados, será como un montón de piedras, como el garrotazo con un hierro. Apaga tu fuego, Pollo, y métanse en la cabeza que no pueden hacer nada. Este sitio está rodeado de tropas armadas de todo el estado. Podemos apagarles el fuego siempre que lo enciendan. No pueden hacer nada. Vamos, apague el colchón, Pollo, y duerma en su propia porquería. Apague las luces, Chiquito. Dulces sueños.

Se marcharon, se cerró la puerta y se oscureció el pabellón. El Pollo gemía. —No duerman, nadie duerma, nadie cierre los ojos. Si cierran los ojos los matarán. Los matarán mientras duermen. Que nadie duerma.

En la bendita oscuridad Farragut sacó su alambre de cobre y el rollo de papel higiénico y comenzó a armar la radio. Qué hermoso se veía el alambre, un nexo fino, limpio, áureo, con el mundo de los vivos, del cual parecían llegar, de tanto en tanto, el choque de los hombres, el rugido de los hombres arrojándose unos a la cabeza de otros. Iba y venía y él lo desechó como una ilusión, comparado por lo menos con el esplendor de armar, con papel y alambre, cierta unión, una suerte de eslabón o de cierre brillante que pudiese enlazar los dos mundos. Cuando concluyó, suspiró como un amante satisfecho, y murmuró: —Gracias sean dadas, oh Señor. —El Pollo seguía gimiendo: —No duerman, que nadie duerma —Farragut dormía profundamente.

Cuando Farragut despertó, la escasa luz y el cielo oscuro le indicaron que el tiempo no había cambiado. Una tormenta o un intenso viento del Noroeste podía modificarlo, o derivar en una lluvia que duraría diez horas y luego lentamente, la llegada del buen tiempo. Por la ventana vio que Chisholm había mentido. No había tropas alrededor de los muros. Si hubieran estado, habrían oído el ruido, y él habría

sentido el movimiento de los soldados. No había nada, y se sintió decepcionado. Quizá no disponían de tropas. La pesadez del aire era deprimente, y él olía peor. Otro tanto Bumpo y Tennis. Entre los barrotes se había pegado una reproducción del *stencil* que él preparó: LUISA PIERCE SPINGARN, EN MEMORIA DE SU BIENAMADO HIJO PETER... La campana llamando a comer sonó a las siete. Goldfarb estaba de guardia. —Fila india —gritó—, fila india y diez pasos de distancia. Fila india. —Se apostaron frente a la puerta y cuando ésta se abrió, Goldfarb los obligó a separarse diez pasos uno del otro, con excepción de la Piedra, que había dejado su aparato en la celda y no podía entender. Goldfarb le gritó, le rugió y levantó diez dedos en el aire, pero la Piedra se limitó a sonreír y se mantuvo cerca del trasero de Ransome, que iba delante. No quería quedarse solo, ni siquiera un instante. Goldfarb lo dejó. En el túnel de acceso al comedor, Farragut leyó las precauciones que él mismo había escrito. TODO EL PERSONAL SE PRESENTARÁ CON MÁXIMA FUERZA EN TODAS LAS REUNIONES. A lo largo del túnel, a intervalos regulares, había guardias de impermeable con porras y tubos de gas. Los pocos rostros que Farragut vio parecían más desencajados que los rostros de los condenados. En el comedor una cinta grabada repetía: «COMA DE PIE EN SU LUGAR DE LA LÍNEA. COMA DE PIE EN SU LUGAR DE LA LÍNEA. NO HABLE...». El desayuno era té, restos de carne de la noche anterior y un huevo duro. —No hay café —dijo un ayudante de cocina—. No tienen nada. Anoche el repartidor trajo noticias. Todavía tienen de las pelotas a veintiocho rehenes. Quieren amnistía. Pásenlo. Hace doce horas que estoy preparando esta mierda. Siento los pies, pero todo lo demás lo tengo muerto. —Farragut devoró la carne y el huevo, dejó caer el plato y la cuchara en el agua sucia y volvió al pabellón con sus vecinos. Clang. —¿Qué le dijo el cajero a la caja registradora? —dijo Bumpo.

—No sé.

—Cuento contigo, dijo el cajero a la caja registradora.

Farragut se arrojó sobre su camastro y representó la escena del hombre atormentado por la prisión, agobiado por calambres en el estómago y relentes sexuales. Se arañó el cuero cabelludo, se rascó los muslos y el pecho, y entre gemidos masculló a Bumpo: —Disturbio en el Muro. Veintiocho rehenes por las pelotas. Sus pelotas iguales a libertad y amnistía. —Aulló, meneó la pelvis y hundió el rostro en la almohada, bajo la cual podía sentir los comienzos de su radio, suponía que segura, porque como el personal estaba medio muerto, atemorizado y reducido, tenía la certeza de que cuando pasaran lista de enfermos no habría requisa de contrabando.

—Eres una gran caja registradora —dijo claramente Bumpo—. ¿Por qué la uva parecía triste?

—¿Porque es una pasa seca? —preguntó Farragut.

—No. Porque es una uva preocupada —dijo Bumpo.

—No se habla —dijo Goldfarb.

De pronto, Farragut no pudo recordar que había hecho con la tecla de la máquina que había afilado y usado para cortar el alambre. Si la encontraban, la consideraban

una navaja y por las impresiones digitales descubrían que era suya, podían darle otros tres años. Trató de recordar todos sus movimientos en la oficina de Marshack; contó las plantas, oyó a Toledo hablando de los kilos de carne, se fue a su propia oficina y afiló la tecla. Había cortado el alambre; después, lo metió bajo los pantalones, pero la prisa y la ansiedad desdibujaban lo que había hecho con la llave. Había apagado las luces, después subió cojeando el túnel y explicó a alguien que no existía que la humedad era la causa de su reumatismo. No lo inquietaban las plantas y el cable, la tecla era lo que podía acusarlo. Pero ¿dónde estaba? ¿Sobre el piso, al lado de una planta, clavada en una maceta, o sobre el escritorio de Marshack? ¡La tecla, la tecla! No podía recordar. Podía recordar que Marshack había dicho que no regresaría hasta el lunes a las cuatro, pero pensaba en el lunes y no podía recordar el día de la semana. Ayer habían sufrido el examen médico, o era anteayer, o el día anterior, cuando el Cornudo se apoderó de la Biblia del Pollo. Lo ignoraba. Después, Chiquito relevó a Goldfarb y leyó un anuncio que comenzaba con una fecha, y Farragut se enteró de que era sábado. Más tarde podría preocuparse de la tecla.

Chiquito anunció que todos los condenados que desearan fotografiarse debían afeitarse, vestirse y estar listos cuando llegase su turno. Todos los ocupantes del pabellón, incluso la Piedra, habían firmado. Farragut observó el éxito de esta maniobra. Atenuaba la inquietud explosiva de la población. Calculó que un hombre que se encaminaba hacia la silla eléctrica debía sentirse feliz si podía escarbarse la nariz. Calmosamente, casi felices, todos se afeitaron, se lavaron las axilas, se vistieron y esperaron.

—Quiero jugar a los naipes con la Piedra —dijo Ransome—. Quiero jugar a los naipes con la Piedra.

—No sabe jugar a los naipes —dijo Chiquito.

—Quiere jugar a los naipes —dijo Ransome—. Mírelo. —La Piedra sonreía y asentía, como lo hacía en cualquier caso—. Chiquito soltó a Ransome, y éste llevó la silla al corredor y se sentó frente a la Piedra con un mazo de cartas. —Una para ti y una para mí —dijo.

Entonces, el Pollo comenzó a rasguear su guitarra y cantó:

*Hay veintiocho botellas,
colgadas de la pared,
y si una de esas botellas
ahora mismo se cayera,
habría veintisiete botellas
colgadas de la pared,
y si una de esas botellas
ahora mismo se cayera...*

Chiquito explotó.

—¿Quieres que Chisholm aparezca aquí con la cuadrilla rompehuesos?

—No, no, no —dijo el Pollo—. No quiero nada de eso. Eso no es lo que deseo. Si yo fuese miembro de la comisión de quejas, y Dios sabe qué es eso, una de las primeras cosas que presentaría es la sala de visitas. Bueno, me dicen que es mucho mejor que la sala de visitas del Muro, pero aún así, si viniese una chiquita a visitarme no me gustaría verla sobre un mostrador, como si tratase de venderme algo. Si viniese a visitarme una chiquita...

—Estás aquí desde hace doce años —gritó Chiquito—, y jamás vino nadie a visitarte. Ni una sola vez en doce años.

—Tal vez tuve visita cuando tomaste tus vacaciones —dijo el Pollo—. Tal vez tuve visita cuando te operaste la hernia. Faltaste seis semanas.

—Eso fue hace diez años.

—Bueno, como digo, si una chiquita viniese a visitarme, no me gustaría escuchar sus palabritas dulces frente a un mostrador. Quisiera sentarme con ella ante una mesa, con un cenicero para las colillas, y quizás la invitaría con una bebida sin alcohol.

—Hay máquinas de bebidas sin alcohol.

—Pero frente a una mesa, Chiquito, frente a una mesa. No puede haber intimidad ante un mostrador. Si pudiese hablar con mi chiquita frente a esa mesa, bueno, me sentiría contento, y no querría lastimar a nadie, ni traer problemas.

—En doce años nadie vino a verte. Lo cual demuestra que en la calle nadie te conoce. Ni tu madre sabe quién eres. Hermanas, hermanos, tías, tíos, amigos, pollitas... no tienes con quien sentarte frente a una mesa. Estás peor que muerto. Eres mierda. Los muertos no son mierda.

El Pollo empezó a llorar, o pareció llorar, a sollozar o pareció sollozar, hasta que todos oyeron el sonido de un hombre mayor sollozando, un viejo que dormía sobre un colchón chamuscado, cuyos ahorros de toda la vida invertidos en tatuajes se habían decolorado hasta convertirse en una trama cenicienta, cuyo vello de la entrepierna era escaso y gris, que tenía la carne colgando flojamente de los huesos, y cuyo único pie en la vida era una guitarra chata y un aire recordado y lamentable de «No sé donde está, señor, pero lo encontraré, señor», y cuyo nombre era desconocido en todas partes, desconocido hasta en los últimos confines de la tierra, o los últimos confines de su propia memoria, en la cual, cuando hablaba consigo mismo, se pensaba como el Pollo número dos.

El timbre de la comida tocó después de la una y recibieron la orden de formar fila india a diez pasos de distancia uno del otro, y bajaron por el túnel pasando entre los guardias, que tenían un aire más desencajado. La comida estuvo formada por dos sandwiches, uno con queso y el otro solamente con margarina. El ayudante de cocina era un extraño, y no hablaba. Poco después de las tres, de regreso en las celdas, recibieron orden de ir al edificio educacional, y en fila india, separados diez pasos uno del otro, fueron allí.

El edificio educacional ya no era muy usado. Las reducciones del presupuesto y

una profunda sospecha acerca de los efectos de la educación sobre una inteligencia criminal habían apagado la mayoría de sus luces, convirtiéndolo en un lugar fantasmal. A la izquierda, a oscuras, estaba la espectral aula de las máquinas de escribir, donde juntaban polvo ocho máquinas enormes, antiguas y en desuso. No había instrumentos en la sala de música, pero en el pizarrón estaban dibujados una clave, un pentagrama y algunas notas. En la clase de Historia en sombras, iluminada sólo desde el corredor, Farragut leyó en el pizarrón: «El nuevo imperialismo concluyó en 1905, y fue seguido por...». Podía habérselo escrito diez o veinte años antes. La última clase, a la izquierda, estaba iluminada y allí había movimiento, y sobre los hombros de Ransome y Bumpo, Farragut pudo ver dos luces muy vivas aseguradas a dos varas dispuestas sobre un abeto de material plástico, reluciente de adornos. Debajo del árbol había cajas cuadradas y rectangulares, envueltas por manos profesionales con papel de color y cintas brillantes. La inteligencia o la destreza de la mano que había preparado esta escena infundió la más profunda admiración a Farragut. Pensó escuchar el choque de los hombres, la sirena, el rugido de los enemigos mortales, arrojándose uno sobre el otro, pero eso había desaparecido, dominado por el perfume del árbol de plástico, reluciente de joyas de la corona y rodeado de tesoros. Imaginó la figura que él presentaría, de pie con su camisa blanca al lado de las cajas de suéteres de cachemira, camisas de seda, sombreros de piel, pantuflas tejidas y grandes joyas apropiadas para un hombre. Se vio en el extraño espectro de la fotografía de color extraída de un sobre por su esposa y su hijo en el vestíbulo de Indian Hill. Vio la alfombra, la mesa, el vaso de rosas reflejado en el espejo mientras ellos contemplaban su vergüenza, su moneda falsa, su perverso escudo de armas, su némesis posando en una escena de asombroso color, al lado de un árbol realmente bello.

En el corredor había una mesa larga y deteriorada, con formularios que era necesario llenar y que seguramente habían sido preparados en la calle por algún tipo inteligente. El formulario explicaba que una fotografía se enviaría gratis a un destinatario designado por el preso. El destinatario debía ser miembro de la familia, pero se aceptaban concubinas y las uniones homosexuales. Una segunda copia y el negativo se entregaban en Falconer, pero los duplicados podían hacerse a costa del preso. Farragut escribió: «Señora de Farragut. Indian Hill. Southwick Connecticut. 06998». Escribió otro formulario para la Piedra, cuyo nombre era Serafino de Marco y que vivía en Brooklyn. Después, se sumergió en la habitación muy iluminada con los regalos y el árbol.

La ironía de la Navidad afecta siempre a los pobres de corazón; el misterio del solsticio afecta siempre al resto de los seres humanos. La inspirada metáfora del Príncipe de la Paz y sus luces innumerables que se imponían a los villancicos absurdos y raídos, estaban por aquí, en algún sitio; aquí, en esta podrida tarde de agosto la leyenda aún conservaba fuerza. Sus motivos eran bastante puros. La señora Spingarn amaba sinceramente a su hijo y se dolía de su fin cruel y antinatural. Los

guardias temían realmente el desorden y la muerte. Los presos podían sentir fugazmente que habían puesto un pie en la calle lejana. Farragut miraba, más allá de este espectáculo, hacia el resto de la clase. Había un pizarrón vacío, y sobre éste un alfabeto escrito con mano spenceriana hacia mucho, mucho tiempo. La caligrafía era muy elegante, con curvas, rizos, caídas, enlaces y una *t* cruzada como el arco de un acróbata. Sobre todo esto, una bandera norteamericana con 42 estrellas, en la cual el tiempo había conferido a las rayas blancas el amarillo del pis caliente. Uno hubiera deseado algo mejor, pero ése era el color de la bandera bajo la cual Farragut había marchado a la batalla. Y además, el fotógrafo.

Era un hombre delgado, de cabeza pequeña —un petimetre—, pensó Farragut. Su cámara, que descansaba sobre un trípode, no era más grande que la caja que contiene un reloj pulsera, pero parecía que él mantenía cierta relación con el lente, o que dependía visiblemente del mismo. Se hubiera dicho que de mala gana apartaba de él su ojo bizqueante. Tenía la voz cantarina y elegante. Se tomaron dos fotografías. La primera, una foto del formulario con el número del preso y la dirección indicada. La segunda, del propio preso, a quien se le prestó amablemente cierta ayuda. —Sonría. Alce un poco la cabeza. Acerque más el pie derecho al izquierdo. ¡Eso es! Cuando el Pollo ocupó su lugar y presentó su formulario, todos leyeron: Señor y señora *Santa Claus. Calle del Témpano. Polo Norte*. El fotógrafo exhibió una ancha sonrisa y estaba paseando la mirada por la habitación para compartir la broma con el resto de los presentes cuando de pronto percibió la solemnidad de la soledad del Pollo. Nadie se rió de este jeroglífico del dolor, y el Pollo, que percibió el silencio ante esta prueba de su muerte en vida, volvió la cabeza, alzó el mentón puntiagudo y dijo alegremente: —Mi perfil izquierdo es mejor.

—Eso es —dijo el fotógrafo.

Cuando llegó su turno, Farragut se preguntó qué papel trataría de representar, y procurando parecer y sentirse un esposo constante, un padre comprensivo y un ciudadano próspero, ofreció una amplia sonrisa y avanzó hacia el resplandor y el calor intensos de la luz. —Oh, Indian Hill —dijo el fotógrafo—. Conozco ese lugar. Quiero decir que lo vi anunciado. ¿Trabaja allí?

—Sí —dijo Farragut.

—Tengo amigos en Southwick —dijo el fotógrafo—. Eso es.

Farragut se acercó a la ventana, desde la cual pudo ver bien los pabellones B y C. Con sus hileras de ventanas, parecían una anticuada hilandería norteña de algodón. Revisó las ventanas, buscando llamas y sombras agitadas, pero solamente vio a un hombre que colgaba a secar su ropa. La pasividad del sitio lo desconcertó. No era posible que la desnudez y el árbol esplendente los hubiesen humillado y engañado, pero tal parecía ser el caso. Se hubiese dicho que el lugar estaba dormido. ¿Quizá todos se habían sumergido en el sopor que él mismo inició cuando el Pollo incendió su colchón? Volvió a mirar al desconocido que colgaba su ropa lavada.

Farragut se reunió con los que esperaban en el corredor. Afuera había comenzado

a llover. Ransome fue con ellos, y recogió los formularios fotográficos. Ahora carecían de utilidad y Farragut miró interesado a Ransome, porque era un hombre tan inclinado al secreto que la observación de sus movimientos sucesivos prometía ser reveladora. Después de recoger una docena de formularios, trepó a una silla. Ransome era un hombre corpulento y la silla estaba deteriorada, de modo que él procuró mejorar su equilibrio desplazando el peso. Cuando se sintió seguro comenzó a despedazar los formularios y los arrojó, como una sembradora, sobre las cabezas y los hombros de los demás. Tenía el rostro radiante y cantaba «Noche tranquila». El Cornudo cantó con voz de bajo, y teniendo en cuenta la distancia que los separaba de la época en que cantaban villancicos, formaron un coro pequeño pero potente, que cantaba con entusiasmo cosas de la Virgen. El antiguo villancico y los pedacitos de papel que caían blandamente, a través del aire, sobre las cabezas y los hombros, de ningún modo evocaban un recuerdo amargo ese día sofocante y lluvioso; era más bien un alegre recuerdo de cierta irreflexión, relacionado con la caída de la nieve.

Después, se alinearon y salieron. Otro grupo de presos estaba formado en el túnel, esperando su futuro para que los fotografiaran al lado del árbol. Farragut los miró con el placer y la sorpresa con que uno mira a la multitud que espera entrar para la sección siguiente de una película. Ése fue el fin de su alegría. Apenas vieron los rostros de los guardias en el túnel comprendieron que su Navidad había concluido.

Farragut se lavó cuidadosa y vigorosamente con agua fría, y luego olió su propio cuerpo como un perro, se olfateó las axilas y la entrepierna, pero no pudo determinar si era él o Bumpo quien olía. Walton estaba de guardia, estudiando sus textos. Asistía a un curso nocturno de venta de automóviles. No podía ocuparse mucho de que los presos no hablaran. Cuando Ransome pidió jugar a los naipes con la Piedra, le contestó impaciente: —Estoy estudiando para un examen. Estoy estudiando para un examen. Sé que ninguno de ustedes tiene idea de lo que eso significa, pero si me reprueban tendré que repetir todo el año. Esta cárcel se ha convertido en un loquero y no puedo estudiar en casa. El bebé está enfermo y no para de gritar. Vine temprano para estudiar en la sala de guardia, pero la sala de guardia se parece a un manicomio. Ahora, vine aquí buscando paz y tranquilidad, y esto es la Torre de Babel. Jueguen a los naipes, pero cállense.

Aprovechando esto, Farragut comenzó a gritar a Bumpo: —¿Por qué mierda no te lavas la piel? Yo ya me lavé, me lavé todo, pero no puedo descansar con mi olor a limpio porque hueles como el cubo de desperdicios en el callejón, detrás de la carnicería.

—Ah, ¿conque esas tenemos? —aulló Bumpo—. ¿Así te das el gusto, oliendo cubos de las carnicerías?

—Cállense, cállense, cállense —dijo Walton—. Tengo que estudiar para este examen. Farragut, tú sabes cómo es. Si fracaso, tendré que pasar otro año, o por lo menos otro semestre con el culo clavado a una silla dura, estudiando lo que ya sabía y olvidé. Y mi profesor es un cretino. Hablen si quieren, pero en voz baja.

—Oh, Bumpo, oh, Bumpo, querido Bumpo, precioso Bumpo —dijo blandamente Farragut—, ¿qué le dijo el cajero a la caja registradora?

—Soy una pasa arrugada —dijo Bumpo.

—Oh, querido Bumpo —dijo blandamente Farragut. —Necesito pedirte un favor. La historia de la civilización moderna depende de que adoptes una decisión inteligente. He oído decir que hablas con elocuencia de tu voluntad de dar ese diamante a un niño hambriento o a un vagabundo solitario, ignorado por el mundo irreflexivo. Ahora, llega a ti una oportunidad mucho más grande. Poseo los rudimentos de una radio, una antena, una conexión a tierra y un sintonizador de alambre de cobre. Ahora necesito un auricular y un cristal de diodo. La Piedra tiene el primero y tú el otro. Con esto, con tu diamante, puede cortarse el nudo gordiano de las comunicaciones con el cual nos amenaza el Departamento Correccional y el propio gobierno. Tienen agarrados de las pelotas a veintiocho rehenes. Un solo error de nuestros hermanos hará que nos liquiden por centenares. Un error fundamental del Departamento Correccional puede desencadenar disturbios en todas las cárceles de esta nación y quizá del mundo. Somos millones, Bumpo, somos millones, y si nuestros disturbios triunfan podemos gobernar el mundo, aunque tú y yo, Bumpo, sabemos que nos falta el seso necesario. En fin, carecemos de capacidad cerebral, a lo sumo podemos desear una tregua, y todo depende de tu piedra.

—Agarra tu pequeño miembro y vete a casa —dijo Bumpo blandamente.

—Bumpo, Bumpo, querido Bumpo, Dios te dio ese diamante y Dios piensa que debes dármelo. Es el equilibrio, Bumpo, del cual depende la vida de millones de personas. La radio fue inventada por Guglielmo Marconi en 1895. Fue el bello descubrimiento del hecho de que las ondas aéreas electrificadas, que contienen el sonido, a cierta distancia pueden convertirse en sonido inteligible. Con la ayuda de tu diamante, Bumpo, podemos saber exactamente cómo están retorciendo esas veintiocho pelotas en el Muro.

—Cincuenta y seis —dijo Bumpo.

—Gracias, Bumpo, dulce Bumpo, pero si nos enteramos de eso sabremos cómo organizar nuestra propia estrategia con mayor ventaja, y quizá incluso obtener la libertad. Con tu diamante puedo armar una radio.

—Si eres un mago tan notable, ¿por qué no sacas de aquí tu culo? —dijo Bumpo.

—Bumpo, estoy hablando de las ondas aéreas, no de cosas de carne y hueso. Del aire, el aire fragante y fino. ¿Me oyes? Ahora no podría hablarte suavemente y con paciencia, si no creyese que la matemática y la geometría ofrecen una analogía mentirosa y falsa de la disposición humana. Cuando uno encuentra en la naturaleza de los hombres, como yo encuentro en la tuya, cierta convexidad, es un error esperar una concavidad correspondiente. No existe un hombre isósceles. La única razón por la cual continúo rogándote, Bumpo, es mi convicción de la riqueza inestimable de la naturaleza humana. Quiero tu diamante para salvar el mundo.

Bumpo se echó a reír. Tenía una risa auténtica, juvenil, estridente y cantarína. —

Eres el primero que me viene con ésas. Eso es nuevo. Salvar a la humanidad. Yo dije únicamente que estaba dispuesto a salvar a un niño hambriento o a un viejo. No dije una palabra del mundo. Vale de diecinueve a veintiséis mil. El diamante es puro, pero el mercado no. Me lo habrían quitado hace años si la piedra no fuese demasiado grande para llevarla a un reduccionista. Es una piedra grande y segura. Nunca me hicieron una oferta como la tuya. Recibí veintisiete, quizás más. Por supuesto, me ofrecieron todos los miembros del lugar, y todos los culos, pero no puedo comer miembro y no me gusta el culo. No me opongo a un lindo trabajo con la mano, pero ningún trabajo de la mano vale veintiséis mil. Hace años había un guardia, lo despidieron, que me ofrecía un cajón de whisky una vez por semana. Toda clase de porquerías por el estilo. Comida traída de afuera. Toneladas de comida. También regalarme cigarrillos toda la vida, como para fumar las veinticuatro horas. Abogados. Forman fila para conversar conmigo. Me prometen otro proceso, el perdón garantizado y la salida. Un guardia me ofreció fugarse. Yo tenía que salir bajo el chasis de un camión de reparto. Fue el único que me interesó de veras. El camión venía los martes y los jueves, y él conocía al chófer, era su cuñado. Bueno, armó una hamaca bajo el chasis, lo suficiente para meterme. Me mostró cómo era, e incluso practiqué un poco, pero quería la piedra antes de que yo saliera. Claro, no quise dársela, y todo el asunto se fue al demonio. Pero nadie me dijo nunca que podía salvar el mundo. —Miró el diamante y lo hizo girar en la mano, sonriendo al centelleo. —No sabías que podías salvar al mundo, ¿verdad? —preguntó al diamante.

—Oh, ¿por qué la gente quiere salir de un lugar tan bonito como éste? —preguntó el Pollo. Rasgó algunos acordes de su guitarra, y mientras continuaba hablando con su voz de Kentucky, su canción se desgranaba sin acompañamiento. —¿Quién querrá provocar disturbios para salir de un lugar tan bonito como éste? El diario dice que en todas partes hay desocupación. Por eso el vicegobernador vino aquí. Afuera no encuentra trabajo. Incluso algunas estrellas cinematográficas famosas que antes tenían millones ahora forman fila con el cuello del abrigo levantado, esperando una limosna, esperando un plato de esa sopa aguada de habas que lo deja hambriento a uno y lo hace pedorrear. En la calle todos son pobres, y no tienen trabajo y siempre llueve. Se pegan unos a otros por un pedazo de pan. Hay que esperar una semana en la fila, y después le dicen que no hay trabajo. Nosotros formamos fila tres veces al día y nos reparten esa bonita comida caliente con el mínimo nutritivo, pero en la calle forman fila ocho horas, veinticuatro horas, y a veces forman fila la vida entera. ¿Quién quiere salir de un lugar tan bonito como éste y formar fila bajo la lluvia? Y cuando no forman fila bajo la lluvia se preocupan por la guerra atómica. A veces hacen las dos cosas. Quiero decir que forman fila bajo la lluvia y se preocupan por la guerra atómica porque si hay guerra atómica morirán todos y se encontrarán formando fila a la puerta del infierno. Amigos, eso no es para nosotros. En caso de guerra atómica nos salvarán antes que a nadie. Tienen refugios contra bombas para los criminales de todo el mundo. No quieren que nos mezclemos con la comunidad.

Quiero decir que prefieren que la comunidad se quemase antes que dejarnos libres, y eso, amigos, será nuestra salvación. Prefieren quemarse antes que vernos corriendo por la calle, porque todos saben que nos comemos crudos a los bebés, se la damos por el culo a las ancianas e incendiamos hospitales llenos de paralíticos impotentes. ¿Quién quiere salir de un lugar tan bonito como éste?

—Eh, Farragut, ven a jugar a los naipes con la Piedra —dijo Ransome—. Walton, deje salir a Farragut, ¿quiere? La Piedra desea jugar a los naipes con Farragut.

—Lo haré si cierran la boca —dijo Walton—. Tengo que aprobar este examen. ¿Prometen callarse?

—Prometemos —dijo Ransome.

Se abrió la puerta de la celda de Farragut y él bajó por el pasillo hasta la celda de la Piedra, llevando consigo su silla. La Piedra sonreía como un tonto, lo que quizá era. La Piedra le entregó el mazo de naipes y Farragut las barajó, al mismo tiempo que decía: —Una para ti y una para mí. —Después, desplegó su mano, pero tantas cartas eran un engorro, y una docena cayó al suelo. Cuando se inclinó para recogerlas, oyó una voz, no un murmullo sino una voz normal, reducida al volumen mínimo. Era el Oído de Vidrio —el audífono de doscientos dólares— sintonizado en una frecuencia radial. Vio las cuatro baterías en su funda de tela, sobre el piso, y el orificio de plástico color carne del cual suponía que venía la voz. Recogió los naipes y comenzó a desplegarlos sobre una mesa, diciendo: —Uno para ti y uno para mí. — La voz dijo: «La inscripción en los cursos permanentes de conversación en español y la fabricación de gabinetes estará abierta de cinco a nueve de lunes a viernes en el colegio secundario Benjamín Franklin, situado en la esquina de las calles Elm y Chestnut». Después, Farragut oyó música de piano. Era el más melancólico de los preludios de Chopin: el que utilizan en los films de crímenes antes de disparar el tiro; el prelude que, según se creía, debía evocar en los hombres de su edad y aún más viejos la imagen de una niña con trenzas, confinada en un momento cruel a una habitación sombría, donde ella debía producir el balido de olas impotentes y el movimiento triste de las hojas que caen. «La última noticia del Muro, o cárcel de Amana», dijo la voz, «es que continúan las negociaciones entre la dirección y el comité de reclusos. Se dispone de fuerzas para dominar el desorden, pero se han desmentido los informes acerca de un sentimiento de impaciencia en las tropas. Cinco rehenes han atestiguado por radio y televisión que estuvieron recibiendo alimentos, atención médica y protección adecuada bajo la dirección del grupo de los Musulmanes Negros. El gobernador ha aclarado por tercera vez que no dispone de atribuciones para otorgar la amnistía. Se ha formulado un pedido definitivo de liberación de los rehenes, y los reclusos contestarán mañana al amanecer. Se señala oficialmente que amanece a las seis y veintiocho, pero el pronóstico meteorológico indica cielo nublado y más lluvia. En el ámbito de las noticias locales, un ciclista octogenario llamado Ralph Waldo ganó la Carrera Ciclista de la Edad de Oro en la localidad de Burnt Valley, el día de su octogésimo segundo cumpleaños. Su marca fue

una hora y dieciocho minutos. ¡Felicitaciones, Ralph! La señora de Roundtree, de Hunters Bridge, en la región Noreste del Estado, afirma haber visto un objeto volador no identificado a tan corta distancia que el viento le levantó la falda mientras ella colgaba la ropa. Mantenga sintonizado en esta emisora para conocer detalles de las cinco alarmas de incendio en Tappansville». Después, otra voz cantó:

La pasta dentífrica Garroway le limpia los dientes.
Lo sucio de arriba y lo sucio de abajo,
La pasta dentífrica Garroway odia las caries,
Pasta dentífrica Garroway para usted y su cónyuge.

Farragut dio cartas otros diez minutos, y después empezó a gritar: —Tengo dolor de muelas. Quiero irme. Tengo dolor de muelas.

—Váyase a casa, váyase —dijo Walton—. Tengo que estudiar.

Farragut levantó su silla, se detuvo frente a la celda de Ransome y dijo: —Qué terrible dolor de muelas. La muela del juicio. Tengo cuarenta y ocho años y todavía me fastidian las muelas del juicio. Ésta que tengo a la izquierda es como un reloj. Empieza a doler a eso de las nueve de la noche y se calma a la madrugada. Mañana de madrugada sabré si termina el dolor, y si tengo que sacarme o no la muela. Lo sabré de madrugada. A eso de las seis y veintiocho.

—Gracias, Miss América —dijo Ransome.

Farragut volvió con paso vacilante a su celda, se metió en la cama y durmió.

Tuvo un sueño que era distinto del día. Un sueño con los colores más vivos, esos tonos de anilina que el ojo recibe sólo después que este espectro fue extraído por una cámara. Farragut está en un barco de excursión, y siente una conocida mezcla de libertad, hastío y quemaduras de sol. Nada en la pileta, bebe con el grupo internacional, en el bar a mediodía, se encama durante la siesta, juega al tenis sobre cubierta, tenis con paleta, y entra y sale de la piscina y vuelve al bar a las cuatro. Se lo ve flexible y dinámico, y está adquiriendo un tono dorado que malgastará en los bares y los clubes sombríos en los cuales almorzará al regreso. De modo que está ocioso y se siente un poco inquieto con su ociosidad cuando una tarde, al final de la siesta, por babor aparece una goleta. La goleta iza algunos banderines, pero él no sabe interpretarlos. Sin embargo, advierte que el crucero ha reducido su velocidad. La ola a proa disminuye paulatinamente de altura, y luego desaparece, y la goleta se pone al costado de la alta nave.

La goleta ha venido a buscarlo. Farragut baja, desciende por una escala de cuerdas hasta la cubierta de la embarcación, y cuando se alejan con el viento en las velas dirige gestos de despedida a sus amigos del crucero, los hombres, las mujeres, y los miembros de la orquesta del barco. Ignora quién es el dueño de la goleta y quién le da la bienvenida. Sólo recuerda que está sobre cubierta, y que ve cómo el crucero recupera velocidad. Es un crucero grande y antiguo, que lleva el nombre de una reina,

blanco como una novia, con tres chimeneas inclinadas, y en la proa un pequeño encaje dorado, como un barco de juguete. Se desvíaba absurdamente de su curso, se inclina a babor y avanza a toda máquina hacia una isla próxima que parece una de las islas del Atlántico, sólo que tiene palmeras. Embiste la playa, se escora a estribor y estalla en llamas, y mientras Farragut se aleja en el barco de vela puede ver, por encima del hombro, la pira y la enorme columna de humo. En el instante en que despertó la vivacidad de los colores del sueño quedó sofocada por la grisura de Falconer.

Farragut despertó. Desvió la cabeza del reloj a la ventana. Eran las seis y veintiocho. La lluvia caía en esa parte del mundo, y supuso que también en el Muro. Chiquito lo había despertado. —Toma un Lucky en lugar de un caramelo —dijo Chiquito—. Chesterfield, satisfacen. Caminaría un kilómetro por un Camel. —En la mano tenía cinco cigarrillos. Farragut tomó dos. Estaban toscamente arrollados, y supuso que era marihuana. Miró cariñosamente a Chiquito, pero la simpatía o el cariño que sentía por el guardia chocaron con la expresión desencajada de Chiquito. Tenía los ojos rojos. Las líneas de las aletas de la nariz, más allá de la boca, eran como las huellas de un camino de tierra, y su expresión carecía de vida o sensibilidad. Avanzó a los tropezones por el corredor, mientras decía: —Tome un Lucky en lugar de un caramelo. Caminaría un kilómetro por un Camel. —Las viejas frases comerciales de los cigarrillos eran más antiguas que cualquiera de ellos. Menos la Piedra, todos sabían lo que tenían, y lo que debían hacer, y Ransome ayudó a la Piedra. —Chúpalo y consévalo en los pulmones. —Farragut encendió el primero, aspiró el humo, lo retuvo en los pulmones y sintió la auténtica, la preciosa amnistía de la droga difundándose por su cuerpo. —Ajj —exclamó—. Mierda caliente —dijo el Pollo. Se oyeron gemidos por todas partes. Chiquito chocó con el borde de la celda y se golpeó el brazo. —Donde conseguí esto hay más —dijo. Se desplomó en su silla de acero, hundió la cabeza en los brazos y empezó a roncar.

La amnistía que Farragut exhalaba formaba una nube —una nube gris como las nubes que podían empezar a verse más allá de su ventana— y lo elevaban gratamente del camastro unido a la tierra, lo elevaban por encima de todas las cosas terrenales. El ruido de la lluvia parecía muy tierno —algo que se había perdido su belicosa madre, que bombeaba nafta ataviada con el manto que usaba en la ópera. Entonces oyó el gruñido chirriante y crujiente del oído de vidrio de la Piedra, y una exaltación somnolienta de Ransome. —Muévelo, muévelo, muévelo, por Cristo. —Después oyó la voz de una mujer, y en la expansividad de la marihuana, pensó que no era la voz de una mujer joven o de una mujer vieja, ni la voz de la belleza ni de la fealdad, la voz de una mujer que podía venderle a uno un atado de cigarrillos en cualquier lugar del mundo.

«¡Hola, gente! Les habla Patty Smith, suplente de Eliot Hendron, quien, aunque quizás ustedes no lo saben, está agotado a causa de los hechos de la última media hora. El Muro ha sido reocupado por las tropas estatales. El pedido de la

administración que solicitaba más tiempo fue quemado por el comité de reclusos a las seis de la mañana. Los reclusos aceptaron el pedido de un nuevo plazo, pero nada más. Parece que se hicieron preparativos para ejecutar a los rehenes. El ataque con gases comenzó a las seis y ocho minutos, y fue seguido dos minutos después por la orden de fuego. El tiroteo duró seis minutos. Es muy temprano para calcular el número de muertos, pero Eliot, mi compañero y el último testigo ocular en el patio K, los calculó por lo menos en cincuenta muertos y cincuenta moribundos. Los soldados han despojado de sus ropas a los que aún viven. Ahora están desnudos en la lluvia y el barro, vomitando por los efectos del CS-2. Discúlpenme, damas y caballeros, discúlpenme. —Estaba llorando. —Creo que tendré que reunirme con Eliot en la enfermería».

—Cántanos una canción. Pollo número dos —dijo Ransome—. Oh, cántanos una canción.

Hubo que esperar un momento mientras el Pollo se sacudía un poco los efectos de la marihuana, echaba mano de su guitarra y rasgueaba cuatro acordes enérgicos.

Después comenzó a cantar.

Tenía la voz aguda, refinada en su acento de Kentucky, pero aguda y neutra, tenía la áspera textura del coraje.

Cantó:

*Si este canto que canto es el único y es triste,
yo no quiero cantarlo.*

*Si este canto que canto es el único, y es triste,
yo no quiero cantarlo.*

*No cantaré de muertos y agonías,
no cantaré de cuchillos y balas,
no cantaré de rezos y alaridos,*

*si este canto que canto es el único y es triste,
no volveré a cantar.*

Ahora estaban otra vez desnudos, o casi, formando fila para recibir un uniforme nuevo, y distribuyéndose frente a carteles que decían EXTRA GRANDE, GRANDE, MEDIANO y PEQUEÑO, después de quitarse las prendas grises de la cárcel y arrojarlas al interior de un arcón. El nuevo uniforme era un verde indefinido, apenas, pensó Farragut, un verde verdoso, apenas el verde de Trinity y los largos meses de verano, pero en todo caso un matiz más intenso que el gris de los muertos en vida. Sólo a Farragut se le ocurrió entonar un compás de «Mangasverdes», y el Cornudo fue el único que sonrió. En vista de la solemnidad de este cambio de color, el escepticismo y el sarcasmo debían parecerles triviales y despreciables, pues por este verde claro los hombres de Amana habían muerto o habían yacido horas en el barro, vomitando y desnudos. Era un hecho. Después de la revolución, la disciplina fue menos rigurosa, y no se revisaba la correspondencia, pero el trabajo de los hombres aún valía medio atado de cigarrillos diario y este cambio de uniforme era el resultado principal obtenido por el disturbio del Muro. Ninguno de ellos era tan estúpido que dijera: «Nuestros hermanos murieron por esto», y casi ninguno era tan estúpido que no pensara en la incalculable avaricia implícita en el hecho de cambiar el atuendo de la población carcelaria con un costo universal y para beneficio de un puñado de hombres que podían pasar más tiempo practicando natación submarina en las Antillas Menores, o haciéndose montar en yates, o en lo que más les agradase. Había una acentuada solemnidad en este cambio de atuendo.

El cambio de ropa fue parte de una atmósfera de amnistía que prevaleció en Falconer después que se aplastó la rebelión del Muro. Marshack había vuelto a colgar sus plantas con el alambre que Farragut había robado, y nadie había encontrado la tecla afilada. Después de la distribución de los uniformes nuevos, era natural que se hiciesen modificaciones. La mayoría de los hombres deseaba que el uniforme nuevo fuese cortado y cosido nuevamente con mayor ajuste. Pasaron cuatro días antes de que se vendiese hilo verde, y la provisión se agotó en una hora, pero Bumpo y Tennis, que sabían coser, formaron un equipo y dedicaron una semana a realizar las pruebas y los cambios. —Toc, toc —dijo el Cornudo, y Farragut lo invitó a pasar, aunque no deseaba realmente, ni nunca había deseado ver a su compañero. Sencillamente, quería oír una voz que no fuera la de la televisión, y sentir en su celda la presencia de otro hombre, de un compañero. El Cornudo era un compromiso, pero no tenía alternativa. El Cornudo se había hecho achicar de tal modo el nuevo uniforme que sin duda le dolía. El asiento de los pantalones seguramente le apretaba el trasero como la silla de una bicicleta de carrera, y era evidente que la entrepierna lo lastimaba. Farragut se dio cuenta, porque se le contrajo la cara cuando se sentó. A pesar de todo el sufrimiento, pensó Farragut con ánimo implacable, no había nada grato que ver, pero por lo demás su pensamiento acerca del Cornudo generalmente era poco caritativo. Cuando su compañero se sentó y se dispuso a hablar de nuevo de su esposa, Farragut pensó que el Cornudo tenía un ego inflable. Mientras se preparaba para conversar, parecía que lo estaban llenando de gas. Farragut pensaba que este aumento de tamaño

era palpable, y que al hincharse el Cornudo arrojaría de la mesa el ejemplar de Descartes, elevaría la mesa contra los barrotes, arrancaría el inodoro y acabaría destruyendo el camastro donde él descansaba. Farragut sabía que el relato del Cornudo sería desagradable, pero lo que Farragut ignoraba era qué importancia podía asignar a las cosas desagradables. Existían, eran invencibles, pero la luz que emitían no se equiparaba con su prominencia. El Cornudo afirmaba poseer una rica veta de información, pero los hechos que él poseía a lo sumo parecían reforzar la ignorancia, la suspicacia y la capacidad de desesperación de Farragut. Suponía que todo eso era parte de su propia disposición, y que quizá necesitaba cultivarlo. El apremio y el optimismo impetuoso podían ser despreciables, y teniéndolo en cuenta no protestó cuando el Cornudo se aclaró la garganta y dijo: —Si me pidieras mi consejo acerca del matrimonio, te aconsejaría no prestar mucha atención a la encamada. Creo que me casé con ella porque sabía encamarme muy bien, quiero decir que era de mi tamaño, que apareció en el momento oportuno, que fue excelente durante años. Pero luego, cuando comenzó a acostarse con todos, no supe qué hacer. No pude obtener consejo de la iglesia, y la ley me dijo únicamente que debía divorciarme, pero, ¿y los chicos? No querían que yo me fuese, aunque sabían lo que ella hacía. Ella incluso habló conmigo del asunto. Cuando me quejé porque se encamaba con todos, me dio esa conferencia acerca de que no era una vida fácil. Me dijo que chupar todos los penes de la calle era un modo muy solitario y peligroso de vivir. Me dijo que se necesitaba coraje, sí, de veras me lo dijo. Me ofreció esa conferencia. Dijo que en el cine y en los libros uno lee que es una cosa muy agradable y fácil, pero que ella tenía que afrontar toda clase de problemas. Me habló de la vez en que estaba viajando, y fue a ese bar y restaurante, a cenar con algunos amigos. En Dakota del Norte se aplica la ley según la cual uno come en un lugar y bebe en otro, y ella había pasado del lugar de beber al lugar de comer. Pero en el bar estaba ese hombre tan apuesto. Ella le dirigió la mirada especial, desde la puerta, y él le respondió en seguida. ¿Sabes lo que quiero decir con eso de la mirada especial?

»Entonces me contó que dijo a sus amigos, hablando en voz muy alta, que no tomaría postre, que iría en el auto a su casa, donde estaba sola, para leer un libro. Dijo todo esto para que él la oyese y supiera que no había marido ni chicos. Conocía al barman, y él daría su dirección al tipo de modo que volvió a casa y se puso una bata, y entonces sonó el timbre y ahí estaba el tipo. Sin pasar del vestíbulo él empezó a besarla, y le llevó la mano al miembro y se bajó los pantalones, ahí no más en el vestíbulo, y entonces ella descubrió que aunque él era muy hermoso, también era muy sucio. Me dijo que seguramente no se había dado un baño desde hacía un mes. Apenas pudo olerlo un poco se resfrió, y comenzó a pensar cómo podía meterlo bajo una ducha. Y él seguía besándola, y quitándose su ropa y oliendo cada vez peor, y entonces ella sugirió que tal vez él quería bañarse. Entonces, de pronto, él se enojó, y dijo que estaba buscando un culo, no una madre, que su madre le decía cuándo necesitaba bañarse, que él no andaba por ahí buscando putas en los salones para que

le dijese cuando necesitaba un baño, y cuándo necesitaba cortarse el cabello y limpiarse los dientes. Así que él se vistió y se fue, y ella me contó eso para demostrar que andar por ahí a la pesca exige mucho coraje.

»Pero yo también hice cosas jodidas. Una vez volví de un viaje y le dije hola y subí a cagar y mientras estaba sentado vi que al lado del inodoro había una pila de revistas de caza y pesca. Entonces, terminé y me subí los pantalones y salí gritando a propósito de ese pescador estreñado con quien ella montaba. Grité y grité. Dije que era muy propio de ella enredarse con un idiota que no podía tirar la línea ni cagar como Dios manda. Dije que me lo imaginaba perfectamente, sentado ahí, el rostro enrojecido, leyendo cómo se pesca el bravo solo en las agitadas aguas del Norte. Le dije que eso era exactamente lo que ella merecía, que nada más que de mirarla podía decir que su destino era dejarse montar por uno de esos empleados de estación de servicio, con la cara llena de granos, que pescan en las revistas y no saben echar su propia mierda. Y ella lloró hasta hartarse, y más o menos una hora después recordé que yo me había suscrito a todas esas revistas de caza y pesca cuando dije que lo lamentaba a ella en realidad no le importó, y yo me sentí como la mierda. —Farragut nada dijo, rara vez decía algo al Cornudo y el Cornudo volvió a su celda y encendió su radio.

Ransome cayó engripado un martes por la mañana, y el miércoles por la tarde, todos, salvo la Piedra, estaban enfermos. El Pollo afirmaba que la causa era el cerdo que habían estado comiendo toda la semana. Sostenía que de su carne había salido volando una mosca. Afirmaba que había capturado la mosca, y ofreció mostrarla a quien quisiera verla, pero nadie lo pidió. Todos se declararon enfermos, pero Walton o Goldfarb anunciaron que la enfermería estaba sobrecargada, y que durante diez días no podía pedirse médico o enfermero. Farragut tenía gripe y fiebre, lo mismo que todo el resto. El jueves por la mañana les dieron, en las celdas, una abundante dosis de calmante, lo que les otorgó una amnistía de una hora respecto de Falconer, aunque pareció impotente en relación con la gripe. El viernes por la tarde por los altavoces se difundió este anuncio. «UNA VACUNA PREVENTIVA CONTRA LA DIFUSIÓN DE LA GRIPE, QUE HA ALCANZADO PROPORCIONES EPIDÉMICAS EN ALGUNAS CIUDADES DEL NOROESTE, SERA ADMINISTRADA A LOS RECLUSOS DEL CENTRO DE REHABILITACIÓN DESDE LAS NUEVE A LAS DIECIOCHO HORAS. ESPERE EL LLAMADO. LA INOCULACIÓN ES OBLIGATORIA Y NO SE RESPETARÁN LOS ESCRÚPULOS SUPERSTICIOSOS O RELIGIOSOS».

—Quieren usarnos como conejos de Indias —dijo el Pollo—. Nos usan como conejos de Indias. Lo sé muy bien. Aquí estaba un hombre que tenía laringitis. Le aplicaron esa medicina nueva, la inyección, se la dieron dos o tres días, y antes de que lo llevaran a la enfermería ya había muerto. Y después, el tipo que tenía gonorrea, un caso leve de gonorrea, y le hicieron inoculaciones y se le hincharon las pelotas, llegaron a ser tan grandes como pelotas de básquet, y se hincharon y se hincharon y no podía caminar, y tuvieron que llevarlo sobre una tabla, con esos globos grandes bajo la sábana. Y después, el tipo que le supuraban los huesos, la médula le salía de

los huesos y estaba muy débil, de modo que le dieron esas inyecciones, experimentales, y se convirtió en piedra, se convirtió en piedra, ¿verdad, Chiquito? Chiquito, di que es verdad lo del tipo que perdía por los huesos y se hizo piedra.

—Chiquito no está —dijo Walton—. Chiquito no viene hasta el sábado.

—Bueno, Chiquito les dirá cuando venga. Se hizo piedra. Como cemento, o piedra. Chiquito le grabó sus iniciales en el culo. Se convirtió en piedra ante nuestros propios ojos. Y los rayados. Si creen que uno está rayado le dan esa inyección verde, verde amarillo, y si no funciona uno se vuelve tan loco, que nadie lo creería. Como ese tipo que decía que podía tocar el himno nacional con las uñas de los pies, se pasaba el día en eso, y le dieron la inyección experimental. Bueno, primero se arrancó un pedazo de una oreja, no recuerdo cuál, y después se metió los dedos en los ojos y se volvió ciego. Chiquito, ¿no es verdad, no es verdad, Chiquito, lo del líquido verde amarillo que dan a los locos?

—Chiquito no está —dijo Walton—. No viene hasta el sábado, y no tengo paciencia con ustedes. Tengo esposa y un bebé en casa, y necesitan la vacuna, pero no me la dan para ellos. Ustedes tienen medicinas que los millonarios no pueden pagar, y lo único que hacen es quejarse.

—No, qué diablos —dijo el Pollo—. Aceptaré lo que me den gratis, pero no soy un conejo de Indias.

Los vacunaron el sábado por la tarde, no en la enfermería, sino en el depósito, en las ventanillas que decían EXTRA GRANDE, GRANDE, MEDIANO y PEQUEÑO. Quince o veinte hombres del grupo cuyas creencias religiosas les prohibían aceptar medicinas fueron acorralados al lado del arcón de las ropas viejas, y Farragut se preguntó si poseía creencias religiosas que justificaran el confinamiento solitario. Estaba su dependencia espiritual y química respecto de las drogas, por las cuales probablemente podía matar a un hombre. Comprendió entonces, y sólo entonces, que no le habían dado metadona durante los tres días de la revolución y los tres días de la plaga. No entendía nada. Uno de los ayudantes que aplicaba las inyecciones era el hombre que le había dado metadona. Cuando Farragut se levantó la manga y ofreció su brazo a la aguja preguntó: —¿Por qué no me dieron la metadona? Es contrario a la ley. En mi sentencia dice bien claro que tengo derecho a la metadona. —Eres un hijo de perra tonto —dijo amablemente el ayudante—. Varios estuvimos preguntándonos cuándo te darías cuenta. Hace casi un mes que te damos placebos. Estás curado, amigo, estás curado. —Clavó la aguja en el brazo de Farragut y él se estremeció un poco ante el dolor extraño y antinatural, e imaginó la difusión de la vacuna en su sangre. —No es posible —dijo Farragut—, no es posible. —Cuenta los días —dijo el ayudante—, cuenta los días. Adelante. —Farragut estaba aturdido. Se dirigió a la puerta, donde esperaba el Pollo. La notable estrechez mental de Farragut estaba ilustrada por el hecho de que le molestaba que el Departamento Correccional hubiese tenido éxito donde habían fracasado los tres tratamientos supercientíficos. El Departamento Correccional no podía haber acertado. Y el propio Farragut no podía felicitarse de

haber dominado la adicción, puesto que no había tenido conciencia del asunto. Entonces, una imagen de su familia, de sus soleados orígenes, se formó en su mente. ¿Quizás ese grotesco reparto —el viejo en su lancha, la mujer bombeando nafta con el manto que usaba en la ópera—, su piadoso hermano— le habían transmitido cierto sentido puro, tosco y perdurable de perseverancia? —Adopté una importante decisión —dijo el Pollo, enlazando su brazo con el de Farragut. Adopté una decisión muy importante. Voy a vender mi guitarra. —Farragut sintió sólo la insignificancia de la decisión del Pollo a la luz de lo que acababa de saber, eso y el hecho de que el Pollo parecía aferrarse desesperadamente a su brazo. El Pollo parecía sentirse realmente débil y viejo. Farragut no se decidió a decirle que estaba curado. —¿Por qué vendes tu guitarra, Pollo? —preguntó—. ¿Por qué harás una cosa así? —Puedes adivinar tres veces —dijo el Pollo—. Farragut tuvo que pasarle el brazo sobre la cintura para ayudarlo a subir la pendiente del túnel, de donde pasaron al pabellón.

Todo estaba muy tranquilo. La fiebre de Farragut le recordó la gloria de las drogas, algo de lo que parecía haber abjurado. Experimentaba cierto sopor. Y entonces ocurrió una cosa extraña. En la puerta abierta de su celda vio un joven de cabellos luminosos e inmaculadas ropas clericales, sosteniendo una bandejita con un cáliz de plata y un copón. —He venido a celebrar la Sagrada Eucaristía —dijo. Farragut descendió de la cama. El extraño entró en la celda. Tenía un olor muy limpio, Farragut lo advirtió cuando se le acercó, y preguntó: —¿Debo arrodillarme? —Sí, por favor —dijo el sacerdote—. Farragut se arrodilló sobre el cemento gastado, esa superficie de alguna vieja ruta. La idea de que esos elementos podían estar destinados a sus últimos ritos no lo desconcertó. Su mente estaba totalmente vacía, y él se incorporó del todo a la pavana verbal que se le había enseñado cuando niño. —Santo, Santo, Santo —dijo con voz alta y viril. —El cielo y la tierra están colmados de Tu Gloria. Gloria a Ti —oh Señor de las alturas. —Cuando recayó sobre él la bendición de la paz que supera a toda comprensión, dijo: —Gracias, Padre —y el cura dijo: —Bendito seas, hijo mío. —Pero cuando el joven abandonó su celda y el pabellón, Farragut empezó a gritar: —Bueno, ¿qué demonios era eso, Walton? ¿Quién diablos era?

—Un alma buena —dijo Walton—. Tengo que estudiar.

—Pero, ¿cómo entró? No pedí un cura. Y no visitó a nadie más. ¿Por qué me eligió?

—Este sitio está echándose a perder —dijo Walton—. No es raro que haya disturbios. Dejan entrar a todo el mundo. Vendedores. Enciclopedias. Sartenes. Aspiradoras de polvo.

—Escribiré al gobernador —dijo Farragut—. Si no podemos salir, ¿por qué dejan entrar a todo el mundo? Nos sacan fotos, nos dan la Sagrada Eucaristía, nos piden el nombre de soltera de nuestra madre.

Esa noche despertó a hora avanzada. El retrete lo despertó. No miró la hora. Desnudo, se acercó a su ventana. En el camino había luces muy vivas. Frente a la

entrada principal había estacionada una camioneta con el motor en marcha. Sobre el techo había un equipo de esquí. Entonces vio a dos hombres y una mujer que bajaban la escalera. Los tres calzaban zapatillas de tenis. Llevaban un ataúd de madera de viejo estilo con una cruz pintada en la tapa. Estaba diseñado de modo que se ajustaba al concepto rudimentario de un varón bizantino, con hombros anchos y curvos, y una base delgada. Lo que contenía no pesaba casi nada. Sin esfuerzo lo pusieron sobre el bastidor de esquíes, lo aseguraron y se alejaron en el vehículo. Farragut regresó a la cama y durmió.

El domingo por la tarde, cuando fue a tomar su guardia, Chiquito trajo a Farragut media docena de tomates y le pidió que llevase al Pollo a su celda. El viejo necesitaba cuidados. Chiquito explicó que la enfermería estaba totalmente ocupada por camas, habían armado camas en la sala de espera, la oficina de la administración y los corredores, pero aún así no había espacio. Farragut comió sus tomates y aceptó. Farragut preparó su cama en el camastro superior, y Chiquito consiguió sábanas y una manta y preparó una cama para el Pollo. Cuando Chiquito trajo al Pollo por el corredor, el hombre parecía medio dormido, y olía mucho. —Lo lavaré antes de meterlo entre las sábanas limpias —dijo Farragut. —Es cosa tuya— dijo Chiquito. —Te lavaré —dijo al Pollo. —No tienes por qué hacerlo —dijo el Pollo— pero yo no pude caminar hasta la ducha. —Ya lo sé, ya lo sé. —Trajo una palangana con agua, consiguió un trapo y despojó al Pollo de las prendas inútiles que llevaba puestas.

El famoso tatuaje, en el cual había despilfarrado la fortuna amasada en su condición de brillante ladrón, comenzaba muy exactamente en el cuello, como un suéter bien cortado. Todos los colores se habían apagado, e incluso el azul del diseño principal se había convertido en gris. ¡Qué espectáculo chillón debió haber sido! El pecho y la parte superior del abdomen estaban ocupados por el retrato de un caballo llamado Lucky Bess. En el brazo izquierdo tenía una espada, un escudo, una serpiente y la leyenda «La Muerte Antes Que el Deshonor». Debajo la palabra «Madre», rodeada de flores. En el brazo derecho una bailarina lasciva, que probablemente se meneaba cuando el Pollo flexionaba los bíceps. Estaba sobre las cabezas de una multitud que le cubría el antebrazo. La mayor parte de la espalda era un ancho paisaje montañoso con un sol naciente, y debajo, formando un arco sobre sus nalgas, Farragut leyó, con letras góticas descoloridas y torpes: «Los que entráis aquí, abandonad toda esperanza». De la ingle partían serpientes que se enroscaban alrededor de las dos piernas, y los dedos de los pies eran los colmillos. Todo el resto de su cuerpo era un denso follaje. —Pollo, ¿cómo vendiste tu guitarra? —preguntó. —Por dos cartones de mentolados —dijo el Pollo. —Pero, ¿por qué... por qué? —La curiosidad mató al gato —dijo el Pollo—. Zeke, ¿por qué mataste a tu hermano?

Farragut pensaba que el accidente o lo que ellos llamaban el asesinato había ocurrido a causa de que siempre que recordaba a su familia o soñaba con ella los veía de espaldas. Siempre estaban saliendo con gesto indignado de las salas de concierto, los teatros, los estadios deportivos y los restaurantes, y él, que era el menor, siempre

marchaba a la zaga. —Si Koussevitzky cree que yo escucharé eso... —Ese referí es un sinvergüenza. —Esta obra es un producto degenerado. —No me gusta el modo en que ese mozo me miró. —Ese empleado es un insolente. —Y así por el estilo. No llegaban al final de casi nada, y así los recordaba, encaminándose, quién sabe por qué con impermeables húmedos, hacia la salida. Se le había ocurrido que tal vez padecían terriblemente de claustrofobia, y disfrazaban de indignación moral este defecto.

Además, siempre se mostraban muy dadivosos, especialmente las damas. Siempre estaban recolectando dinero para comprar pollos flacos destinados a la gente que vivían en inquilinatos, u organizando escuelas privadas que a menudo quebraban. Farragut suponía que hacían cierto bien, pero siempre le había parecido que esa magnanimidad era dolorosamente embarazosa, y sabía muy concretamente que alguna de las personas que vivían en inquilinatos no querían saber nada con los pollos flacos. Eben, el único hermano de Farragut, incluía los dos rasgos de la familia. Consideraba impertinente a la mayoría de los camareros, los encargados de los bares y los empleados, y reunirse con él a almorzar en un restaurante casi siempre significaba una escena. Eben no distribuía pollos, pero había informado a Farragut que los sábados por la mañana leía a los ciegos en el Hogar Twin Brooks. Ese sábado Farragut y Marcia fueron en el auto a la región donde vivían Eben y Carrie. Hacía más de un año que los hermanos no se veían. Farragut pensaba que su hermano era un individuo pesado e incluso grosero. La vida de sus dos hijos era trágica, y Farragut miraba con hostilidad el hecho de que a juicio de Eben esas tragedias fuesen simplemente una parte natural de la vida. Cuando llegaron, Eben se disponía a salir para el Hogar de Ciegos, y Farragut acompañó a su único hermano.

El Hogar Twin Brooks era un complejo de construcciones de una planta, con una vista tan notable de cierto río y ciertas montañas que Farragut se preguntó si el dilatado paisaje podía consolar o amargar a los moribundos. Cuando llegaron al lugar el calor era sofocante, y mientras Farragut seguía a su hermano que atravesaba el vestíbulo, advirtió que la atmósfera excesivamente caldeada estaba muy perfumada. Una tras otra olió, con su larga nariz, las imitaciones de las conmovedoras fragancias de la primavera y el verdor. De los baños brotaba el olor de pino. Las salas olían a rosas, vistarias, claveles y limones. Pero todo esto era tan absurdamente artificial que uno podía imaginar las botellas y las latas en las cuales se almacenaban los aromas, apiladas en estantes de un aparador.

Los moribundos, que eso eran, estaban demacrados.

—Su grupo espera en la Sala Jardín —dijo un enfermero a Eben. Tenía los cabellos negros relucientes, el rostro hundido, y dirigió a Farragut la mirada del buscón que era. La habitación en la cual entraron se llamaba Sala Jardín, presumiblemente porque los muebles eran de hierro y estaban pintados de verde, y recordaban a los jardines. La pared estaba empapelada con un paisaje que representaba un jardín. Había ocho pacientes. La mayoría ocupaba sillas de ruedas. Uno de ellos maniobraba con un trípode. Una mujer no sólo estaba ciega, sino que le

habían amputado las piernas en el muslo. Otra mujer ciega se había aplicado mucho *rouge*. Tenía las mejillas ardientes. Farragut ya había visto lo mismo en ancianas, y se preguntaba si era una excentricidad propia de la edad, aunque ella misma no podía haber visto lo que hacía.

—Buenos días, damas y caballeros —dijo Eben—. Éste es mi hermano Zeke. Continuaremos leyendo *Romola*, de George Eliot. Capítulo quinto. «La Via de Bardi, una calle destacada en la historia de Florencia, está en Oltrarno, esa parte de la ciudad que se extiende sobre la orilla meridional del río. Va desde el Ponte Vecchio a la Piazza de’Mozzi, al comienzo del Ponte Grazie; a la derecha, la línea de casas y muros tiene detrás la pendiente bastante empinada que en el siglo xv se denominaba la colina de Bogoli, la famosa cantera de piedra de donde la ciudad extrajo su pavimento —de consistencia peligrosamente inestable cuando se filtran las lluvias...».

Los ciegos mostraban muy poca atención. La mujer del *rouge* se durmió y roncaba levemente, pero roncaba. Después de una página o dos la amputada se propulsó fuera del cuarto. Eben siguió leyendo a los casi muertos, los truncados, los ciegos y los moribundos. Considerando la pasión de Farragut por el cielo azul, pensó que su hermano era despreciable; si bien eran tan parecidos que podía tomárselos por mellizos. Farragut no quería mirar a su hermano y mantenía los ojos fijos en el suelo. Eben leyó hasta el final del capítulo, y cuando salían Farragut le preguntó por qué había elegido *Romola*.

—Lo eligieron ellos —dijo Eben.

—Pero la pintada de rojo se durmió —dijo Farragut.

—Eso es frecuente —dijo él—. A esta altura de la vida uno no los culpa de nada. Ni se ofende.

Durante el viaje de regreso Farragut se sentó lo más lejos posible de su hermano. Marcia abrió la puerta.

—Oh, lo siento muchísimo, Eben —dijo—, pero tu esposa está muy trastornada. Hablábamos de la familia, y algo que ella recordó o algo que yo dije la hizo llorar.

—Llora siempre —dijo Eben—. No le prestes atención. Llora en los desfiles, en los conciertos de música rock; el año pasado lloró durante toda la Serie Mundial. No lo tomes en serio, ni te culpes. Siéntate, te traeré una copa. —El rostro de Marcia estaba pálido. Farragut sabía que ella veía ese trágico hogar mucho más claramente que él. En ese momento Eben trabajaba como ejecutivo rentado de una fundación de beneficencia que prolongaba la tradición de distribuir pollos flacos. Su matrimonio podía desecharse, si uno era tan superficial, como una colisión sentimental y erótica extraordinaria. Había que tener en cuenta las vidas de los dos hijos, y esas vidas parecían arruinadas por las reverberaciones de este desastre matrimonial. El joven, el único hijo de Eben, estaba cumpliendo una sentencia de dos años en el correccional de Cincinnati por su participación en cierta demostración por la paz y contra cierta guerra. Raquel, la hija, tres veces había intentado suicidarse. Farragut había

exorcizado los detalles, pero Marcia los recordaría. Primero, Raquel se había metido en el desván con un litro de vodka, veinte seconales y una de esas bolsas de la aspiradora de polvo que pueden asfixiarlo a uno. La segunda vez, después de una gran fiesta en Nuevo México se había arrojado al pozo lleno de brasas del asado, y otra vez la habían salvado, desfigurada, pero la salvaron. Un mes más tarde se había volado un pedazo de la cara con una escopeta de calibre dieciséis, utilizando una bala número nueve. Salvada otra vez, había escrito dos cartas nerviosas y apasionadas a su tío, explicándole su decisión de morir. Estas cartas habían inspirado a Farragut cierto amor por el bendito paradigma, la belleza del régimen, la gloria de la sociedad organizada. Raquel era una aberración, y Farragut estaba dispuesto a barrerla bajo la alfombra, como parecía haber hecho su padre. La casa de Eben, la cuna de estas tragedias, se distinguía por su tradicional compostura.

La casa era muy antigua, lo mismo que la mayor parte de los muebles. Sin prestar mayor atención al asunto, Eben había reconstruido el ambiente de lo que, según afirmaba, era su miserable niñez. El bisabuelo había traído la porcelana azul desde Cantón, en un barco de vela, y ellos habían aprendido a gatear sobre los jeroglíficos tejidos en las alfombras turcas. Marcia y Zeke se sentaron, y Eben buscó en la alacena, ocupado en preparar algunas bebidas. Su esposa, Carrie, estaba en la cocina, sentada sobre un taburete y llorando.

—Me marchó —sollozó—, me marchó. No tengo por qué escuchar más tu basura.

—Oh, cállate —gritó Eben—. Cállate. Cállate. Hasta donde recuerdo estás abandonándome una vez por semana, o más a menudo. Empezaste a abandonarme antes de que me pidieses en matrimonio ¡Dios mío! Salvo que alquiles espacio en un depósito, en todo el condado no hay una casa que tenga espacio suficiente para tus ropas. Eres casi tan portátil como la producción de *Turandot* por la compañía de la Metropolitan Opera. Nada más que sacar de aquí todas tus porquerías exigiría el trabajo de un grupo de hombres durante varias semanas. Tienes centenares de vestidos, sombreros, abrigos de piel y zapatos. Me veo obligado a colgar mi ropa en el lavadero. Y ahí está tu piano, y la mierdosa biblioteca de tu abuelo, y ese busto de Homero que pesa más de doscientos kilos...

—Me marchó —sollozó ella—, me marchó.

—Oh, acábala —gritó Eben—. ¿Cómo puede pretenderse que tome en serio, ni siquiera durante una pelea, a una mujer que con mucho gusto se miente a sí misma?

Cerró la puerta de la cocina y distribuyó las bebidas.

—¿Por qué eres tan cruel? —preguntó Farragut.

—No siempre soy cruel —dijo él.

—Creo que lo eres —dijo Marcia.

—Hice muchísimo para obtener cierta comprensión —dijo Eben—. Por ejemplo. Carrie quería un televisor en la cocina, y le compré un excelente aparato. Lo primero que hace por la mañana es bajar y empieza a hablar a la televisión. Cuando duerme usa una especie de sombrero, como el que se ponen las mujeres para darse una ducha,

y se aplica al rostro una serie de aceites rejuvenecedores. En fin, por la mañana se sienta con ese sombrero puesto, y habla al televisor a la velocidad de un kilómetro por minuto. Refuta los noticiosos, se ríe de las bromas y en general sostiene una conversación. Cuando salgo a trabajar no se despidе, está demasiado ocupada hablando con la televisión. Cuando vuelvo a casa, por la noche, a veces saluda, pero eso es muy raro. Generalmente está muy ocupada charlando con los locutores de los noticiosos, y no puede prestar atención. Después, a las seis y media, dice: «Te serviré la cena». A veces, es la única frase que le oigo durante todo el día, a veces durante una semana, y a veces más tiempo. Después, sirve la comida y vuelve con un plato a la cocina, y cena allí, conversando y riendo con un programa llamado Proceso y Error. Cuando voy a acostarme, está conversando con un viejo film.

»Bueno, les diré lo que hice. Tengo un amigo llamado Potter. Trabaja en la televisión. A veces tomamos el mismo tren para ir a la ciudad. En fin, le pregunté si era difícil intervenir en Proceso y Error, y contestó que no, que pensaba que era posible arreglarlo. Entonces, me llamó pocos días después y dijo que quizá pudiese darme algo en el programa Proceso y Error del día siguiente. Es un número vivo, y yo debía estar en el estudio a las cinco, para que me diesen maquillaje, y todo eso. Es uno de esos números en los cuales uno paga prendas, y lo que había que hacer esa noche era caminar sobre una cuerda tendida a cierta altura encima de un tanque de agua. Me dieron un traje, porque me mojaría, y tuve que firmar toda clase de papeles liberándolos de cualquier responsabilidad. De modo que me puse el traje y afronté la primera parte del número, sonriendo constantemente a las cámaras. Quiero decir que sonreía a Carrie. Pensé que por una vez debía estar mirando mi sonrisa. Después, trepé por la escalera hasta la cuerda tendida, y empecé a caminar sobre el estanque y caí. El público no rió demasiado, de modo que utilizaron una grabación con risas estruendosas. Finalmente, me vestí, volví a casa, y grité: “Eh, eh, ¿me visten en la televisión?”. Ella descansaba en un sofá de la cama, al lado del gran televisor. Estaba llorando. Bueno, pensé que me había equivocado, que lloraba porque yo había hecho el papel del tonto, cayéndome en el tanque. Siguió llorando y sollozando y yo dije: “¿Qué pasa, querida?”. Y ella contestó: “¡Mataron a la osa polar, mataron a la osa polar!”. Me había equivocado de programa. Me metí en otro programa, pero no puedes decir que no hice lo posible».

Cuando se puso de pie para recoger los vasos movió la cortina de la ventana junto a la cual estaba sentado, y Farragut vio que detrás de la cortina había dos botellas de vodka vacías. Tal vez eso explicaba su andar impasible, como de hombre de mar, el hablar tartajoso y su aire de estúpida compostura. De modo que, con la esposa sollozando en la cocina, y su pobre hija loca y el hijo en la cárcel, Farragut preguntó: —Eben, ¿por qué vives así?

—Porque me gusta —dijo Eben. Después se inclinó, alzó la alfombra turca y la besó con su boca húmeda.

—Estoy seguro de una cosa —gritó Farragut—. No quiero ser tu hermano. No

quiero que nada en la calle, nadie en el mundo diga que me parezco a ti. Seré un desequilibrado o un adicto antes de que me confundan contigo. Haré cualquier cosa antes que besar una alfombra.

—Bésame el trasero —dijo Eben.

—Heredaste el gran sentido del humor de papá —dijo Farragut.

—Él deseaba que tú murieses —gritó Eben—. Apuesto a que no sabías eso. Me quería, pero deseaba matarte. Me lo dijo mamá. Hizo venir a casa a un abortero. Tu propio padre quería que murieses.

Entonces, Farragut golpeó a su hermano con un atizador de hierro. La viuda atestiguó que Farragut había golpeado a su hermano de dieciocho a veinte veces, pero ella era una mentirosa, y Farragut consideraba despreciable al médico que había confirmado esta mentira.

El proceso que le hicieron le pareció la mediocre demostración de un sistema judicial decadente. Se lo condenó como drogadicto y aventurero sexual, y se lo sentenció a prisión por el asesinato de su hermano. —Su sentencia sería más leve si usted fuera un hombre menos afortunado —dijo el juez—, pero la sociedad ha prodigado y malgastado sus riquezas en usted, y ha fracasado del todo en sus esfuerzos por crear en usted mismo esa conciencia que es la característica de un ser humano educado y civilizado, y de un miembro útil de la sociedad. —Marcia no dijo nada para defenderlo, aunque le había sonreído desde el estrado de los testigos, le había sonreído con tristeza mientras concordaba con la descripción general de la atroz humillación de estar casada con un drogadicto para quien la obtención de sus drogas estaba varios kilómetros por delante del amor por su esposa y su único hijo. Podía recordar el olor rancio del tribunal, las persianas de las ventanas del aula, la sensación de un tedio agudo que se asemejaba a las manipulaciones del torturador más implacable y refinado, y si lo último que veía del mundo era la sala del tribunal, afirmaba que no le pesaría, aunque en realidad estaba dispuesto a aferrarse a una tabla del piso, a una salivadera o a un banco gastado si creía que eso podía salvarlo.

—Me muero, Zeke, me muero —dijo el Pollo número dos—. Siento que me muero, pero no perjudica mi cerebro, no perjudica mi cerebro, no perjudica mi cerebro, no perjudica mi cerebro. —Se durmió.

Farragut permaneció en el mismo sitio. Oía música y voces de las radios y la televisión. En la ventana aún había luz. El Pollo número dos despertó de pronto y dijo: —Mira, Zeke, no tengo ningún miedo de morir. Sé que eso parece mentira y cuando la gente solía decirme que como ya le había sentido el gusto a la muerte no la temía, yo pensaba que hablaba sin categoría, sin ninguna categoría. Me parecía que si uno hablaba así no tenía clase, era como pensar que uno se veía hermoso en un espejo; esa porquería de que uno no tiene miedo a la muerte indica poca clase. Cómo puede decirse que uno no tiene miedo de abandonar la fiesta si es como una fiesta,

incluso cuando parece jodida; incluso las salchichas y el arroz saben bien cuando uno tiene hambre, incluso un barrote de hierro es bueno para tocar, y es agradable dormir. Es como una fiesta incluso en máxima seguridad, ¿y quién quiere salir de una fiesta para meterse en algo que nadie conoce? Si uno piensa así no tiene categoría. Pero siento que estuve por aquí más de cincuenta y dos años. Sé que me crees más joven. Todos lo creen, pero en realidad tengo cincuenta y dos. Pero mira tu caso, por ejemplo. Nunca hiciste nada por mí. Y mira el Cornudo, por ejemplo. Hizo todo por mí. Me consigue cigarrillos, papel, comida de la calle, y me llevo bien con él, pero no me gusta. Lo que quiero decir es que no aprendí todo lo que sé por experiencia. Tú me gustas y el Cornudo no me gusta, y eso es todo, y entonces imagino que seguramente entré en esta vida con los recuerdos de otra vida, y entonces seguro que pasaré a otra cosa y sabes algo, Zeke, sabes algo, tengo muchos deseos de ver cómo será, tengo muchísimos deseos. No quiero hablar como esos rayados que no tienen categoría, uno de esos rayados que andan por ahí diciendo que como ya le conocen el gusto a la muerte no tienen miedo, ni un poco de miedo. Yo tengo categoría. Quiero decir que si ahora mismo, ahora mismo me sacaran de aquí y me pusieran frente a un pelotón de fusilamiento saldría riéndome, y no quiero decir una risa amarga o triste, quiero decir una auténtica risa. Iría allí y bailarían con mucha elegancia, y con suerte tendría una buena erección, y después, cuando oyeran la orden de fuego yo abriría los brazos para que no se perdiese una sola bala, para aprovechar bien los tiros, y después caería, pero caería un hombre muy feliz porque estoy sumamente interesado en saber qué vendrá después. Estoy muy interesado en saber qué vendrá después.

Aún había un poco de luz en la ventana. De la radio de Ransome llegaba músicaailable, y al final del corredor, en la televisión, podía ver a un grupo de personas que tenían problemas. Un viejo se embriagaba con el pasado. Un joven se embriagaba con el futuro. Había una mujer joven que tenía problemas con sus amantes, y se veía a una vieja ocultando botellas de ginebra en cajas de sombreros, refrigeradores y cajones de escritorio. Por las ventanas, más allá de las cabezas y los hombros, Farragut pudo ver olas rompiendo en una playa blanca, y las calles de una aldea y los árboles de un bosque, pero ¿por qué permanecían todos en un cuarto, peleando, cuando podían caminar hacia la tienda o realizar una excursión a los bosques, o ir a nadar al mar? Podían hacer todo esto. ¿Por qué se quedaban adentro? ¿Por qué no atendían el llamado del mar, y Farragut oía a su llamado, imaginaba la claridad de la sal marina que se extendía sobre los bellos guijarros? El Pollo número dos roncaba ruidosamente, su respiración era gutural, o quizá era el estertor de la muerte.

Se hubiera dicho un instante conspirativo en su intensidad. Farragut se sentía perseguido, pero se adelantaba fácilmente a sus perseguidores. Se necesitaba astucia; y parecía que él tenía astucia, astucia y ternura. Se dirigió a la silla que estaba al lado de la cama del Pollo número dos y tomó en su mano la mano cálida del moribundo. Le parecía que de la presencia del Pollo número dos extraía un sentimiento profundo de libertad; parecía absorber algo que el Pollo número dos estaba dándole

afectuosamente. Experimentó cierta incomodidad en el cachete derecho de sus nalgas, y medio incorporado, vio que se había sentado sobre la dentadura postiza del Pollo. —Oh, Pollo —exclamó—, me mordiste el culo. —Su risa fue la risa de la ternura más profunda, y después empezó a sollozar. Su sollozo era convulsivo, y lo siguió, y dejó que se agotara solo. Después, llamó a Chiquito. Chiquito vino sin hacer preguntas. —Llamaré a un médico —dijo. Entonces, viendo el brazo desnudo del Pollo con sus dibujos densos y descoloridos de tatuajes grises, dijo: —No creo que haya gastado dos mil en tatuajes, como dijo. Me parece que fueron más bien doscientos. Estranguló a una vieja. Ella tenía ochenta y dos dólares en un jarrón. —Después se marchó. La luz de la ventana se había extinguido. La músicaailable y los malentendidos de la televisión continuaban sin pausa.

El médico llegó y tenía puesto el mismo sombrero que usaba cuando los revisó, durante la revolución. Su aspecto era de suciedad, como antes. —Avisé a la dirección —dijo a Chiquito—. No podemos trasladar fiambres hasta las veintidós horas —dijo Chiquito—. Es el reglamento. —Bueno, en ese caso avise después. No fermentará. Es puro hueso. —Salieron, y después Verónica y otro enfermero entraron con un armazón de metal liviano en forma de canoa, que contenía un largo saco oscuro. Metieran allí al Pollo y se fueron. La televisión y la radio de Ransome transmitían anuncios comerciales, y Ransome aumentó el volumen de su radio, lo cual quizá era una actitud bondadosa.

Farragut se puso de pie dificultosamente. Se necesitaba astucia; astucia y el coraje de ocupar el lugar que le correspondía en las cosas, según él las veía. Abrió el cierre relámpago del saco. El ruido del cierre era una suerte de sonsonete, un recuerdo habitual de maletas que se cierran, artículos de tocador y sacos de ropas antes de que uno salga para tomar el avión. Inclínados sobre el saco, los brazos y los hombros dispuestos a levantar un peso, descubrió que el Pollo número dos no pesaba. Depositó al Pollo en su propia cama y se disponía a entrar en el saco mortuario cuando un azar, un golpe de suerte, un recuerdo lo indujo a retirar una hojita de su máquina de afeitar antes de meterse en la mortaja y cerrarla sobre su cara. Estaba muy encerrado, pero el olor de su tumba no era más que el olor de la tela; el olor de una tienda.

Los hombres que vinieron a buscarlo seguramente usaban suela de goma, porque él no los oyó entrar y no supo que estaban allí hasta que sintió que lo alzaban del piso y lo llevaban. Su aliento había comenzado a humedecer la tela de su mortaja, y le dolía la cabeza. Abrió muy grande la boca para respirar, temeroso de que oyesen el ruido que hacía y más temeroso aún de que el estúpido animalismo de su cuerpo se dejase dominar por el pánico, y cayese en convulsiones, y diese gritos pidiendo que lo dejaran salir. Ahora que la tela se había humedecido, la humedad acentuaba el olor de la goma y él tenía el rostro empapado, y jadeaba. Después, se calmó su pánico y oyó que abrían y cerraban las dos primeras puertas, y sintió que bajaban por la pendiente del túnel. Que recordara, jamás lo habían transportado. (Su madre, muerta hacía mucho tiempo, sin duda lo había trasladado de un lugar a otro, pero él no lo

recordaba). La sensación de ser llevado pertenecía al pasado, pues le infundía un extraño sentimiento de inocencia y pureza. Qué extraño ser llevado a esa altura de la vida y hacia algo que él no conocía realmente, según parecía liberado de su propia crudeza erótica, de su desdén superficial y su risa dolorida —no un hecho, sino una posibilidad, algo parecido a la luz vespertina en las copas de los árboles, algo inútil y conmovedor—. Qué extraño estar vivo y ser adulto, y que a uno lo llevaran.

Sintió que el terreno se nivelaba en la base del túnel, cerca de la entrada de los proveedores, y oyó que el guardia del puesto número 8 decía: —Otro indio mordió el polvo. ¿Qué se hace con estos Sin Parientes Conocidos? —Cuesta poco quemar a los SPC —dijo uno de los hombres—. Farragut oyó abrirse y cerrarse los últimos barrotes de la prisión, y sintió los pasos desiguales sobre el sendero. —No lo sueltes, por Cristo —dijo el primer hombre—. Por Cristo, no lo sueltes. —Mira esa luna de mierda, ¿quieres? —dijo el segundo de los hombres—. ¿Quieres mirar esa luna de mierda? —Ahora sin duda estaban franqueando la entrada principal, en dirección al portón exterior. Sintió que lo bajaban. —¿Dónde está Charlie? —preguntó el primero de los hombres—. Dijo que llegaría tarde —replicó el segundo—. Su suegra tuvo un ataque al corazón esta mañana. Usa su propio automóvil, pero la esposa tuvo que llevarla al hospital. —Bueno, ¿dónde está el coche fúnebre? —dijo el primero de los hombres—. Lo llevaron a engrasar y cambiar el aceite —dijo el segundo—. Bueno, que me cuelguen —dijo el primero—. Calma, calma —dijo el segundo—. Te pagan horas extras por hacer nada. El año pasado, el año anterior, antes de que Peter comprara el salón de belleza, Pete y yo tuvimos que llevar un tipo de ciento cuarenta kilos. Siempre creí que podía hacerlo sin problemas, pero tuvimos que descansar unas diez veces para sacar de aquí a ese SPC. Nos quedamos sin aliento. Espera aquí. Iré al edificio principal, y llamaré a Charlie, a ver dónde está. —¿Qué clase de coche tiene? —preguntó el primero—. Una camioneta —dijo el segundo—. No sé de qué año. Creo que la compró de segunda mano. Le puso un guardabarros nuevo. Tuvo problemas con el distribuidor. Lo llamaré. —Un momento, un momento —dijo el primero—. ¿Tienes un fósforo? —Sí —dijo el segundo—. Aquí están. —Farragut oyó que encendían un fósforo. —Gracias —dijo el primero, y Farragut oyó alejarse los pasos del segundo.

Estaba del lado exterior del portón, o en algún lugar próximo. Los guardias de las torres estaban desarmados a esa hora, pero debía tener cuidado con la luz de la luna. Su vida dependía de la luz de la luna y de un automóvil de segunda mano. Era posible que el distribuidor fallara, que el carburador desbordase, y que fuesen juntos en busca de herramientas, mientras Farragut escapaba. Entonces, oyó otra voz: —¿Quieres una cerveza? —¿Tienes? —preguntó sin entusiasmo el hombre, y Farragut los oyó alejarse.

Moviendo los hombros y los brazos tocó los puntos de resistencia de su mortaja. La trama de la tela estaba reforzada con caucho. El extremo superior de la mortaja estaba sostenida por alambre grueso. Extrajo del bolsillo la hojita de afeitar y

comenzó a cortar, paralelamente al cierre. La hoja penetraba en la tela, pero lo hacía lentamente. Necesitaba tiempo, pero no anhelaba tiempo, ni ninguna otra cosa. Se conformaba con la fuerza del amor, una presencia que sentía como los comienzos de una escalera. La hoja de afeitar cayó de sus dedos, sobre su camisa, y con un sacudón aterrorizado, convulsivo y torpe hizo que la hoja se deslizase hacia el fondo del saco. Entonces, buscándola desesperado, se cortó los dedos, los pantalones y el muslo. Se palmeó el muslo, y sintió la humedad de la sangre, pero parecía que eso le había ocurrido a otra persona. Con la hoja húmeda entre los dedos, continuó cortando las paredes de su encierro. Una vez liberadas las rodillas, las levantó, retiró la cabeza y los hombros del cabezal de la mortaja, y salió de su tumba.

Las nubes ocultaban la luz de la luna. Vio a dos hombres en las ventanas de una torre de vigilancia. Uno de ellos bebían de una lata. Cerca del lugar donde lo habían depositado se alzaba una pila de piedras, y tratando de determinar cuál sería su peso en piedras comenzó a llenar con ellas la mortaja, de modo que los hombres arrojaran piedras al fuego. Se limitó a salir caminando por el portón, y se encontró en una calle estrecha, en la cual la mayoría de los habitantes sin duda era gente pobre, y la mayoría de las casas estaba a oscuras.

Adelantaba primero un pie y después el otro. Así era el asunto. Las calles estaban muy iluminadas, porque era ese período de nuestra historia en que uno podía leer letra pequeña de un libro de rezos en cualquiera de las calles habitadas por los pobres. Esta luz escrupulosa estaba destinada a eliminar a los violadores, los asaltantes y los hombres dispuestos a estrangular a ancianas de ochenta y dos años. La luz intensa y la sombra oscura que él formaba no lo alarmaron, y tampoco lo alarmó la posibilidad de que lo persiguieran y capturasen, pero lo que en efecto lo intimidó fue la posibilidad de que un movimiento histérico de su propio cerebro le paralizara las piernas. Adelantaba primero un pie y después el otro. Tenía el pie mojado de sangre, pero no le importaba. Admiró la uniforme oscuridad de las casas. No había luces encendidas —no estaban las luces de la enfermedad, la inquietud o el amor— ni siquiera esas luces tenues encendidas por los niños o por su comprensible temor a la oscuridad. Entonces, oyó un piano. A esa hora de la noche no podía haber sido un niño, pero los dedos parecían duros y torpes, y así supuso que era una persona anciana. La música parecía la pieza de un principiante —un sencillo minuetto o una canción fúnebre anotados en un pedazo sucio y manoseado de papel pentagramado— pero el ejecutante era alguien que podía leer música en la oscuridad, porque la casa de donde venía la música estaba a oscuras.

Las paredes de los edificios cedieron el sitio a dos lotes vacíos, donde se habían demolido las casas, y el terreno se utilizaba como basural, a pesar de los carteles que decían NO ARROJAR BASURAS y EN VENTA. Vio un lavarropas de tres patas, y la cáscara vacía de un automóvil. Su reacción frente a esta imagen fue profunda e intuitiva, como si el montón de desechos hubiera sido un recordatorio de su país espectral. Inhaló profundamente el aire del basural, pese a que no era más que la acritud de un

fuego extinguido. Si hubiese alzado la cabeza, habría visto el movimiento veloz y confuso de las nubes que pasaban rápidamente cubriendo la faz de una luna casi llena, con una agitación tan caótica y nerviosa que podrían haberle recordado, en su estado de ánimo, no un conjunto de hordas en fuga, sino tropeles y grupos que se adelantan, un ejército más veloz que belicoso, un regimiento retrasado. Pero nada vio de lo que ocurría en el cielo, porque el temor de caer mantenía sus ojos fijos en el pavimento, y en todo caso allá arriba no podía verse nada que fuese útil.

Luego, a cierta distancia al frente y a la derecha, vio un rectángulo de luz blanca y pura, y comprendió que tenía la fuerza necesaria para llegar allí, pese a que ahora la sangre en su botín hacía ruido. Era un lavadero automático. Tres hombres y dos mujeres de diferentes edades y colores esperaban su turno. Las portezuelas de la mayoría de las máquinas estaban abiertas, como la puerta de un horno. Enfrente, los ojos de buey de los secarropas, y en dos de estas máquinas pudo ver ropas que se movían y caían, caían siempre según parecía caían descuidadamente, como caen las almas o los ángeles si es que la caída de éstos ha sido alguna vez descuidada. Permaneció de pie frente a la vidriera, el convicto fugado y ensangrentado, mirando a los desconocidos que esperan el lavado de sus ropas. Una de las mujeres advirtió su presencia y se acercó a la vidriera para verlo mejor, pero él comprobó complacido que su apariencia no la alarmaba, y cuando ella se aseguró de que él no era un amigo, se volvió para regresar a su máquina.

En una esquina distante, bajo un farol callejero, vio a otro hombre. Podía ser un agente del Departamento Correccional, o si su suerte llegaba a ese extremo podía tratarse de un agente del cielo. A cierta altura sobre la cabeza del desconocido un anuncio que decía: PARADA DE ÓMNIBUS, PROHIBIDO ESTACIONAR. El desconocido olía a whisky, y a sus pies tenía una maleta, y sobre ésta ropas con sus perchas, un calefactor eléctrico con un plato dorado que tenía la forma del sol, y un yelmo celeste de motociclista. Era un individuo absolutamente sin importancia, comenzando por los cabellos lacios, el rostro irregular, el cuerpo enjuto y desproporcionado, y el aliento alcohólico. —Hola —dijo—. Aquí tiene frente a usted a un hombre desalojado. Esto no es todo lo que poseo en el mundo. Estoy haciendo mi tercer viaje. Me mudo a casa de mi hermana hasta que pueda encontrar otro lugar. A esta hora de la noche es imposible obtener nada. No me echaron porque no haya pagado el alquiler. Tengo dinero. No necesito preocuparme del dinero. Tengo dinero, y mucho. Me expulsaron por mi condición de ser humano, ésa es la razón. Hago ruidos como cualquier ser humano. Cierro puertas. A veces toso en la noche, y de tanto en tanto viene un amigo, a veces canto, a veces silbo, a veces practico yoga, y como soy humano y hago un poco de ruido, un ruidito humano subiendo y bajando la escalera, me echan. Amenazo la paz.

—Eso es terrible —dijo Farragut.

—Ha dado en el clavo —dijo el desconocido—, ha dado exactamente en el clavo. La dueña de mi casa es una de esas viudas viejas y malolientes, son viudas, aunque

tengan un marido que bebe cerveza en la cocina, una de esas viudas viejas y malolientes que no pueden soportar la vida, no importa cuál sea su forma, su estilo o su aroma. Me expulsa porque soy un hombre lleno de vida y salud. Esto no es todo lo que poseo, qué esperanza. Llevé mi televisor en el primer viaje. Tengo una verdadera belleza. Lo compré hace cuatro años, televisión en colores, pero la vez que apareció un poco de blanco y pedí los servicios del técnico, él me dijo que nunca, nunca cambie ese televisor por otro nuevo. Dijo que ya no los hacían más de tanta calidad. Eliminó el blanco y me cobró solamente dos dólares. Dijo que era un placer trabajar en un artefacto como el mío. Ahora, lo tengo en casa de mi hermana. Cristo, odio a mi hermana y ella me odia con todo su corazón, pero pasaré allí la noche y mañana encontraré un buen lugar. Hay algunos sitios excelentes en el barrio Sur, casas con vista al río. Si encontrara algo bueno, ¿no querría compartirlo conmigo?

—Tal vez —dijo Farragut.

—Bueno, aquí tiene mi tarjeta. Llámeme, si le parece. Me gusta su cara. Adivino que usted tiene un notable sentido del humor. Estoy de diez a cuatro. A veces llego un poco más tarde, pero no salgo a almorzar. No me llame a lo de mi hermana. Me odia con todo su corazón. Aquí está nuestro ómnibus.

El ómnibus iluminado intensamente transportaba el mismo tipo y número de personas —por lo que él sabía, las mismas personas— que él había visto en la lavandería. Farragut levantó el calefactor y el casco de motociclista, y el desconocido se adelantó con la maleta y las ropas. —Lo invito —dijo por encima del hombro, y pagó el billete de Farragut. Ocupó el tercer asiento de la izquierda, al lado de la ventana, y dijo a Farragut: —Tome asiento, siéntese aquí. —Farragut aceptó—. En el mundo hay toda clase de gente, ¿verdad? —continuó diciendo—. Imagínese, dijo que yo era una persona desordenada sólo porque canto y silbo y de noche hago un poco de ruido cuando subo y bajo la escalera. Imagínese. Eh, está lloviendo —exclamó, y señaló las rayas blancas en la ventana—. Eh, está lloviendo, y usted no tiene impermeable. Pero aquí yo tengo uno, tengo este impermeable y creo que le vendrá bien. Espere un momento. —De entre las ropas extrajo un impermeable—. Vamos, pruébeselo.

—Usted lo necesita —dijo Farragut.

—No, no, pruébeselo. Tengo tres impermeables. Estoy yendo de un lado para el otro, no pierdo cosas, las acumulo, y ya tengo un impermeable en casa de mi hermana, y otro en la habitación perdida y encontrada de Exeter House, y éste que tengo. Y éste. Es decir, cuatro. Pruébeselo.

Farragut metió los brazos en las mangas y se acomodó la prenda sobre los hombros. —Perfecto, perfecto —exclamó el desconocido—. Le cae perfecto. Sabe, con este impermeable tiene un aspecto maravilloso. Cualquiera diría que acaba de depositar un millón de dólares en el Banco, y que ahora sale del Banco, con paso muy lento, sabe, como si pensara encontrarse con una hembra en un restaurante muy caro, para pagarle el almuerzo. Le sienta perfecto.

—Muchas gracias —dijo Farragut. Se puso de pie y estrechó la mano del desconocido. —Desciendo en la próxima parada.

—Bueno, está bien —dijo el desconocido—. Tiene mi número telefónico. Estoy de diez a cuatro, quizá un poco después. No salgo a almorzar, pero no me llame a lo de mi hermana.

Farragut caminó hacia el frente del ómnibus, y bajó en la parada siguiente. Cuando descendió del ómnibus a la calle, advirtió que se había disipado su temor de caer, y todos los restantes temores de esta clase. Alzó la cabeza, enderezó el cuerpo, y caminó desenvuelto. Regocijémonos, pensó, regocijémonos.



JOHN CHEEVER (Quincy, Massachusetts, 27 de mayo de 1912 - Ossining, Nueva York, 18 de junio de 1982). Fue uno de los mejores escritores norteamericanos del siglo xx. Durante los años de su juventud fue un colaborador clave de la famosa revista *The New Yorker*, donde publicó muchos de sus cuentos. Atormentado por el alcoholismo y la depresión durante largos períodos de su vida consiguió, sin embargo, producir una de las obras más originales y sólidas de la narrativa contemporánea. Se lo considera el cronista más sensible e insidioso de la clase media estadounidense de los años cincuenta, al retratar con humor sutil las siempre difíciles relaciones familiares y la decadente vida en las zonas residenciales. Entre sus novelas se destacan *La familia Wapshot*, *La geometría del amor*, *Diarios o Cuentos y relatos*, compilación que permaneció en las listas de libros más vendidos durante seis meses en su país natal. En 1979 recibió el Premio Pulitzer.